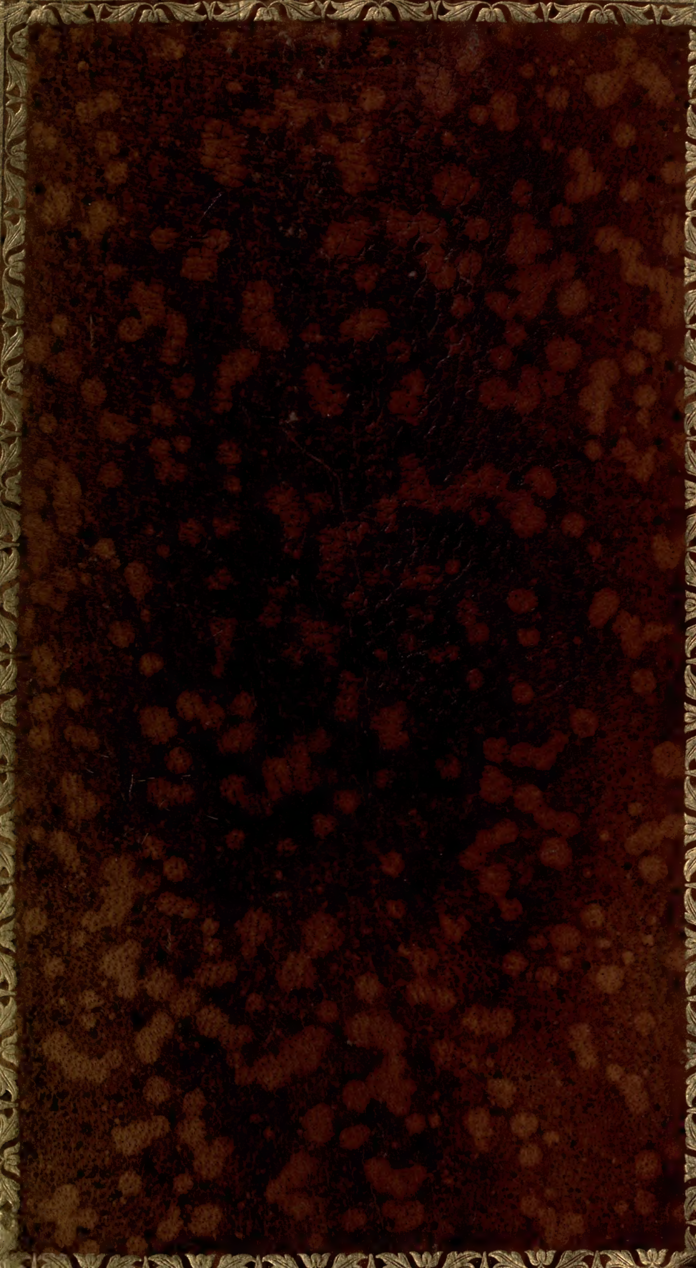
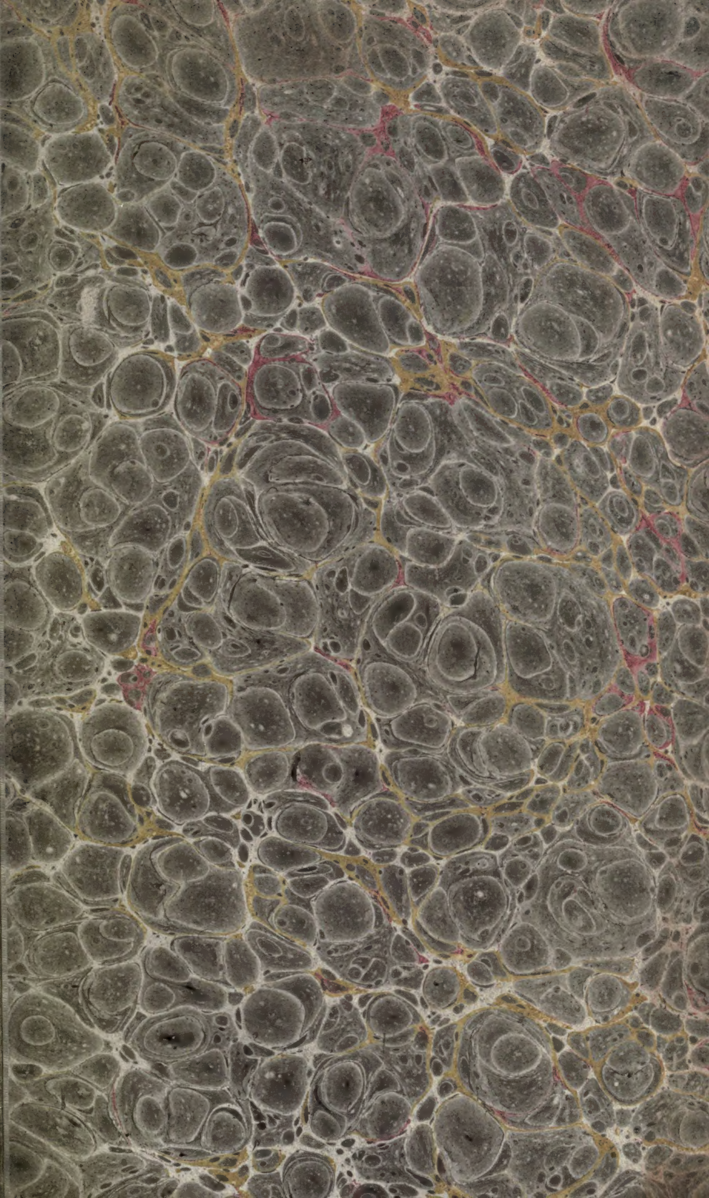



INTER FOLIA FRVCTVS
J. M. ANDRADE



PARIS. — IMPRENTA DE DECOURCHANT,
CALLE D'ERFURTH, Nº 1.

COSTUMBRES FAMILIARES

DE

LOS AMERICANOS

DEL NORTE.

OBRA ESCRITA EN INGLES

POR MISTRESS TROLLOPE,

Y TRADUCIDA

POR

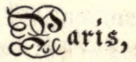
Don Juan Floran.

« Me dicen que como no hable de gobierno, ni de religion, ni de política, ni de moral, ni de empleados, ni de ópera, ni de persona alguna que sea algo en este mundo, puedo imprimir libremente cuanto quiera. »

El Casamiento de Figaro, *comedia de Beaumarchais.*



TOMO SEGUNDO.



LIBRERIA DE LECOINTE,

QUAI DES AUGUSTINS, N° 49.

1835

COSTUMBRES FAMILIARES

DE LOS

AMERICANOS DEL NORTE.



CAPITULO XX.

Viage á Washington.—Capitolio.—Ciudad. — Congreso. — Indios.—Exequias de un miembro del congreso.

❃

El camino mas corto de Washington, por la distancia y el tiempo, es el de tierra; con todo como yo deseaba tanto ver la famosa bahía de Chisapica (Chesapeake) nos decidimos á ir por mar, embarcándonos en el vapor. La travesía es sin disputa hermosa y merece el tiempo que se emplea en ella; pero en cuanto á la belleza particular de la bahía, solo puede ser del gusto de los marinos, porque no es de las que halagan la vista de los amantes de la perspectiva. Por mi parte no dudo que será un abrigo cómodo y seguro para las embar-

caciones contra las tempestades del Atlántico, mas su demasiada anchura le quita la gracia de los paisages litorales, y no le deja sino la magnificencia de una bella marina. La entrada del Potomac ofrece sin embargo un cuadro soberbio, siendo uno de los puntos en que mas se apercibe el viajero de las proporciones gigantescas del pais, sin necesidad de apelar al recurso de instrumentos.

La subida del rio hasta Washington es interesante por los muchos objetos que se admiran en el tránsito, y sobre todo por la vista de Monte-Vernon, residencia del general Washington. Allí pasó los últimos dias de su virtuosa vida aquel hombre verdaderamente grande, y allí está sepultado : al pasar por enfrente distinguimos los cipreses que ondean sobre su sepulcro.

Lo demas del pasage presenta algunas pinturas deliciosas; pero no las descubrimos hasta despues, porque ya era de noche cuando nos acercamos á la ciudad.

Nuestro primer objeto al otro dia por la mañana fué salir á ver el Capitolio, y eso con tanta impaciencia que salimos antes de almorzar. La niebla transparente de la mañana coronaba todavía aquel magnífico edificio, cuando en él se fijaron nuestros ojos ; pero estoi segura de que una circunstancia tan pin-

toresca no contribuyó á aumentar nuestra admiracion. Como quiera que fuese, nos quedamos atónitos y embebecidos, pues creo que ninguno de nosotros esperaba ver una obra tan imponente al otro lado del Atlántico. Aunque no estuviera ya cansada de describir edificios, la hermosura y majestad del Capitolio americano podria dejar mui atras plumas mas hábiles que la mia. ¡ Tan bellamente está situado ! ¡ tan sublime parece en su elevacion solitaria !

La avenida de la ciudad conduce á la magnífica fachada occidental por terreros y graderías de las proporciones mas atrevidas que yo haya visto jamas. El frente elegante del este, á que muchos dan la preferencia, está al nivel de un patio recien plantado, pero hermosísimo, donde dentro de pocos años podran gozar los representantes de la república de la sombra y fresco de los árboles mas espléndidos que florecen en la Union. Desde el Capitolio se ve la ciudad y se domina una extension de campo de muchas millas al rededor, siendo el edificio mismo un objeto de superior belleza para toda la comarca.

En Washington tuvimos la fortuna de hallar alojamiento en casa de otra familia mui agradable, y por lo tanto abandonamos nuestra incómoda posada de junto al rio, apenas

acabamos nuestro almuerzo, para instalarnos en una lindísima habitacion en la calle F. (*).

Todo lo que veia en Washington me gustaba : su atmósfera clara, su aspecto alegre y la construccion abierta y ventilada de sus calles y casas, me recordaban los sitios á donde van á tomar las aguas los elegantes en Inglaterra (**). Los estrangeros y aun algunos del pais se han burlado, porque la planta primitiva de la ciudad está trazada por una escala enorme y todavía no se ha egecutado sino una pequeñísima parte. Yo confieso que nada me parece ridículo ni en el plan ni en lo que han realizado de él : el proyecto original, que es tan hermoso como vasto, se ha seguido hasta ahora con una exactitud severa, y lo que se ve no puede menos de admirarse. Desde la basa de la colina, sobre la cual se levanta el Capitolio, sale una calle de una soberbia anchura, plantada á uno y otro lado de árboles, y adornada de muchas y brillantes tiendas. Esta calle, que llaman la Avenida de Pensilvania, tiene sobre una milla de largo, y al extremo le sirve de fondo la preciosa residencia del presidente : cerca de ella estan conveniente-

(*) Las calles que cortan las grandes avenidas de Washington se distinguen por las letras del abecedario.

(**) Pocos de esos sitios hai en el continente que merezcan las calificaciones de Mistress Trollope.

mente situadas las oficinas públicas, todas hermosas, simples y cómodas, aisladas en medio de anchos patios y rodeadas de cuadros de yerba y grupos de arbustos que refrescan y deleitan. En otra de las calles principales está la oficina general de correos, y no lejos de allí una casa municipal hermosísima. En el barrio del presidente hai varios edificios mui bellos, la mayor parte de los cuales sirve de residencia á los ministros extrangeros. En las demas partes de la ciudad las casas estan desparramadas, sin que en su construccion se haya perdido de vista la regularidad de la planta original; y á la verdad, para una persona que ha viajado mucho en el pais y notado la inmensa cantídad de nuevas fábricas, nuevos canales, caminos de hierro nuevos, nuevas poblaciones, que brotan, por decirlo asi, de la tierra en todas partes, en una palabra el aspecto de una gran metrópoli cuyos principios de vida y esplendor se desarrollan visiblemente y crecen con rapidez, es un espectáculo de alto interes histórico.

El comercio habia producido ya vastas y hermosas ciudades en América, antes que obtuviese aquella region una existencia política independiente, y Washington, como capital, podria tal vez mirarse con desden donde existen ciudades como Filadelfia y Nueva-Yorc;

sin embargo yo la consideré como la metrópoli creciente de la poblacion creciente de los Estados-Unidos, y como tal la distinguen ya rasgos bástante nobles para sostener su dignidad.

La residencia de las legaciones extrangeras en este pueblo da á su sociedad un aire de elegancia, que la distingue de la sociedad que se encuentra en las demas ciudades. Tambien residen aquí una gran parte del año los senadores y representantes, que deben ser la flor y nata del cuerpo entero de ciudadanos de la federacion, tanto con respecto al talento como á la educacion. Estas circunstancias no pueden dejar de hacer Washington una morada mas agradable que otra ciudad cualquiera de la Union.

El no ver absolutamente movimiento alguno de comercio, el no oir ni aun el rumor del tráfico, ni percibir el olor de las mercaderías, aumenta mucho los atractivos de aquella nueva capital. En vez de carros se ven hermosos trenes, y en vez de la agitada gritería de los hombres que pregonan «sus comestibles secos» ó «sus anchas telas de primera,» se ven personas vestidas con delicadeza, paseándose tranquilamente en la Avenida de Pensilvania.

La librería inglesa de Mr. Pishey Thompson, con su rica coleccion de todas las obras

de literatura agradable, recien llegadas de Londres, y la tienda de Mr. Somebody, el joyero, con su brillante surtido de alhajas, son los puntos principales de reunion donde se pasa el tiempo y se trata de negocios. ¡ Qué contraste con las otras ciudades de la América septentrional ! Los miembros de las cámaras que pasan muchos meses del año de esta manera cómoda y agradable, sin mas trabajo que hablar un poco, y con la dulce recompensa de ocho pesos diarios, deben experimentar un triste cambio, cuando fenecido el término de su mision tienen que volver á sus hogares.

El mayor número de caballeros es otra de las circunstancias que distinguen las tertulias de Washington de las de los otros pueblos de los Estados-Unidos. El gasto, la molestia, ó la necesidad de dejar en casa un guardian fiel é interesado, y alguna vez todas estas razones juntas impiden que las señoras de los miembros del Congreso vayan con ellos á Washington; á lo menos yo supe de muy pocos que tuvieran consigo á sus mugeres. La sociedad de las señoras se halla principalmente en los círculos de los ministros extrangeros, de los oficiales de estado, y de los pocos miembros mas ricos y mas aristocráticos del pais que van á la capital acompañados de sus familias. Algunos individuos de los que llaman indepen-

dientes viven en la ciudad ó en sus cercanías, pero esta clase es allí tan poco numerosa que apenas puede mirarse como parte de la poblacion.

Con todo, aunque parece extraño, ni aun en la capital puede sostenerse un teatro mas que algunas semanas por temporadas. La recreacion favorita de los caballeros es, segun me dijeron, el juego, que llega á un punto mui considerable; si bien aquí, como en los demas pueblos de la federacion, es cosa que ocultan con el mayor cuidado. Yo no creo haber visto una baraja mas de algunas doce veces en todo el tiempo de mi residencia en el pais. El billar suele estar en boga, aunque en muchas partes es una diversion prohibida. En fin se me antojaba á menudo que las viejas de un estado habian hecho las leyes y que las jóvenes de otro se divertian en infringirlas.

A pesar de la pequeñez de la ciudad, encontramos en ella mucho que ver y mucho que nos divirtiera. La oficina de patentes ó privilegios de invencion es un registro curioso de la fertilidad de la mente del hombre que solo cuenta con sus fuerzas naturales; pero tambien presenta una prueba considerable de que en semejantes circunstancias no es cuando mas útilmente las emplea. Esta oficina contiene modelos de todas las invenciones mecáni-

cas que han producido los ingenios en los Estados-Unidos, y el número es enorme. Yo pregunté al hombre que nos los enseñaba ¿qué número de máquinas habria entre aquella multitud, de que se hubiera sacado alguna utilidad ? La respuesta fué que una por cada mil, añadiendo que provenian con especialidad de artesanos y labradores establecidos en las partes mas remotas del pais. Generalmente empezaban su trabajo, con el ánimo de hacer algun instrumento ó mueble que les ayudara á *salir del paso*, sin tener que enviar á *unas mil* y *malas millas* á buscar lo que necesitaban, y si la traza les salia bien, miraban con tanto amor y apego aquel fruto de su ingenio, que lo llevaban á Washington para obtener un privilegio de invencion.

En la secretaría de estado nos enseñaron muestras autógrafas de todos los potentados con quienes la federacion tiene alianza, y en mi sentir casi todos entran en el número. De los pergaminos que contenian las firmas reales pendian los sellos oficiales de cada uno, resguardados por cajas de oro ó plata de una obra exquisita. Me divertió mucho el modo que tuvieron de enseñarme uno de los suyos que acababan de preparar para la corte de Rusia, y como nos hicieron notar la superioridad de sus adornos. En efecto eran superiores y de

mucho mejor gusto que los demas; y yo solo deseo que el sentimiento que los habia inducido á mostrar aquel exceso de lujo, se extienda por todos los ángulos de los Estados-Unidos, y se mezcle con todos los actos y sentimientos de los Anglo-Americanos. Que la América reconozca el imperio de las artes y gracias que hermosean la vida, y yo le haré otra visita, y escribiré otro libro tan en oposicion á este como posible sea.

Entre las firmas reales las únicas que me llamaron la atencion, fueron dos de la mano de Napoleon. La primera, del tiempo en que era primer cónsul, escrita á caballo, segun la tradicion, es un garabato indescifrable; pero su escritura aparece mui mejorada despues que llegó á ser emperador, y la firma siguiente es mas clara y está escrita con mas seguridad: yo hubiera querido substraer las dos.

La pureza del carácter americano, formada por la pureza del gobierno americano y fundada en la misma, se nos mostraba á cada paso en el alarde que hacian de todos los presentes y regalos que, en prueba de estimacion y de respeto, habian hecho varios soberanos á los diferentes ministros de los Estados-Unidos, que habian sido enviados á sus cortes. El objeto de la lei que reclama estos objetos á todos los individuos que los han merecido es, segun

nos dijeron, impedir la posibilidad de que cedan al soborno ó la seduccion los enviados de la república. Yo creo que el mejor medio de evitar la corrupcion seria el de elejir, para desempeñar encargos tan delicados, á hombres incapaces de ser seducidos por una espada ó una tabaquera. Pero en esta parte nadie conoce su negocio mejor que los Americanos : ellos saben lo que se hacen.

El despacho de relaciones indias contiene un gabinete de sumo interes : las paredes estan cubiertas enteramente de retratos originales de todos los gefes que de tiempo en tiempo han ido á tratar de algun negocio con su gran padre, como ellos llaman al presidente. Estos retratos son de Mr. King, y sin duda deben tener el mérito de la semejanza como todos los retratos hechos por la mano de aquel artista. Los semblantes estan llenos de expresion, aunque la expresion es casi la misma en los mas de ellos, ó por mejor decir, no se nota mas que dos especies de ella : la una, la de una audacia noble y guerrera; la otra, la de un candor dulce y abierto, sin mezcla de aturdimiento, y con un atractivo indefinible, pareciéndonos tal vez mas interesante, porque mientras estabamos contemplando aquellas pinturas, los infelices que ellas representaban, y cuyos corazones habian comunicado á su

rostro una suavidad tan tierna, un halago tan amistoso, eran víctimas del acto mas vil, mas cruel y mas tiránico de su *gran padre*.

Nos encontramos en Washington, cuando discutieron en el Congreso y se decidió con el *fiat* del presidente la medida de expulsion, para arrojar á los pobres Indios de las últimas tribus de los bosques á cuyos árboles habian suspendido sus cunas y los huesos de sus padres. Si el carácter americano debe juzgarse por su conducta en esta materia, no se hallará en él por desgracia ni aun una chispa de sentimientos de honor é integridad. Y entre ellos y á ellos mismos he oido las aserciones que los representan como traidores y desleales, mas allá de lo que creerse pudiera, en sus relaciones con sus infelices Indios.

Si durante mi residencia en los Estados-Unidos hubiera yo notado un solo rasgo en el carácter nacional, que hubiera justificado su eterna jactancia de liberalismo y amor de la humanidad, los hubiera respetado, por mas que mi gusto y la singularidad de sus modales y costumbres hubieran estado en contradiccion. Pero es imposible que una persona honrada no se exaspere al ver la diferencia enorme que separa la conducta y los principios de los Americanos del Norte. Ellos condenan los gobiernos de Europa, porque, segun dicen, fa-

vorecen al poderoso y oprimen el débil. Contra esto oireis declamar en el Congreso, gritar en las tabernas, argumentar en todos los salones, disparar sus burlas el teatro, y hasta lanzar el púlpito sus anatemas : escuchad, y observad despues la conducta de los hombres que tanto declaman ; los vereis levantando con una mano el gorro de la libertad y con otra azotando á sus esclavos : los vereis una hora explicando á su populacho los derechos imprescriptibles del hombre, y á continuacion arrojando de su asilo á los hijos del suelo, á quien han jurado proteccion y amistad con tratados solemnes.

Para hacer justicia á los que no aprueban esta política traidora, citaré un párrafo de un papel de Nueva-York, el cual manifiesta que hai algunos entre ellos que miran con horror la medida injusta y temeraria adoptada en Washington en 1830.

« No conocemos, dice, en la actualidad asunto de mayor importancia, ni que mas interese al carácter nacional, en cuanto á su justicia é integridad, que el de las tribus indias de Georgia y Alabama, y particularmente los Cheroqueses del primer estado. La lei sancionada por el Congreso precisamente al fin de la sesion coincide con el estatuto tiránico é inicuo de Georgia, y da un golpe funesto á la reputacion

de los Estados-Unidos, con respecto á su fé, empeñada en ocasiones casi innumerables y en los tratados y convenios mas solemnes.»

Nos enseñaron muchos objetos mui interesantes en este despacho, pero las circunstancias particulares de este desgraciadísimo y maltratado pueblo les hacian producir un efecto doloroso en nuestro corazon.

El trage que llevaban los gefes cuando los retrataron, es en general magnífico por sus adornos, y la estancia contiene muchas muestras de su ingenio y aun de su buen gusto. Hai un estante de cristales en la sala, donde estan colocados varios dechados de muselina y obras de aguja, algunas planas de excelente caligrafía y otras muchas ligeras producciones de ambos sexos, que prueban claramente que los Indios son capaces de una completa civilizacion. A la verdad la circunstancia que hace mas lamentable la expulsion de estos desdichados de su tierra natal, es el que iban cediendo rápidamente á la fuerza del egemplo; su vida no era ya la de cazadores errantes; se habian hecho labradores, y el brazo tiránico del poder brutal no los ha arrojado ahora como antes de los terrenos donde cazaban, de sus arroyos predilectos, y de las tumbas sagradas de sus padres, sino que los despoja de las habitaciones que su saber progresivo les habia

enseñado á embellecer, de los campos recien abiertos por sus manos, y que eran ya su orgullo, de las cosechas regadas con el sudor de sus frentes. Y ¿para qué? para añadir algunas millas de territorio despoblado al desierto que los rodea.

. . . .

El Potomac, al llegar á Washington, describe un hermoso sesgo, formando una especie de bahía al rededor de la cual está edificada la ciudad. En el punto en que da la vuelta, han echado un puente de madera que une las riberas de Marilanda con las de Virginia. Este puente tiene milla y cuarto de largo, y es bastante feo (*). El dique de la Armada y el Arsenal estan precisamente sobre él en la orilla de Marilanda y hermosean la vista de la márgen del rio que sigue la vuelta mencionada. Cerca del Arsenal (demasiado cerca) está la penitenciaría que como estaba acabada recientemente y nadie habia en ella, la visitamos examinándola en todas sus partes. La han construido con el fin de que sirva de encierro

(*) Cuando se deshizo la helada de febrero de 1831, el ímpetu de la avenida del Potomac se llevó el puente de que habla Mistress Trollope.

solitario para toda la vida; y ciertamente conmueve menos el corazon ver ahorcar á un infeliz, que el contemplar una de aquellas espantosas celdas que han de servir de sepultura á un viviente. Encerrar allí á los criminales para siempre en lugar de quitarles la vida, no es ser misericordiosos con ellos; pero si el objeto de semejante cárcel es inspirar el terror á los demas ciudadanos, nada puede surtir ese efecto con mayor eficacia. Yo no creo que de cada cien personas que hayan estado encerradas en tan horribles calabozos, se encuentre una siquiera que no elija, si le ofrecen la alternativa, el ir á la horca mejor que volver á su encierro *con la certeza de no salir jamas de él*. Yo tengo hecha una descripcion de aquellas espantosas jaulas, pero la pintura que nos ha dado el capitan Hall de un edificio semejante, es tan exacta y clara que es inútil el insertar aquí la mia.

A dos millas de distancia de Washington, siguiendo siempre el sesgo del rio, está Villa-Jorge (George-Town), plaza en otro tiempo de una importancia comercial considerable, y que probablemente volverá á serlo en mi opinion, cuando los canales del Ohio y Chisapica que entran en el Potomac, sean bien frecuentados. Es una poblacion mui linda, y domina una vista agradable que ennoblecen el magní-

fico Potomac y el casi mas magnífico Capitolio. El pais se va alzando gradualmente como un anfiteatro de colinas detras de Washington, y forma sobre Villa-Jorge un terrero unduloso, que está casi enteramente cubierto de casas de campo, quintas y jardines. En Villa-Jorge se estrecha repentinamente el Potomac y empieza á correr con la rapidez, saltos é irregularidad que lo caracterizan despues, y siembra sus orillas, hasta que se junta con el Shenandoah en *Harper's Ferry*, ó el Paso del Harpista, la serie de vistas mas salvajes y romanescas que se hallan en América.

No es necesario indicar que uno de nuestros principales objetos fué el asistir á los debates del Congreso, y como Inglesa tenia doble empeño en aprovecharme del privilegio concedido á mi sexo : asi me repitieron muchas veces, que, á lo menos en este caso, me era preciso reconocer la superioridad de la *galantería* americana, con la cual daban una prueba de sobrepujar á los Ingleses en el deseo de honrar á las señoras, habiendo destinado expresamente para ellas una galería en la cámara de los representantes, mientras en Inglaterra estan rigorosamente excluidas de todas partes en la cámara de los comunes.

Sin embargo yo saco la ilacion contraria de semejante medida. Sabida cosa es que la razon

por que se cerró la cámara de los comunes á las damas fué, porque su presencia era orígen de demasiadas distracciones, y porque muchos miembros llegaban hasta el punto de olvidar los negocios que se trataban en las discusiones, por tener el placer de conversar con las hermosas censoras de las galerías; de modo que se hizo materia de importancia nacional el desterrarlas de allí, y en efecto fueron desterradas. Mucho tiempo ha de pasarse todavía, para que la legislatura americana se vea en la necesidad de votar una lei provocada por tales abusos. Con todo una señora de Washington me refirió una anécdota, que iba hasta probar que la mejora intelectual de las mugeres produciria un cambio en las maneras de los hombres. Díjome que, cuando las Misses Wrights, estuvieron en Washington con el general Lafayette, solian asistir con frecuencia á las discusiones de la cámara, y que los miembros mas distinguidos estaban siempre junto á ellas. Por este galanteo tan desusado se excusaban con sus hermosas compatriotas, diciéndoles que si ellas tomáran igual interes en sus debates, las galerías estarian siempre ocupadas por los representantes. El privilegio de asistir á estas discusiones tendria mucho mas valor, si pudiera oirse mejor á los oradores desde las galerías; pues, á pesar de toda mi atencion, nunca

pude seguir los discursos de mas de un representante ó dos, cuyas voces eran en extremo claras y sonoras. En realidad costaba mucho trabajo oir; pero la suma belleza del edificio bastaba por sí sola para atraernos con frecuencia. Era sin embargo una verdadera mortificacion ver aquel magnífico salon adornado con tanto lujo, gusto y suntuosidad, lleno de hombres sentados en las posturas mas indecentes, la mayor parte de ellos con los sombreros puestos, y casi todos escupiendo con tanto exceso que la decencia me prohibe toda descripcion.

Entre la multitud que debe incluirse en esta lista se distinguian unos cuantos que estaban sin sombrero, y ocupaban sus asientos como las personas racionales, sin tenderse ni echarse los pies por la cabeza. Siempre que pregunté el nombre de alguno de los que formaban estas excepciones me respondieron que era Mr. tal ó Mr. cual de Virginia.

Un dia tuvimos la fortuna de colocarnos en los sofaes que estan entre las columnas sobre el pavimento del salon, por estar cerradas las galerías á causa de ciertas reparaciones que habian emprendido, con la esperanza de mejorar aquella parte de la cámara ocupada por los miembros, y tan sorda que todo el mundo

se queja de que nada se oye desde allí (*). En nuestros sofaes nos apercibimos de que se oia mucho mejor en la parte baja que en la parte alta del edificio, y nos divertimos infinito con la ruda elocuencia de un orador, verdadera mezcla de *caballo* y *caiman* del Quentuqui, que invitó repetidas veces á la asamblea á «ir á todo el cochino» (go to the whole hog).

Si no me engaño, todas las discusiones que presencié en el Congreso Americano se redujeron á un asunto único y constante, á saber: la independencia total de cada estado con respecto al gobierno federal. Esta rivalidad me pareció el sentimiento político mas extraño que apoderarse puede de la imaginacion del hombre. No pretendo determinar el fundamento de tamaña cuestion ni la solidez de esas pretensiones; hablo solo del singularísimo efecto que produjo en mí el ver á aquellos

(*) Puede citarse en confirmacion de este defecto un pasage de uno de los debates referidos por los diarios, sobre las mejoras que se debian intentar en el edificio. Un miembro propuso que se suspendiera un cielo de cristal á quince pies de elevacion sobre la cabeza de los individuos de la asamblea. Un orador dijo en apoyo de la proposicion : « Los miembros entonces oiran á lo menos lo que se habla en la cámara, ventaja que ahora no tienen muchos de ellos, con respecto á mas de la mitad de las proposiciones sobre que tienen que dar su voto. »

hombres, levantándose uno tras otro con el mayor celo, para declarar que la mayor injuria, la mas vil injusticia, el acto de tiranía mas detestable que podia hacerse al estado de que tenia el honor de ser miembro, era el votar algunos millones, con el objeto de construir caminos y canales que facilitarian sus comunicaciones, ó de proporcionar al comun de los ciudadanos de toda la federacion cualquiera otra ventaja.

Durante el mes que estuvimos en Washington, oí hablar mucho acerca de la exclusion reciente del Congreso de un miembro, que por el consentimiento unánime de todo el mundo era de los mas estimados de la Cámara, y, si mal no me acuerdo, el padre de ella. El crímen que atrajo á este individuo tanta severidad de la parte de sus propios amigos y admiradores, fué el haber dado su voto aprobando un desembolso del tesoro público con el objeto de secar un sitio malsano y pestilente llamado « el charco fatal. »

Uno de los grandes puntos de jactancia de aquel pais es el que no tienen deuda nacional, ó que no la tendran en dos años. Esto no parece mui extraordinario, cuando se considera la tarifa de sus productos, y que el sueldo que pagan á su presidente es de seis mil libras esterlinas ó 30,000 duros al año; siendo en

proporcion los demas sueldos de los empleados del gobierno, y mirándose como contrario á la constitucion todo voto que para cualquiera mejora interior, cuente con el tesoro del gobierno. (1) La Cámara del senado es como la sala del Congreso un semi-círculo aunque de dimensiones mucho menores. Está elegantemente adornada, y, lo que es todavía mejor, los senadores, generalmente hablando, parecen gente decente. No estan con el sombrero puesto, ni, pasada ya á su edad la fuga de la juventud, tampoco levantan los talones por encima de la cabeza. Quisiera poder añadir que no escupian; pero ¡ ai ! « mi juramento está en el cielo, » y no me es dado faltar á la verdad.

Una hermosa estancia con un soberbio balcon de piedra sirve de biblioteca á los miembros del congreso. La coleccion de obras que la forma, segun me permitió juzgar la rápida ojeada que pude dar de paso, es mui semejante á la de la librería de un caballero ingles particular, aunque con menos latin, griego, é italiano. Tambien está elegantemente alhajada aquella pieza con una rica alfombra de Bruselas, mesas de estudio y grandes cartones de grabados, con sillones, abundantes sofaes y demas muebles necesarios para el trabajo y la comodidad. La vista que se descubre desde el balcon es admirable, con lo que parece la es-

tancia de la biblioteca la mansion de la opulencia y del gusto.

No trato de emprender ahora la descripcion de habitaciones de un edificio tan vasto, mas no puedo pasar por alto la magnífica rotunda del centro, que es verdaderamente un soberbio salon de cien pies de diámetro, de una elevacion imponente, y con una ancha cúpula por donde recibe la luz.

Casi todas las pinturas (excepto las de los cartones) parecerian plastas pegadizas en esta pieza por la inmensa elevacion de sus paredes; pero los asuntos de los cuatro cuadros que han colocado allí, son de un interes histórico tan elevado que en cualquiera parte estan ciertamente como en su lugar á fuerza de recuerdos nacionales. Uno representa el acto de firmar la declaracion de la independencia; otro la abdicacion de la presidencia por el gran Washington; otro la victoria famosa obtenida por el general Gates en Saratoga; y el cuarto.... no me acuerdo bien, pero me parece que es otra escena militar en conmemoracion de una victoria, creo que la de York-Town (2).

Debe mencionarse otro objeto, si bien ocupa una parte tan obscura del Capitolio que uno ú dos miembros, á quienes hablé de él, no conocian su existencia. La parte inferior del edificio, un piso bajo la rotunda, etc.,

contiene una porcion de cuartos, despachos de comisiones, oficinas y otros lugares para el servicio público. En una sala que conduce á varios de estos despachos, el cielo raso está sostenido por columnas, cuyos chapiteles me sorprendieron por la belleza particular de su obra. Estos estan compuestos de mazorcas y hojas de maiz graciosamente combinadas, y formando un contorno tan elegante por lo menos como el que forma el acanto mismo. Este fué el único caso en que yo ví que el ingenio americano se haya aventurado á llevar á cabo una tentativa de originalidad nacional : el éxito mas completo ha coronado el esfuerzo. El sentimiento de la propiedad realza siempre los efectos de la hermosura. No entablaré yo ahora una larga disertacion sobre la materia; pero si América con la inmensidad de su territorio, los tesoros inagotables de sus bellezas naturales, y su grandeza solitaria, fuera menos imitadora, seria infinitamente mas pintoresca é interesante.

El presidente recibe con regularidad todos los miércoles por la noche : sus reuniones se llaman *levées*; la última sílaba de esta palabra la hacen todos tan larga cuanto les es posible, y como tanto los Franceses como los Ingleses la pronuncian de una manera diametralmente opuesta, su efecto, á causa de la repeticion

frecuentísima que de ella se oia en todas las sociedades, es en extremo raro, y tanto que al principio me parecia que era moda hablar silbando en los dias de reunion pública. Las salas de recepcion son hermosas, particularmente el gran salon que está elegantemente adornado, ó mejor diré, alhajado con esplendor, lo que ha tenido lugar despues de la visita del capitan Hall, cuyas observaciones sobre el estado de esta pieza, han contribuido quizas á promover su adorno; pero hai varias anomalías en algunas partes del aparato, que no son mui conformes á las costumbres de corte. La sociedad es poco mas ó menos como la que concurre el dia de pascua al baile del lord Mayor de Londres.

Las iglesias de Washington son bellísimas; los templos de los episcopales y los de los católicos se llenan de mugeres elegantemente vestidas; sin embargo observé que van muchos mas hombres á la iglesia en Washington que en ninguna otra parte de la Union.

Las damas presbiterianas van á la iglesia tres veces al dia; con todo la asistencia religiosa en Washington los domingos es mucho menos escrupulosa que en las demas poblaciones americanas. Las gentes se pasean, y no hai cadenas en las calles, como en Filadelfia, para

impedir el pasearse en carruage ó á caballo, si alguno quisiere hacerlo.

Las mugeres se visten bien, aunque no con tanta pompa como en Baltimore. Tambien observé que no era mui extraordinario en Washington ver á una dama tomar el brazo de un caballero, aunque no fuera su marido, su padre, ni su hermano. Esta relajacion notable del decoro americano proviene acaso del egemplo de los ministros extrangeros y oficiales de sus legaciones.

Como á una milla de la ciudad, sobre el alto terrero que acabamos de describir, hai un sitio lindísimo, á que su dueño ha dado el nombre de Kaleirama. Su espacio no es de consideracion, ni su aspecto sorprendente, pero da vista á una perspectiva deliciosa, y tiene detras un pequeño bosque que cubre un terreno quebrado, el cual desciende hasta un riachuelo fresco y sombrío, tan cerrado entre rocas y cubierto de verdura que pudiera servir de baño meridiano á Diana y sus ninfas. El recinto del bosque está todo esmaltado de flores silvestres, pero tan bellas y lozanas como las que cultivamos con esmero en nuestros jardines.

Una barca cruza el Potomac en Villa-Jorge, y á unas dos millas de distancia, en el lado de Virginia está Arlington, residencia de Mr. Cus-

tis, nieto de la muger del general Washington. La vista de esta residencia es mui bella, y el pórtico de columnas corpulentas y blancas que adorna el frontispicio de la quinta, situada en una eminencia á que sirve de fondo un terreno cubierto de bosques, forma un punto admirable de vista en el paisage. En Villa-Jorge hai un convento de monjas, donde se educan varias señoritas, y á corta distancia de él han establecido los Jesuitas un colegio para la educacion de los jóvenes, en el cual dicen sus advertencias que *se enseñan humanidades*.

Oimos misa en la capilla de las monjas : las voces de las religiosas que cantaban hacian un coro mui agradable. La abadesa, cubierta de un velo transparente y con las formas aéreas de una sombra, vista por entre una celosía y detras de una cortina negra, pero recibiendo un débil rayo de luz que pasaba por la ventana gótica que estaba á su espalda, fijó mucho tiempo nuestra atencion : todos sus movimientos, sus gestos, sus genuflexiones, y aun su accion rezando el rosario, se distinguian bien, aunque tan confusamente que la imaginacion podia representarse en ella un ser, que habia salido del reino de la vida y andaba errante en los confines del mundo de las sombras.

El convento tiene una cerca considerable,

dentro de la cual solia yo ver desde las alturas que la dominan, las figuras sombrías de las religiosas cubiertas de espesos velos negros, que les daban una apariencia lúgubre cuando se paseaban con paso lento y majestuoso.

La señora americana, en quien hizo el príncipe de Hohenlohe uno de sus mas famosos milagros estaba entonces en Washington y nos la enseñaron. Todo el mundo asegura que su curacion fué maravillosa.

. . . .

Habia en Washington, en el tiempo que estabamos allí, muchos extrangeros, particularmente Franceses. En Paris he observado con frecuencia que está en moda hablar de los Estados-Unidos como de una nueva Utopía, con especialidad entre la juventud liberal que antes de la elevacion de Luis-Felipe se imaginaban que una nacion sin rei era la tierra de promision; pero algunas veces pensé que esta, como todas las demas cosas de un órden superior, perdia algo de su brillantez cuando se examinaba de mui cerca. La pregunta y la respuesta siguientes fueron el preludio de una conversacion que oí, y en que eran los interlocutores dos jóvenes franceses, que al parecer se habian encontrado por la primera vez (3).

—« Eh bien, Monsieur, comment trouvez-vous la liberté et l'égalité mises en action? »

—« Mais, Monsieur, je vous avoue que le beau idéal que nous autres, nous avons conçu de tout cela à Paris, avait quelque chose de plus poétique que ce que nous trouvons ici! (*) »

En otra ocasion me divirtió muchísimo el tono con que respondió uno de estos jóvenes á la pregunta que le hizo otro Frances. Una muger de lindo parecer, pero enteramente falta de donaire y buen talante, estaba sola á poca distancia de ellos, y casi pegado á ellos estaba un caballero de la apariencia mas grosera. « Qui est cette dame? » preguntó el uno. « Monsieur, » dijo mi jóven atolondrado con un gesto indefinible, « c'est la femelle de ce mâle, » indicando su vecino con un fruncimiento expresivo de labios (**).

El teatro no se abrió mientras estuvimos en Washington; mas cuando empezó la temporada, nos aprovechamos de nuestra proxîmi-

(*) — « Y qué tal, caballero, ¿ qué os parecen la libertad y la igualdad puestas en planta?

— Os aseguro, señor mio, que la idea remontada que nos hemos trazado de todo eso en Paris, tiene mas de poética en nuestro pais que de verdadera aquí. »

(**) — ¿ Quién es esa señora?

— La hembra de este macho.

dad á la poblacion para visitarlo. La sala es mui pequeña y sorprendentísimamente sucia ymal decorada, considerando que es el único sitio de diversion pública que tiene la ciudad. Yà he hecho mencion de la falta de decencia que reina en el teatro de Los-Cincinatos; el de la capital, por lo menos, rivaliza ciertamente con él en libertad de acciones y posturas, libertad que desdeña las restricciones de la cultura y civilizacion. Un pobre hombre de los que estaban en el patio, se sintió atacado de un vómito violento, mas no por eso dejó su sitio, ó hizo el mas leve esfuerzo para contenerse. Afortunadamente se desahogó con felicidad, sin que eso incomodara ó sorprendiera de ningun modo á sus vecinos; al contrario, la coincidencia dichosa de representar en aquel mismo momento un actor el papel de médico, fué celebrada por muchos de los espectadores como una oportunidad excelente, de que se valió el personage de la escena, diciendo : « Me parece que en otra parte se necesita mi oficio. » Este chiste americano excitó una tempestad de aplausos.

El gargageo fué el acompañamiento obligado, que continuó sin interrupcion todo el tiempo que duró el teatro: y ni uno de cada diez individuos de la parte masculina del ilustre auditorio legislativo estaba sentado como

se sientan las personas; unas veces echaban las piernas por cima del palco, otras al otro lado; aquí se veia tendido á la larga á un senador, allí montado á caballo entre dos bancos á un representante; y muchos ciudadanos preferian sentarse sobre el borde del tablado.

Yo ví á un jóven, cuya hermosa persona y esmeradísimo vestido hacian creer que era sujeto de primera clase, lo que yo no dudo, sacar del bolsillo de su chaleco de seda un trozo de tabaco y zampárselo dentro de la megilla.

Yo estoi inclinada á creer que esta costumbre tan universal como villana de mascar tabaco es causa de la particularidad notable que se ve en la fisonomía de los hombres de la América septentrional, dondè casi todos tienen los labios delgados y comprimidos. Al principio me explicaba yo un rasgonta singular por la teoría de Lavater, y lo atribuia al temperamento árido de los hijos de aquel pais. Mas es demasiado general para que admita esa explicacion, mientras la costumbre mencionada, que domina todas las clases (excepto la literaria) lo explica perfectamente, pues el acto de chupar el jugo de esa yerba asquerosa hace que los labios tomen exactamente la posicion habitual, que da al semblante de los Americanos tan notable singularidad.

Mientras estuvimos en Washington, murió

un miembro del congreso, y me sorprendieron la pompa y dignidad de sus exequias. Parece que siempre que muere, durante la sesion, un senador ó miembro del congreso, lo entierran á expensas del gobierno (no perteneciendo esta ceremonia al artículo de mejoras interiores), y los parientes y amigos del muerto no intervienen en las disposiciones del entierro, que se convierte en materia de estado. El órden de la procesion me pareció tan grande y majestuoso que lo anoté entonces, y lo transcribo ahora, porque me parece que agradará á los lectores.

Capellanes de las dos cámaras.
Médicos que asistieron al difunto.
Comision de disposiciones.

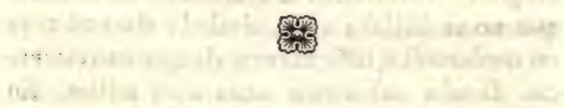
EL CUERPO,

(Paño fúnebre sostenido por seis Miembros.)
Parientes del difunto con los senadores y representantes del estado á que pertenecia,
formando el duelo.
Sarjentos de armas ó maceros de la cámara de representantes.
La cámara de representantes,
precedida de su orador ó presidente y su secretario.
El senado de los Estados-Unidos,
precedido del vice-presidente y del secretario.

EL PRESIDENTE.

La procesion fué de una extension considerable; pero no iban en ella á pie, y los mas

de los carruages eran alquilados. El cuerpo fué sepultado en un cementerio abierto vecino á la ciudad, y aunque no ví el monumento erijido en esta ocasion, presumo que seria semejante á otros varios que habia ya visto en el mismo cementerio, consagrados á la memoria de los miembros del Congreso que habian muerto en Washington; es decir: unas masas cuadradas de mampostería sin pretension alguna de magnificencia.



CAPITULO XXI.

Stónington. — Saltos del Potomac.



El mayor placer que yo esperaba que me procurase mi visita á Washington, era el ver á una antigua amiga mia, que habia dejado hacia muchos años la Inglaterra, se habia casado en América, y habiendo enviudado, estaba, segun yo creia, establecida en Washington. Pronto tuve la mortificacion de saber que no se hallaba en la ciudad; sin embargo no tardaron en informarme de que su residencia distaba solamente unas diez millas. En efecto nos vimos al momento y quedó convenido que pasariamos un verano con ella en Marilanda; y en consecuencia, habiendo dedicado un mes á Washington, dejamos la capital para instalarnos en Stónington.

Llegamos á la residencia de mi amiga á principios de mayo, y el agasajo con que fuimos recibidos, el interes que nos inspiraba la amistad, el gusto de conocer la familia de mi amiga, la belleza extremada de los alrededo-

res, la dulzura de la estacion, todo contribuyó á hacer de la temporada que permanecimos en Stónington un período de delicias y satisfaccion.

No me maravillé de que los primeros colonos de Virginia, con el atrevido capitan Smith de caballeresca memoria á la cabeza, pelearan con tanto denuedo para despojar al valiente padre de Pocohontas de su hermoso dominio, porque en verdad nunca he visto territorio que mas tiente la codicia del hombre. Stónington dista apenas dos millas del punto mas romanesco del rio Potomac, y en la ribera opuesta extiende la Virginia su salvaje, mas delicioso y fértil paraiso. El lado de Marilanda participa de las mismas ventajas de hermosura y fecundidad, y nos admiró con la profusion de sus frutas y flores silvestres.

Apenas nos acercamos á las cataratas ó grandes saltos del Potomac, proyectamos una gira con la intencion de visitarlas. El camino que va desde Stónington á los Saltos es una serie de escenas encantadoras, que no pueden llamarse con exactitud ni bosque, ni parque, ni jardin, y sin embargo son al mismo tiempo bosque, parque y jardin. « ¡ Ai ! cuántas señoras inglesas quisieran tener jardines como estos ! » exclamó una niña inglesa, recien llegada

de Europa, que nos acompañaba. Y á la verdad, cosa seria de desear si fuera posible. Cedros, tuliperos, plátanos, chumacos, juníperos y encinas, muchas de ellas de especies para mí desconocidas, formaban un fresco toldo que protejia nuestro camino de los rayos del sol. Se enlazaba en torno de las ramas la viña silvestre con sus anchos y ricos pámpanos, y sus flores suaves que rivalizan con la fragante clavellina. El suelo estaba literalmente alfombrado de fresas maduras, violetas, anémonas, trinitarias y claveles silvestres con otras muchas flores de mas agradables especies, cuyos nombres ignoro. Por donde quiera que nos volviesemos deslumbraban los ojos las flores estrelladas del árbol de amor (1) en todo el lleno de su gloria, las azaleas, las rosas virginales. No he visto jamas un pensil mas florido que las dos millas desde Stónington á los Saltos del Potomac. El ruido de las cataratas se percibe desde Stónington, y se va oyendo gradualmente su mayor estrépito al paso que se mengua la distancia; asi aumenta el encanto de aquel delicioso paseo la música de las cataratas. No sé porqué el rumor de las aguas sea tan grato á los oidos, cuando toda especie de ruido monótono nos cansa, y fatiga el espíritu:

(*) O árbol de Judea.

yo no he encontrado todavía á una persona que no escuchara con placer el estruendo de una cascada. Para llegar al punto, desde donde se descubren ya los saltos, teniamos que pasar un arroyo, llamado la *Branch-Creek*. Este inquieto, turbio y furioso riachuelo arrastra su tortuosa y rápida corriente por entre arbustos y florida yerba, pero habia que pasarlo muchas veces por puentes de troncos echados de roca á roca. El estruendo tempestuoso de las escondidas cataratas inspira, cuando se cruzan aquellos puentes rústicos, un terror que no proviene del peligro de pasarlos: al llegar al otro lado del riachuelo, continuamos bajo la sombra de los árboles otro cuarto de milla, y salimos á un punto, cuya vista nos arrancó á todos un grito de maravilla y placer. Descubrimos el abismo de rocas donde se precipita un inmenso rio, y cuyos senos son tan profundos y negros, que los torrentes de agua que salen bramando por las grietas de la montaña y caen por entre peñas en la horrenda sima, desaparecen, se pierden en ella como si los tragara.

El rio, ó mas bien su cauce, es allí sumamente ancho y espantosamente profundo, coronando sus márgenes por todas partes masas enormes de negras rocas de todas las formas imaginables. La corriente, que pasa mugiendo

por entre ellas, solo se ve á intervalos, aquí como una sábana ancha y transparente de cristal verde, allí como las ruinas de un edificio de diamante precipitado por un terremoto á lo largo de un estrecho canal, siempre con un movimiento, con un fragor que aturde y desvanece. En una parte aparece un lago insondable de tinta, resplandeciente como un espejo, inmóvil como un sepulcro; en otra la revuelta catarata, retorciéndose con furor, se lanza contra las rocas, y cae rota en doce torrentes, envueltos en la nube de vapor que despiden y que obscurece el aire. En medio de todo este tumulto los arbustos mas tiernos, mas delicados, salen entre aquellas espantosas rocas, como niños que rien sin temor del peligro. Mientras contemplábamos aquella tremenda escena, una de las personas de nuestra sociedad nos hizo reparar en la frángula venenosa y la viña mortífera que tienden por las rocas sus graciosas pero pérfidas ramas, asegurándonos tambien que entre ellas hacian sus obscuros nidos innumerables tribus de sierpes y otros reptiles.

Llamar hermosa semejante escena seria hacer un extraño abuso de las palabras; los Saltos del Potomac son terriblemente sublimes; la negra y honda sima que abre su boca á vuestros pies, la catarata espumosa y bramadora,

el turbulento remolino y el precipicio desvanecedor, parece que amenazan la vida, y consternan los sentidos. Sin embargo, es un deleite incomparable sentarse en el pico alto y avanzado de algun peñasco, y mirar y escuchar.

Fué un placer para mí saber que la otra orilla del Potomac, perteneciente á la Virginia, fuese el sitio, á donde van los *cazadores de felicidad* de Washington, para ver aquella terrible maravilla, porque nunca he visto lugar donde menos hubiera querido ser interrumpida por el encuentro casual de algun conocido indiferente. No era posible pronunciar ni atender á la pregunta excitante: « ¿No es esto hermoso? » de que habla Rousseau; si alguno la hiciera, no se podria escuchar; y si pudiera escucharse, seria un desencantamiento que volveria el alma á la tierra, arrancándola al éxtasi á que la eleva la magia de tales escenas. Una mirada ó una presion de brazo silenciosa es el único cambio de sentimientos que permite semejante espectáculo; asi, en medio del contraste de mi terror y mi placer hubiera yo querido tocar el brazo ó encontrar los ojos de algunas personas del otro lado del Atlántico.

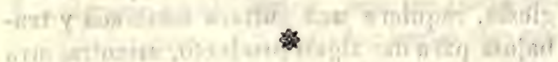
La vuelta de esta gira es mas callada que el principio de ella; pero la hora fresca y tranquila, los dulces matices de unas flores ale-

gres, y los cerrados cálices de otras, el sordo rumor que sobrevive al dia y la húmeda frescura que no permiten descanso en este regreso, todo tiene sus encantos y está en harmonía con el estado de languidez y excitacion del alma que produce naturalmente una excursion de esa especie. Entonces no hai deleite que pueda compararse al de pisar los umbrales del fresco pórtico que alumbran desmayadamente los rayos de la luna, beber un helado ó tomar el refrigerante café que os espera: y si á esto se añade la felicidad de un cómodo sofá, con una amiga como mi amable Mistress S., para que os consuele con una hora de Mozart, el Europeo mas descontentadizo convendrá, en que semejante dia era digno de irse á buscar al cabo del mundo.



CAPITULO XXII.

Hacendados menores. — Esclavitud.



Desde que habia atravesado las montañas, no habia tenido hasta entonces tiempo suficiente para mirar deliberadamente al rededor de mí, y observar el aspecto diferente de los hombres y las cosas de una region que, aunque tiene el mismo nombre y se considera como la misma tierra, es por muchas razones tan distinta de la que habia dejado, como Amsterdam lo es de San-Petersburgo. Allí cada uno trabaja, lucha, se afana corporalmente, y ¡ Dios sabe cómo ! — aquí todos los blancos estan servidos por mas ó menos esclavos. Allí las tierras que acaban de ser demontadas, ricas con el abono vegetal que los siglos han acumulado sobre ellas, solo necesitan un leve estímulo de la parte del hombre, para recompensar su trabajo con los productos mas abundantes; donde entra el arado nacen las cosechas mas copiosas, mas donde no toca, ni la verdura de la yerba, ni los frutos de los árbo-

les, ni las flores de las praderas anuncian la fecundidad; todo está serrado, todo es bosque, todo es maleza. — Aquí hace tiempo que el suelo ha dado sus primeros frutos; la grân porcion descuajada y cultivada para el tabaco (la mas destructora de todas las cosechas) por los Ingleses, requiere una cultura esmerada y trabajosa para dar algun producto, mientras otra gran porcion ha quedado para pastos. En estos terrenos se conoce la bondad natural del suelo y del clima, pues los frutos silvestres y flores, que los cubren con increible abundancia, hacen de cada valle un jardin, y de cada otero una huerta.

Tambien se observa en el interior de las casas de campo una gran diferencia en el modo de vivir. Aquí hai pocas rancherías á la verdad sin un esclavo, pero hai muchas menos todavía que tengan vaca y cebollas para almorzar, comer y cenar. Los arenques del fecundo Potomac suplen la falta: en el pais los llaman un excelente *regalo*, cuando estan salados, y los venden, si no me engaño, á duro y medio el millar. El huisqui corre en todas partes por desgracia al bajo precio de veinte cientos (*) el *gálon* (**), ý sus odiosos efectos son visibles en todos los hombres que encontrais.

(*) Cuatro reales ó una peseta.
(**) Medida de líquidos de cuatro cuartillas.

La clase de aquella poblacion que menos semejanza tiene con ninguna de las que existen en Inglaterra es la de los labradores que, cultivando por sí mismo sus propias haciendas y poseyendo con frecuencia muchos esclavos, viven sin embargo con tan poco refinamiento, y, creo que puede decirse, con tan pocas comodidades como el trabajador ingles mas miserable. Mientras estuve en Marilanda, visité muchas casas de estos hacendados menores, y permanecí bastante tiempo, observando é informándome suficientemente para formar una idea exacta de su método de vida.

Consistia una de aquellas familias en un jóven, su muger, dos criaturas, una esclava y dos muchachos esclavos tambien. La hacienda era de la muger, y me dijeron que se componia de unos trecientos *acres* de tierra ordinaria, pero desmontada. La casa estaba hecha de madera, y parecia que los tres esclavos podian derribarla si empujaban con fuerza contra una esquina. Contenia un cuarto como de doce pies en cuadro, y otro contiguo apenas mayor que un gabinete: esta segunda pieza era la habitacion de la parte blanca de la familia. Encima de estos cuartos habia otro piso sin ventanas, donde me dijeron que se alojaban los *huéspedes permanentes* que iban á visitarlos. Cerca de esta morada habia una especie

de caverna sin ventana ni rendija, que servia de cocina y demas oficinas, y tambien de dormitorio para los negros.

Habiéndonos invitado á tomar té, acceptamos el convite con mucho gusto. Los muebles de la sala se reducian á una mesa grande y tosca, y á unas seis sillas de palo. Cuando llegamos, la señora de la casa estaba casi por vestir, pero nos instó con vehemencia á que nos sentaramos, y se retiró al cuarto-alcoba-gabinete mencionado, desde donde siguió hablándonos detras de la puerta, y dirigiéndonos toda la batería de cumplimientos del formulario de visitas de campo, hasta que se nos presentó por último con un trage nuevo mui brillante.

La esclava sacó la mesa y puso algunas tazas del barro azul mas ordinario que ha salido de fábrica, un poco de azúcar moreno en una, y en otra una gota de leche, sin manteca, aunque nos aseguró que tenia una alquería y dos vacas. En lugar de manteca nos presentó un poco de *regalo* y nos dijo « que esperaba que lo *fijáramos* con nuestros sequillos, en lenguaje inteligible, que comiéramos carne salada con galleta. » Tal fué el obsequio con que regalaron á unos convidados, á quienes ciertamente trataban de festejar. En tal circunstancia era imposible no recordar las meriendas deliciosas

de que habia disfrutado en las pequeñas quintas y alquerías de Inglaterra, haciendas no *propias* sino arrendadas, y á rentas mui subidas, pero en donde un ama oficiosa limpia y fresca apartaba la blanca y pura nata por sí misma, untaba con una manteca como el oro las rebanadas exquisitas del rico pan moreno, y nos ponia delante sus requesones y sus tortillas, y los regalados tesoros de su despensa campestre; y luego con el orgullo de la hospitalidad contenta, colocándose al extremo de su mesa, añadia al rústico aparato el *regalo* mas delicado todavía de un buen té y una buena leche. Yo me acordaba de todo esto, y no me parecia que se compensaba la falta, con la dignidad de que un esclavo me sirviera mi taza. La señora de que hablo sin embargo excedia mucho á mis *quondam* amigas en cuanto al refinamiento de la conversacion. Todo el tiempo que duró nuestra visita, tuvo la palabra, sin soltarla un instante, y me parece que en su estilo de elegancia familiar, queria imitar el de alguna novela: pues, segun me dijeron, por no dejar esa clase de lectura de la mano, abandonaba todas las ocupaciones de la casa al cuidado de sus esclavos. Seria dar una idea poco adecuada de sus modales, decir que nos trató con tono de igualdad; yo estoi persuadida que no entró en su cabeza error alguno

sobre ese punto; y no olvidó decirnos que su hacienda era un *dividendo* de la propiedad de su padre, y que se habia casado con un primo hermano, tan cumplido caballero como ella era señora, y tan indolente como cumplido, que preferia á cualquiera otra ocupacion la de la montería: asi llaman la caza de pájaros. La consecuencia era que solo estaba cultivada una pequeñísima porcion del *dividendo*, que constituia una propiedad inmensa. Los esclavos, particularmente los muchachos, estaban algo mas que medio desnudos, pero el aire de dignidad, con que en medio de toda aquella miseria dijo la descarnadísima señora á uno de los negrillos: « Servid á vuestro jóven señor, Licurgo, » era cosa de verse, para conocer toda la extension de una parodia del tono heróico.

La habitacion de otro de estos señores territoriales era un chozo tan miserable como el que acabamos de describir; con todo dentro habia mucho mas movimiento. El noble castellano era miembro de la numerosa tribu de bebedores regulares de huisqui, y rara vez se hallaba en estado ni aun de tenerse en pie; pero tenia doce hijos, que con el esqueleto de su madre trabajaban mas que los mas infelices negros; por consiguiente eran menos elegantes y mucho menos pobres que la heredera; si bien

vivian sin la mas leve comodidad aparente, y escasamente á mi parecer con lo necesario para vivir. Era una prueba de esto el que aquel mal padre no les dejaba cultivar ni aun por su cuenta y trabajo verdura de especie alguna, y se mantenian con su tocino, su pescado salado, y su pan de maiz, en invierno y en verano sin alteracion ni mudanza. Y esto mismo observé que solia ser la regla general entre todos los labradores. La pasion del huisqui está mas en boga que el gusto de los productos mas delicados de las huertas, y si todo el dinero se les va en satisfacer esta pasion y su predilecta costumbre de mascar tabaco, sus mugeres no pueden gastar un ciento en comprar semillas para plantar legumbres: en todo cuanto yo he podido ver del manejo interior y economía doméstica de los Americanos, no hai egemplo de que la cuestion de beber ó no beber se haya decidido en favor de la muger.

Hai algunos labradores de menos consideracion que tienen las tierras que cultivan como arrendadores, bien que estos no sean numerosos. La renta de su arriendo no se paga en dinero efectivo, sino cediendo un tercio de los productos al propietario, modo sin embargo de satisfacer al dueño principal mas ventajoso para el arrendador que para el propietario, pues la dificultad de obtener dinero efectivo

por pago, excepto en la venta de artículos de menudeo, es en extremo grande en todos los contratos americanos. « Yo pagaré en producto, » es la oferta que estoi segura hacen constantemente y en todas ocasiones; si es desechada, añaden la réplica ordinaria de « entonces veo que no podemos hacer negocio. » No deben por supuesto incluirse en este número los grandes negociantes de las grandes ciudades; la observacion se refiere á la masa de los individuos esparcidos por todo el territorio, y entra necesariamente en mi plan, habiéndome propuesto por objeto, al hablar de las costumbres de los Americanos, dar una idea de lo que estas son *en general.*

El efecto que en todas direcciones produce sobre los Ingleses la vista de la esclavitud es mui nuevo, y no mui agradable, no causando una impresion menos dolorosa, cuando por todas partes se oyen las palabras de escarnio: « Todos los hombres nacen libres é iguales. » Es menester hallarse en el centro de la esclavitud americana, para apreciar el pasage admirablemente hermoso de la Epístola de Moore á lord Forbes, la cual describe el estado político de la América septentrional con mas fidelidad y mas fuerza que cuanto se ha escrito hasta ahora sobre la materia.

¡ O libertad ! ¡o libertad ! y ¡ cuánto
Tus mentidos conjuros aborrezco !
Ni la pompa oriental, ni la algazara
De coronados locos, desde el tiempo
Del romano Neron al ruso Paulo,
Tan torpes para mí, tan viles fueron,
Como la gerga de facciosa turba,
Rancio refran de agitador inquieto ; —
Pobre de corazon, rico en palabras,
Nacido esclavo y aspirando al cetro,
Que la razon á la licencia inmola,
Y proclamando los sublimes fueros
Dados por Dios al hombre, solo abriga
De venganza y rapiña ardiente anhelo.
¿ Quién contemplar sin indignarse puede —
¿ Quién mirará sin cólera un momento
La soberbia y miseria do se hermanan
Azote y cartas, grillos y derechos,
Déspotas negros, blancos demagogos,
La libre confusion, los devaneos,
Que de Columbia en las llanuras reinan ?
Y ¡ osa un hombre ante tí, Dios justiciero,
Alzarse con la vara ponderosa
De infernal tiranía, y oprimiendo
A sus hermanos y cual él tus hijos,
Perfecta libertad llamar su imperio !
Lejos, lejos ; huyamos, que desnudo
Al dogal de un sultan daré mi cuello
En regiones, do nunca se escuchara
De libertad el nombre, y do por fuero
Del vencedor se acata la fortuna —
Lei y principio del poder supremo,
Antes que no vivir do una bastarda,
Impura libertad despliega al viento
Su pendon entre esclavos azotados,

Los llantos y el dolor escarneciendo :
Donde esa libertad, desconocido
Por su tildado código el lindero
Que los libres frenéticos separa
Y los esclavos con baldon opresos,
Cuadra á la servidumbre, á la licencia,
Al bruto rei, y al hombre en bruto vuelto.

La condicion de los esclavos domésticos no obstante aparece en general menos mala ; pero la circunstancia mas terrible de su suerte es que, aunque fuera peor, no está en su mano el cambiarla. Yo he visto cuidar con el mayor celo de la salud de los esclavos; mas en estas ocasiones es imposible olvidar que si no tuvieran este esmero, perderian un objeto que se mira como un artículo de riqueza. Esto no se oculta por desgracia á los infelices esclavos, de donde resulta que rara vez se inspiran, ni los amos á sus esclavos, ni los esclavos á sus amos, un sentimiento de verdadero afecto. Se dice que los esclavos, que nacen en una casa, cobran cariño á los hijos de le familia que se han criado con ellos. Esto sucede tal vez, cuando los actos de tiranía egercidos por los niños, no han bastado para destruir la tierna simpatía que naturalmente produce una larga y temprana asociacion, y esa especie de afecto puede durar mientras el esclavo esté sumido en el estado de profunda ignorancia que niega todo acceso á la reflexion. Las leyes de Virginia han

tenido cuidado de alejar cuanto puede despertar la razon de los esclavos, y con verdad puede decirse, que los legisladores de aquel estado son « de una generacion mas sabia que los hijos de la luz, » y que afianzan su seguridad, prohibiendo que la luz llegue hasta ellos. Por una lei de Virginia, es un delito capital enseñar á leer á un esclavo, como tambien lo es el contribuir á su instruccion y protejerla. Esta lei habla por volúmenes. Los esclavos domésticos, en general, estan bastante bien alimentados y decentemente vestidos : en cuanto al modo que tienen de alojarlos, es para ellos la cosa mas indiferente. Rara vez sufren el castigo del látigo, y en sus enfermedades los cuidan con una atencion escrupulosa. Tal es la faz halagüeña de su destino; el reverso es la posibilidad de que sus amos los envien al Sur para venderlos, y es el miedo de todos los esclavos del Norte de la Luisiana. Los cañaverales de azúcar, y mas que todo, los terrenos de arroz de Georgia y las Carolinas son el terror de los negros de América, y lo son con mucha razon, pues devoran prematuramente millares de ellos, mirando sus amos como una prudente necesidad el que trabajen y rediman su valor con su trabajo, para *evitar la pérdida*, si mueren.

Hai en el sistema de criar y educar á los negros, en los estados del Norte, con el fin expreso de enviarlos á vender al Sur, una circunstancia que choca dolorosamente con todos los sentimientos de la justicia, de la compasion ó de la humanidad comun. Durante mi residencia en América, me convencí que era preferible el estado de esclavo doméstico en casa de una familia decente que la condicion de un asistente americano asalariado, por dos razones: porque los esclavos estan mejor cuidados y mucho mas estimados, y porque habiendo nacido en aquella condicion, no combaten con ella, devorados por el descontento que parece ser la suerte de todos los criados libres de la América septentrional. Empero es diametralmente opuesta á tal condicion la de los infelices cuyas personas ó las de sus hijos « en vano amados » corren riesgo de ser víctimas del horrible tráfico mencionado. ¿ Qué ventajas lleva este destino al de los negros robados en las costas de Africa? Durante mi permanencia en Virginia presencié una escena, que puede servir de prueba del horror con que miran su forzada emigracion. El padre de un esclavo jóven, que pertenecia á la señora en cuya casa estabamos alojados, fué destinado á ese sacrificio, y una hora despues de haberle notificado la

sentencia, afiló el machete con que habia estado partiendo leña, y con la mano derecha se cortó la izquierda por la muñeca.

Mas este es asunto en que no intento dilatarme, pues una pluma mas diestra acaba de tratarlo (*). Que se observen todos sus efectos en los sentimientos morales y las maneras exteriores, y se verá si no son los mas injuriosos y degradados. El mismo hombre que le dice en las barbas á su vecino mas rico y mejor educado que él: « Yo soy tan bueno como vos, » se vuelve á su esclavo y lo echa por tierra de un golpe, porque el sulco que ha hecho con su arado, ó el tronco que ha partido, no le parece tan igual como se le antoja que podria serlo á este defensor acérrimo de la igualdad. Hai una flagrante falsedad en la misma superficie de los principios de semejante hombre, que excita la indignacion. No obstante, la posesion de esclavos no produce sus peores efectos en las clases elevadas; la clase menos rica de propietarios menores, que suelen ser muchas veces tan profundamente ignorantes como los negros que poseen, es la que se resiente mas del resultado que acarrea siempre su po-

(*) No solamente trata este asunto el capitan Hall en sus viajes por América, sino muchos escritores de talento y erudicion. La lista seria larga y no es del caso mencionar sus nombres en esta nota; basta decir que es la cuestion de moda.

der absoluto sobre hombres y mugeres; y el género de autoridad ruda, por no decir brutal, que egerce sin prudencia ni juicio, ocasiona el espectáculo moral mas repugnante que yo he presenciado en mi vida. En todos los rangos de la sociedad me parece que las posiciones respectivas de esclavo y amo paralizan los sentimientos mejores y mas grandes del corazon humano. El carácter, el alma de los niños se pierde irreparablemente con tan infames ejemplos. En Virginia vivimos por algun tiempo con una familia, compuesta de una viuda y sus cuatro hijas, y allí presencié otra escena, que demuestra cual sea la influencia funesta que acabamos de mencionar. Una niña esclava, como de unos ocho años de edad, se habia encontrado una galleta en el rincon de un armario, untada de manteca para mayor tentacion. La pobre se comió una porcion de ella antes que la vieran; pero la manteca estaba llena de arsénico, con el objeto de destruir las ratas, y una de las señoritas de la familia habia puesto aquel cebo peligroso en el armario con la mayor imprecaucion. Al momento que se supo el acontecimiento, vino la señora de la casa á consultarme sobre el remedio que podria darse á la pobre criatura: yo inmediatamente desleí en una taza una gran cantidad de mostaza con agua, que es el mas pronto de

todos los vomitivos, y la hice tragar á la muchacha. El emético produjo al instante el efecto deseado, mas la pobre niña, parte por la fatiga de sus nauseas, parte por el terror que le debia inspirar oir á media docena de personas repetirle que se moria, temblaba de una manera tan violenta, que pensé que iba á caerse. Me senté en el patio donde estabamos, y como una cosa natural, tomé en mi falda á la pobrecita enferma. Los blancos de la familia se miraban sonriéndose y haciendo mofa; los negros se mantenian á distancia, pero parecian asombrados, y una niña de la edad de la pobrecita esclava, que era la mas jóven de la familia, despues de mirarme algunos momentos con una sorpresa extraordinaria, exclamó: « ¡ Ai ! ai ! miren si mistress Trolope no la ha tomado en su falda, y le ha limpiado los morros! ¡Qué asco! Yo no le hubiera tocado la boca por doscientos dólares! »

Acostaron á la esclava en la cama, y yo me volví á mi habitacion; algun tiempo despues envié á preguntar por ella, y me dijeron que sufria muchos dolores. Inmediatamente fuí yo misma á informarme mas por menor del estado en que se encontraba, pero otra señorita de la familia, la misma por cuya imprudencia habia sucedido la desgracia, escuchó mis preguntas con una risa mal disimulada, me dijo

que habian enviado á buscar al médico, y sin poderse contener mas, soltó la carcajada. La idea de sentir una verdadera compasion por los males y sufrimientos de una esclava les parecia tan absurda, como llorar la muerte de una ternera muerta por el carnicero. Las hijas de mi huéspeda tenian el mérito que las facciones y la tez pueden dar á una muger; pero es menester presenciar el efecto que produce la falta total de sentimiento, para concebir como se pierden las gracias de la juventud y la hermosura.

Parece que es un sentimiento general y profundo en toda la América el que la raza de los negros no merece confianza; y como el temor, segun las ideas del pais, es el único principio que puede tener influencia en un esclavo, no es maravilloso el que la conducta de este justifique á menudo la imputacion. Sin embargo yo estoi persuadida de que, si se siguiera con los esclavos un método diferente de trato moral, se obtendrian resultados importantísimos mucho mas ventajosos. Los negros son mui agradecidos á quien los trata con dulzura, y en mi sentir serian mas útilmente dóciles empleando con ellos la suavidad, que no lo son cuando se emplea el rigor. Emanciparlos enteramente en toda la Union no puede ser conforme á la seguridad del pais, asi lo con-

cibo yo; pero si la posibilidad de mejorar su condicion obtuviera de parte de los legisladores la consideracion que merece tan grave materia, y se tratara la materia con la sabiduría, justicia y generosidad que merece la poblacion negra de los Estados-Unidos, podrian cesar de ser el terror de los blancos, y su situacion no excitaria lástima ó indignacion.

En todas partes donde hai esclavos, observé que los artículos de consumo ordinario estan constantemente encerrados, y en las casas, cuyos establecimientos son de tanta extension que es indispensable multiplicar el número de llaves, estan depositadas estas en un canasto, y confiadas á la guardia de una muchacha negra, que siempre va siguiendo los pasos de su ama con el canasto en brazos, no solo para tener siempre las llaves á la mano, sino porque, si las perdieran de vista un instante, aquel instante lo aprovecharian infaliblemente los esclavos para robar. Entonces como en otras muchas ocasiones me parecia que la asistencia personal é inevitable de aquellas sombras negras debia ser fastidiosísima; mas siempre que hablé de esto, me aseguraron que no existia semejante incomodidad, y que era tal el hábito que casi no se apercibian de su presencia.

A la verdad, no me faltaron frecuentes oca-

siones de observar esta indiferencia habitual con que se desentienden de la presencia de sus esclavos: porque hablan de ellos, de su condicion, de sus facultades y de su conducta, de la misma manera que si fuesen incapaces de oir. Una vez ví á una señorita que, sentada á la mesa entre un hombre y una muger, se fué retirando por modestia tanto de aquel, que se colocó en la silla de su vecina, para evitar la indelicadeza de tocar el codo de un hombre, y despues ví á la misma señorita pasarse el corsé sin la mas leve repugnancia delante de un lacayo negro. Un caballero de Virginia me dijo: que desde que se habia casado, habia tenido la costumbre de hacer dormir una muchacha negra en su cuarto con él y con su muger. Yo le pregunté ¿para qué podia ser necesaria aquella asistencia nocturna? — ¡« Santo cielo! me respondió ¿qué habria sido de mí, si hubiera necesitado un vaso de agua por la noche? »

CAPITULO XXIII.

Frutas y flores de Marilanda y de Virginia. — Culebra de cascabel. — Insectos. — Elecciones.



El verano que pasamos en Marilanda (1830) fué delicioso. El termómetro se mantuvo en 94 grados, pero el calor no fué ni con mucho tan pesado como nos lo habia parecido en el Oeste. En ninguna parte de la América del Norte son las producciones naturales del suelo ni tan variadas ni tan hermosas. Bajo los pies brotan por donde quiera fresas del sabor mas exquisito; y cuando las fresas pasan, no hai valle, otero ni cañada que no parezca una arboleda, cuyas ramas colorean cargadas de cerezas, ofreciendo sus tesoros al que quiere levantar la mano para cogerlos. Vienen luego los melocotones y albérchigos que cubren todos los cercados; su fruto, aunque ni en tamaño ni en gusto pueda competir con el que se cultiva en nuestros huertos, nos procuraba

sin embargo un agradable y frecuente refresco en nuestras giras y paseos. Pero lo que mas que todo completa la hermosura de aquella region, y la hace superior á cuantos paises he visto (excepto los Aleghanies), son las flores y los arbustos floridos que la pueblan. No puede darse una descripcion capaz de producir la idea exacta de su variedad, abundancia y lozanía. El lector ingles, si le hablo de rosas silvestres por egemplo, se figurará que le pinto las flores desmayadas y efímeras que nacen entre los espinos de nuestros valladares; mas las rosas silvestres de Marilanda y de Virginia podrian ser las sultanas predilectas de nuestros jardines. Si no son en general mui dobles, son siempre tan brillantes que el esplendor suple á la vista la sencillez. Hailas de todas tintas y matices, desde el carmesí mas subido hasta el color de aurora mas suave. La fragancia de estas hijas del desierto es rica y delicada, y su tamaño excede al de las rosas simples que yo he visto en nuestros climas, teniendo muchas veces cuatro pulgadas de diámetro. La hoja se parece bastante á la de las rosas de China; y es grande, obscura, consistente y lustrosa. El agavanzo ó escaramujo, se cria espontáneamente y florece con abundancia; sus hojas y flores son mucho mas grandes que las del mismo arbusto que se conoce en Inglaterra. La acacia, ó como allí la llaman,

la langosta (locust), se cubre de flores con tanta profusion que yo he cojido una rama de un palmo, en que se contaban doce espesísimos racimos de ellas: el perfume que exhalan recuerda el aroma del azahar ó flor del naranjo. Descuella tambien entre los vistosos ornamentos de los bosques el árbol del amor con sus ramas chatas á los lados abiertas en forma de abanicos y esmaltadas de blancas flores como estrellas y tan grandes como las flores del cisto. Otro arbusto mas pequeño pero lindísimo es la frángula ponzoñosa: es un bien que sus cualidades nocivas sean conocidas tan generalmente, porque el atractivo de sus ramos de flores blancas en forma de franjas delicadas seduce aun al que las conoce, aunque solo el tocarlas produce hinchazones violentas. El árbol de Judea abunda en todos los bosques; su brillante y delicado clavel es el mensagero mas temprano de la primavera americana. Crece allí todo con la misma fecundidad salvage; las azaleas, blancas, amarillas y rosadas; las calmías de todas especies, y tambien la dulce magnolia y la gigantesca adelfa. La enredadera de Virginia trepa por los árboles mas altos de la selva, y desplega sobre las espesas cimas sus trompas de púrpura esplendente. El saxifras es un arbusto mui bello; sus hojas crecen en manojos, y cada manojo con-

tiene cinco y seis diferentes formas: su fruto sobre todo no puede ser mas gracioso; parece una bellota pequeña, y es negro como el azabache, teniendo el cáliz y su tallo todas las apariencias del coral. La parra graciosa y fantástica contribuye á dar un aspecto particular á aquellos cuadros, pero las errantes guirnaldas y festones de sus sarmientos se asemejan tan poco á nuestras parras como las entecas azaleas y enfermizas magnolias de nuestras estufas se asemejan á las lozanas y fecundas azaleas y magnolias de América.

Hai otro encanto mas en aquellos climas durante el verano, encanto que tal vez es el único que se halla en su mayor perfeccion en el Oeste, pero que en cualquiera parte inspira el mismo deleite. Si salís un dia sereno en uno de los meses de estio, tendreis que moveros en una atmósfera de mariposas de matices tan ricos, de formas tan variadas, que solia muchas veces antojárseme que eran flores que volaban. Algunas de ellas son mui grandes, pues tienen tres y cuatro pulgadas de un extremo á otro de las alas; pero las mas, y para mi gusto las mas preciosas, son mas pequeñas que las nuestras. Unas tienen las alas del color mas delicado de espliego y el cuerpecillo negro; otras son pardas y de color de rosa, y otras anaranjadas con mezcla de un azúl brillante como el

cielo. Mas aunque son tan lindas, no tanto deleita los ojos su hermosura como su número. Sus giros vagarosos, su silencio, sus torbellinos variados, cuando cruzan por el aire y se buscan, y se esquivan, y llegan á encontrarse y se revuelven todas, forman un espectáculo grato. Acaso suele pasar, cortando la nube de las inquietas mariposas, el pájaro mosca juguete primoroso de la estacion; mas su especie no es tan crecida ni vive tanto en el aire que se le deba dar la misma importancia que á las mariposas, verdadero arco-iris de la tierra, en el cuadro de un verano transatlántico. La mosca de fuego es una novedad mas interesante. Cuando el tiempo se humedece, ó antes de una tempestad, son mui numerosas; y en la noche obscura y abrasadora de un dia de fuego, cuando era imposible cualquiera ocupacion ó trabajo, solia yo muchas veces entretenerme en seguir su luz incierta ora aquí, ora allí, y verla ya brillar, ya extinguirse, pasando con la rapidez del relámpago y cayendo como una lluvia de estrellas arrebatadas por la brisa de la noche.

. . . .

En una de nuestras excursiones matamos una culebra de cascabel, que no faltaron tres

dedos para que yo la pisara. Mientras estábamos contemplando nuestro vencido enemigo, con la duda todavía de si era ó no realmente la terrible culebra de cascabel, de que con tanta frecuencia habiamos oido hablar, se llegó á nosotros un labrador, y exclamó al descubrir la víctima : « ¡ Par diez! miren si no han cogido un cascabel. Bien hecho, perfectamente bien hecho ; esas bestias son el diablo. » En seguida nos dijo que habia visto en cierta ocasion una culebra de cascabel despedazarse á bocados, porque, estando en una jaula, la estaban inquietando con una vara, y no teniendo de quien vengarse, desfogó su cólera en sí misma. Muchas veces oimos referir cosas terribles del número de estos desesperados reptiles, que infestan las rocas vecinas de los grandes Saltos del Potomac; con todo, ni aun el terror que nos inspiraban tan espantosas relaciones podia impedirnos el que repitieramos á menudo nuestras visitas á sus cercanías, para disfrutar el placer de tan sublime escena; afortunadamente no fué castigada jamas nuestra temeridad con el encuentro de la mortal serpiente. Vimos sí lagartos largos y rollizos, horribles miniaturas del cocodrilo, los cuales se deslizaban de las grietas de las rocas, y volvian á precipitarse para esconderse, quizas bajo la misma piedra donde yo estaba sentada; mas todo el mundo

nos aseguraba que son animales inocentes. La vida animal aparece tan infinitamente abundante, y con formas tan variadas y tan nuevas á los ojos de un Europeo, que es de una necesidad indispensable sacudir cualquiera especie de miedo que puedan inspirar todas las tribus arrastrantes, trepantes, saltantes y zumbantes, antes de echarse á vagar en el verano por el territorio de América. Es imposible en mi sentir dar en una descripcion la idea de la barahunda y ruido que asalta los oidos por todas partes, desde que empieza el crepúsculo hasta que el sol naciente rompe el velo de la noche y envia á dormir los incansables músicos.

Esteis donde querais (excepto en las grandes poblaciones) la voz melancólica de la rana llegará á vuestros oidos con su acento elevado, ronco y profundo, repetida por un coro de mil bocas graznadoras. El sapo añade sus gorgeos y voces casi humanas; el grillo repite su nombre durante la larga noche; toda la tribu de las langostas chirria, chilla, grazna, zumba y silba, sin dejar un momento de reposo á los que cansados de oir semejante algazara no tienen ni aun la esperanza de cojer el sueño y libertarse de ella durmiendo: y si el mosquito acompaña ese concierto con su obligado de trompa; entonces ni aun por milagro se al-

canza dormir un instante á pesar del mayor cansancio. En efecto esta buena fortuna no se consigue sino dejando de escuchar : durante mi primer verano, pasé noches enteras, literalmente, escuchando aquella mezcla asombrosa de ruidos, y solo pude recobrar el sueño, cuando familiarizada con ella logré que no excitara mi atencion.

No sé por qué eslabon caprichoso de ideas el recuerdo de aquel tumulto de insectos despierta en mí la memoria de otros disturbios, por lo menos tan rudos y mucho mas incómodos. Ni aun en el retiro en que pasábamos este verano, nos pudimos librar del rumor que producian las elecciones, fiebre endémica que azota constantemente todo el pais. Aunque América reuniera todos los atractivos que ofrecen la naturaleza y los placeres de la vida social, bastaria para hacerme huir de ella esa furiosa manía de elecciones. Con ellas se llenan todas las conversaciones, por ella se irritan todos los carácteres, á ella se debe la substitucion del espíritu de partido á la estimacion personal, ella en una palabra corrompe todo el sistema social. Cuando un candidato se presenta, solicitando un cargo, dignidad ó empleo, su partido lo dota de todas las virtudes y de todos los talentos. Todos los de su bando estan dispuestos á sacarle los ojos al que

se les oponga, y en los estados del sud-oeste donde los ánimos estan exaltados por un temperamento mas caloroso, suelen egecutar esa operacion al pie de la letra. Sin embargo apenas triunfa, se desvanecen sus virtudes y sus talentos, y, excepto los que tienen empleos que dependen de su eleccion ó influjo, todo buen Jonatan vuelve á soltar la carrera y va á galope tendido á elejirle un sucesor. Cuando llegué á América era presidente de los Estados-Unidos Mr. Quincy Adams (Juan), y no podia dudarse, por lo mismo que aseguraban sus enemigos, que era digno por todas razones del alto encargo que desempeñaba. Todo lo que oí decir contra él de mas grave, se reducia á que « era demasiado *gentleman*, es decir demasiado fino, de demasiado buen trato, de modales atentos ó, segun el lenguaje de nuestros *progresistas*, aristócrata. No obstante era menester empujar á un nuevo candidato. Y Adams se quedó fuera por la sola razon, que yo sepa, de que era mejor cambiar. — « ¡Viva Jackson! » fué el grito que resonó en toda la federacion, y que repitieron todos los patriotas ebrios y sobrios, hasta que fué elejido presidente, volviendo, tan luego como ocupó la silla de la presidencia Jackson, á empezar su operacion infinita de *eleccionear* con « ¡ Viva Clay! « por nuevo grito de guerra. »

Una mañana habiendo ido á volver una visita, me hallé en una casa á donde llegó una partida de señores á caballo. El que parecia por su aire gefe de la banda, no nos dejó duda en cuanto al objeto de su expedicion, porque casi al entrar, dijo :

— Mr. P..., vengo á pediros vuestro voto.

— Y ¿ quién sois vos, caballero ? fué la réplica.

— ¡ Viva Clay !

Tal fué la respuesta, y el voto le fué prometido.

Este ciudadano era opositor á una plaza de representante del estado, pues los miembros de la representacion tienen voto en la eleccion de presidente.

Me presentaron á él como una Inglesa, y el me dirijió la palabra díciéndome : — « Ya veis, señora, que aquí se tratan estas cosas sin disfraz y sin tapujo ; apuesto á que allá se trata la materia con mas rodeos. »

Despues que se marchó, su historia y su posicion fueron el tema natural de la conversacion. « Mr. M. es hombre altamente respetable, y goza de una posicion brillante : no hai duda que será elejido, si está por Clay, » dijo mi huésped.

Entonces pregunté cual era su condicion social.

« Su padre, me respondió la señora de la casa, era negociante y habia enviado al futuro legislador, siendo aun mui jóven, á un puerto del Mediterráneo de sobrecargo. El mozo, que era un mozo libre y liberal, y de un alma verdaderamente levantada, se apropió los productos de su viaje, y con esos fondos tan filosóficamente adquiridos, se dió al comercio, y su fortuna coronó todas sus operaciones con el éxito mas favorable. Al cabo de doce años de ausencia volvió á los Estados-Unidos, hecho un ciudadano rico y de una posicion eminente. A la verdad, fuéme imposible dejar de manifestar la desaprobacion que merecia en mi entender semejante proceder, pero me aseguraron que todo el mundo tenia á Mr. M. en concepto de « un hombre mui de bien, » mui « *honorable.* »

Si fuera á referir una décima parte de los tratos poco honrosos que los Americanos me han contado de sus conciudadanos y amigos, estoi cierta de que no habria lector ingles que diese crédito á mi veracidad; seria por lo tanto mui imprudente el prolongar este artículo; pero no puedo omitir la opinion que formé en cuatro años de atenta é infatigable observacion. Es á saber: que la conciencia de los Amecanos del Norte está mucho mas embotada que la nuestra. Convenced á un Americano de que

su vecino es un mal sujeto, me atrevo á decir (si está enteramente seguro de que de nada puede servirle) que se desentenderá de todo conocimiento con él; no obstante las gentes estan mui discordes en punto á lo que constituye un mal sujeto, pensando de mui diferente modo en uno y otro lado del Atlántico, sobre casi todo el Decálogo. Hai allí, á lo que yo he visto, un sentimiento mui obtuso con respeto á todo lo que concierne al honor.

« Cervantes desterró de España la caballería con sus burlas, » mas no desterró la mejor parte de la caballería que tan hermosamente describe Burke, como « la no comprada gracia de la vida, la defensa barata de las naciones, esa castidad de honor que siente como una herida una mancha, que ennoblece cuanto toca, y por quien el mismo vicio pierde la mitad de su malignidad, perdiendo toda su grosería. » La mejor parte de la caballería corre todavía con la buena sangre en todas las partes de Europa, y no se guarda con menos ahinco que cuando contribuian á su defensa la espada y el escudo. Quizás esta no comprada gracia de la vida no se debe buscar donde jamas ha existido la caballería. Yo no lamento ciertamente la decadencia de los caballeros errantes, ni quiero cambiar la proteccion de las leyes por las del mas bien guisado, leal y

fiel campeon que enristró lanza ó embrazó adarga; pero creo á la verdad que la susceptibilidad caballeresca del honor es el mejor antídoto contra la degradacion en que hacen caer al hombre los tratos mañeros de la vida ordinaria, y que la falta total de ella es una de las razones por que la libre raza de la América septentrional se cuida tan poco de la virtud vulgar llamada probidad.

CAPITULO XXIV.

Viaje á Filadelfia. —Canal de Chisapica y Delavara. — Ciudad de Filadelfia.—Lectura de miss Wright.



Hacia fines de agosto de 1830, hicimos una expedicion á Filadelfia , y á pesar de la estacion, nuestra buena suerte nos deparó un tiempo despejado y tranquilo. El camino de Washington á Baltimore, que fué nuestra primera jornada, es mui agradable en el verano por la variedad y lozanía del follage que lo guarnece en gran trecho.

Pasamos la noche en Baltimore, y nos embarcamos el otro dia por la mañana en un vapor para Filadelfia. Las vistas del rio de la Danta (Elk-River), en que se entra á poco de haber salido del puerto de Baltimore, no son hermosas. A las seis de la mañana nos embarcamos, y á las doce llegamos al canal de Chisapica y Delavara. Dejamos el vapor y anduvimos de doscientas á trecientas varas hasta el canal, donde tomamos un bote cubierto, tirado

por cuatro caballos y con un tendal elegante. El canal atraviesa el estado de Delavara, y junta los rios de Chisapica y Delavara. Aunque la distancia no es mas de trece millas, es obra que ha costado mucho; porque para una parte considerable de él ha sido necesario hacer excavaciones mui profundas, y en muchos sitios estan bardadas las orillas, con el objeto de evitar que se desmoronen y arruinen. En el punto en que la cortadura es mas honda, han echado un puente ligero, que por su grande elevacion, forma un objeto notable á los ojos de los que pasan por debajo. Todo barco que pasa por este canal paga una alcabala de veinte pesos.

Nada llama menos la atencion que la porcion del estado de Delavara por donde cruza el canal, exceptuando apenas el Misisipí. A la una entramos en el rio Delavara por casi enfrente del fuerte, que parece recien construido y es mui bello. Aquí volvimos á cambiar de barco, transbordándonos á otro de sus magníficos vapores: las dos mudanzas se verificaron con la mayor regularidad y prontitud.

El paisage que se descubre desde el rio, no ofrece cosa alguna que sea de notar. La corriente es ancha y las orillas bajas; pero á corta distancia antes de llegar á Filadelfia, despiertan la curiosidad del viajero dos edificios de sin-

gular aspecto. En respuesta á mis preguntas, me dijeron que los habian construido, con el fin de que sirviesen de abrigo á dos buques de guerra. Uno y otro estan perfectamente acabados y tienen muchas ventanas para la ventilacion. Estos edificios deben haber costado sumas considerables; pero como la construccion de los objetos que cubren ha debido costar mas, se pueden mirar como buena economía.

A las cuatro de la tarde llegamos á Filadelfia, ciudad verdaderamente hermosa, aunque de aspecto menos noble, vista de lejos, que Baltimore; pues no tiene cúpulas ni columnas, y á pesar de ser mayor, no se presenta tan bien ni tan de lleno. No hai cosa mas linda en efecto: las calles estan perfectamente empedradas, las baldosas, como en las demas ciudades del Norte de América, son de ladrillo, y estan protejidas contra el ardor del sol por toldos, que en todas las principales tiendas caen desde las ventanas de los almacenes hasta la orilla del empedrado.

Filadelfia está construida con una regularidad tan escrupulosa que casi fatiga: las calles que corren de norte á sur se distinguen por números desde el uno hasta — no sé cuantos: yo hice una visita en la calle duodécima, *twelfth street*. Estas estan cortadas en ángulos rectos por otras, que llevan los nombres de varios árboles; la del Moral (Mulberry-street),

la del Castaño (Chestnut-Street), y la del Nogal (Walnut-street), parecen las mas elegantes : en cada una de ellas hai un teatro. Ese modo de designar las calles es sumamente cómodo para los extrangeros, por la facilidad que da para dirigirse con certeza al punto que se desea ir. Por egemplo; pregunta uno por el banco de los Estados-Unidos ; — le responden que está en la calle del Castaño entre la Tercera y la Cuarta, y como las calles estan divididas por distancias iguales de unos trecientos pies, es imposible que se equivoque. Muchas de las casas son hermosas, pero ninguna magnífica ; por lo comun estan construidas de ladrillo, y las de un órden mas lujoso tienen escaleras de mármol blanco, siendo de ese rico material los quiciales y dinteles de unas cuantas; con todo no entra el mármol en la arquitectura de las habitaciones privadas de Filadelfia como se ve en Baltimore.

Los Americanos del Norte admiran con entusiasmo Filadelfia, y le dan la preferencia en punto á hermosura sobre todas las demas ciudades de los Estados-Unidos ; yo no soi de su opinion. Se ven allí algunos edificios hermosísimos ; pero ninguno está situado de manera que ofrezca un punto de vista tan bello como el Capitolio y la casa del presidente en Washington. Ademas, á pesar de esos hermosos edificios, de los cuales se encuentra alguno

que otro en todas las calles principales, nunca varia el punto de vista : no hai Plaza de Luis-Quince, no hai Calle del Regente ó Parque Verde, que hagan exclamar « ¡ qué hermosura ! » todo es igual, recto, uniforme é indiferente.

Hai sin embargo un sitio como á distancia de una milla de la ciudad que presenta un cuadro delicioso. Los acueductos de Filadelfia no han obtenido todavía la celebridad de los de Marly cerca de Paris, pero no la merecen menos. En un punto bellísimo del rio Schuylkill han construido un depósito soberbio á donde hacen subir el agua, teniendo la elevacion necesaria para que de allí se reparta por toda la ciudad. La vasta, y al mismo tiempo simple máquina que egecuta la operacion, está abierta para todo el mundo, y son tantas las personas que van á verla, que corren varias diligencias por la noche desde Filadelfia á Monte-Hermoso (Fair Mount). Mas no consiste el atractivo principal de Monte-Hermoso en lo curioso é interesante de esa maquinaria, á pesar de su mérito ; no seria tan concurrido, si no tuviera encantos que justificaran su nombre. En realidad Monte-Hermoso es uno de los puntos mas amenos en que se deleitará la vista. Atraviesa el Schuylkill una presa bastante ancha, que produce el ruido y aun la ilu-

sion de una cascada. Al otro lado del rio ocupa la eminencia una granja particular: sus praderas hermosas van descendiendo hasta el borde del agua, y los grupos de sauces llorones y otros árboles extienden sobre la corriente su sombra. La máquina misma está dentro de un edificio sencillo pero bello de cal y canto, con un frontispicio extenso que da á un terrado sobre el rio: detras del edificio y separada de él por una pradera, se alza una elevada muralla de roca caliza, tajada en una ó dos partes, á fin de abrir paso para que el agua entre en el arca. La catalpa se mostraba en todas las hendeduras de la roca, cubierta de preciosas flores. Bajo uno de esos árboles da salida una abertura artificial á una fuente clara y brillante como el cristal, que cae en una taza de trabajo sencillo, con un vaso para el servicio del viajero sediento. En otra parte, una porcion del agua que sube al depósito, forma un saltadero perpetuo que se vuelve á precipitar en lluvia de plata sobre la cabeza de una nayade blanca como la nieve. La estatua no es obra de un Fidias; pero el terreno obscuro y peñascoso que forma el fondo del paisage, las floridas catalpas que la cubren con su sombra, la ninfa solitaria, y la lluvia transparente que la envuelve, dejándola ver por entre un velo misterioso, realzan la escena de un modo singular;

la noche que yo la visité, me pareció mucho mas encantadora, porque el tiempo era calorosísimo, y el contraste del fresco de aquel sitio y de la atmósfera de fuego que abrasaba lo demas del pais, aumentaba sus atractivos. Era imposible en aquella escena no envidiar á la estatua su baño eterno de aspersion.

Al volver de nuestra excursion, encontramos carteles por todas partes, anunciando que miss Wright iba á pronunciar aquella noche su discurso de despedida á los ciudadanos de Filadelfia en el teatro de la calle del Arco, para embarcarse de vuelta á Europa. Determiné inmediatamente ir á oirla, y lo verifiqué, aunque con alguna dificultad, á causa del tropel que se agolpó con la misma intencion. El teatro, que es mui bonito, estaba lleno por todas partes, incluso el tablado, y la concurrencia era brillante. Se contaba en ella mayor número de damas del que se suele ver en otras ocasiones en un teatro americano : tal vez consistia en que eran admitidas *gratis*.

Miss Wright se presentó en el tablado escoltada por una porcion de damas cuáqueras, que le servian de guardias de corps, vestidas con el uniforme completo de su secta. Ella estuvo, como está siempre, formidable en sus teorías, pero elocuente con fuerza y felicidad, y, en cuanto al tono de su discurso, obtuvo

grandes aplausos, aunque un pasage causó una emocion profunda y provocó varios silbidos. Miss Wright asentó abiertamente, apoyada con la autoridad de Jefferson por sus obras póstumas : « que Washington no era cristiano. » Una voz, que salió del patio, exclamó con el acento de la indignacion : « Washington era cristiano; » pero se veia claramente que la mayor parte de los circunstantes consideraba la asercion de Jefferson como un elogio del ídolo del pais, y los aplausos no tardaron en ahogar los silbidos. El general Washington sin embargo, explica de un modo algo diferente sus principios. Yo he hallado en su alocucion de adios, rehusándose para la reeleccion á la presidencia, el pasage siguiente :

« La religion y la moral son las dos basas indispensables en que deben estribar todas las disposiciones y costumbres que conducen á la prosperidad política. En vano reclamará el tributo de patriotismo el hombre que se afane por derribar estos grandes pilares de la felicidad humana, estos firmísimos apoyos de los destinos de los hombres y de los ciudadanos. No bastaria un volúmen para señalar todas sus conexiones con la felicidad pública y privada. Y no nos abandonemos sin cautela á la suposicion de que la moral se puede mantener sin la religion; la razon y la experiencia nos prohi-

ben esperar que la moral nacional pueda prevalecer con la exclusion de los principios religiosos. »

Yo no diré quien conocia mejor los principios de Washington, si Jefferson ó él mismo; pero, á lo menos, parece justo, cuando se cita una asercion, añadir tambien la otra.



CAPITULO XXV.

Plaza de Washington.—Hermosura americana.—Galería de Bellas-Artes.—Teatros.—Museo.

—

Todos los viajeros emplean las mañanas del mismo modo : nosotros ocupabamos las nuestras en informarnos de lo que habia que ver en el pais, para ir á visitar todo lo que las respuestas de las personas á quienes preguntabamos, nos indicaban que merecia la curiosidad. Acaso no hai ciudad alguna donde se pueda hacer eso con mas facilidad que en Filadelfia : basta subir una calle, bajar otra, entrar por aquí, salir por allá, hasta describir paseando todos los paralelógramos que forman la ciudad, para ver muchas cosas que son dignas de atencion. El Banco de los Estados-Unidos y el de Pensilvania son los edificios que mas excitan la admiracion, porque uno y otro son en extremo hermosos, no solo por el mármol blanco de que estan construidos, sino tambien por la belleza de los modelos griegos, con-

forme á los cuales han sido edificados. La casa de Estado no tiene recomendacion alguna por fuera, mas la sala en que fué firmada la declaracion de la independencia, y en que recibieron al estimable Lafayette, cincuenta años despues que habia derramado su noble sangre en favor de los que combatian para lograrla, es un lugar que inspira sentimientos de gloria y de veneracion. En uno de los extremos de la misma sala hai una estatua de madera que representa al general Washington, y tiene la siguiente inscripcion sobre el pedestal:

First in Peace,
First in War,
And
First in the hearts of his countrymen.

Es decir:

Primero en la Paz,
Primero en la Guerra,
y
Primero en los corazones de sus compatriotas.

Hai delante de la casa del Estado, entrando por la calle del Nogal (Walnut-street) una plaza cercada, especie de patio muy bonito, con arrecifes de arena gruesa perfectamente cúidados, y muchos de los hermosos árboles floreros del pais. Los acirates estan sembrados de grama,

no de césped, que es ciertamente un lujo que no he visto en las demas partes de América. Cerca de esta plaza ó patio hai otra mui semejante, llamada Washington-Square ó plaza de Washington. Entonces estaba cubierta de trébol; pero como los árboles son numerosos y de una rara belleza, y bajo su sombra han colocado varios asientos mui cómodos, es, á pesar de la crecida yerba que embaraza el paso, un retiro mui agradable para libertarse del polvo y el calor. Poquísimas veces sin embargo ví ocupados aquellos asientos : los Americanos del Norte no tienen horas de descanso ni sienten la mas ligera propension á gozar de los momentos de desahogo que aprovechan los habitantes de los demas paises. Hasta para tomar sus tragos, que son la delicia universal del rico y del pobre, estan de pie, y beben siempre de paso : en una palabra, excepto cuando van á la iglesia, nunca parece que esten despacio ni que reposen de sus fatigas. La linda plaza de Washington está terminada por très lados con tres líneas de casas, mas ¡ ai! el cuarto lado tiene por línea la de una cárcel; con todo es la plaza de Filadelfia que mayor semejanza ofrece con las cuadras ó *squares* de Londres.

Una tarde que mi familia habia ido á ver algunas curiosidades que yo habia visto ya, me

convine á esperarla en esta plaza, y me senté bajo una magnífica catalpa que extendia por todas partes sus olorosas y floridas ramas. Estaba sentada en la otra parte del mismo banco una jóven, que observaba con atencion los brincos y saltos de un niño de quien cuidaba: en su manera de mirarme, y en la sonrisa con que respondió á mis miradas, al egecutar su niño una vuelta extraordinaria de ligereza en la yerba, le conocí que no era Americana. No me acuerdo cual fué la primera que habló, pero sí sé que cuando pudimos apercibirnos, una y otra nos hallamos empeñadas en una conservacion seguida. Mi interlocutora hablaba ingles con pureza y elegancia, mas era Alemana, y lo único que le daba el aire de extrangera en Filadelfia era el calor, ese fuego del sentimiento que parte del corazon, con que recordaba el nombre de su pais, y me referia lo que habia dejado, y lo que habia encontrado, ó mas bien lo que no habia encontrado, porque en su lamentacion añadió:

— « No les gusta la música ¡ o no! nunca piensan en una distraccion — no; y sus corazones no aman, á lo menos, á los extrangeros; no disfrutan comodidades, ni olvidan los negocios y cuidados — no, ni un instante. Pero yo no estaré aquí mucho tiempo, porque me parece que no podria vìvir. »

Díjome que tenia un hermano establecido allí, que era mercader, y habia pasado un año con él; pero que esperaba volver pronto á la tierra de su padre.

Nunca he conocido mejor la fuerza y exactitud de la observacion de que la expresion es el alma de la hermosura, que mirando y oyendo á la jóven Alemana. Ella no era bonita y le faltaba mucho para llegar á serlo : verdad es que tenia grandes ojos, y un mirar lleno de ternura y expresion, pero sus demas facciones eran irregulares; mas ¡ ai! qué magia la de aquella sonrisa! ¡ la de aquella mirada, lenguaje celestial del alma, que pintaba en su rostro lo que no alcanzaban sus palabras, al hablar de su Alemania! El tono de su voz, la accion ligera y graciosa que acompañaba sus expresiones, todo me encantó de manera, que la media hora que pasé con ella, me dejó un recuerdo profundo que nunca he podido olvidar. Muchas veces me he reconvenido yo á mí misma de ceder á la influencia de cierta preocupacion contra las hermosas Americanas; esa media hora sin embargo me reconcilió con mi conciencia : porque no es la preocupacion lo que obliga á conocer que no basta la regularidad de las facciones para mover el corazon y excitar la simpatía, y aun para agradar, pasada la primera vista. Yo creo ciertamente

que las Americanas son las mugeres mas hermosas del mundo; pero sin disputa creo tambien que son las que tienen menos atractivo.

. . . .

Visitamos la décimanona exposicion de la Academia de Bellas Artes de Pensilvania: 431 era el número de los objetos expuestos, los cuales estaban distribuidos de manera que llenaban tres salas bastante grandes y un cuarto mas pequeño, llamado el cuarto del director. Vimos sobre unos treinta grabados, y un número mucho mayor de acuarelas; como unos setenta artículos tenian la cifra P. A. (Pensylvanicæ Academiæ), de la Academia Pensylvana añadida al nombre del pintor.

La composicion histórica principal de la galería era un argumento bíblico egecutado por Mr. Washington Alston, persona de quien se hablaba como de un profesor de mucho mérito; añadiendo á sus elogios que desde la época en que habia pintado aquel cuadro, habia hecho progresos considerables, es decir desde 1813, segun la fecha que está al pie de la obra. Me parece que por aquella pintura habia obtenido un premio Mr. Alston en la Galería Británica.

Habia un retreto de una señora, designado

en el catálogo « la Pluma Blanca, » que era considerado como el mejor de la coleccion, y como tal mui admirado; decian que el pintor, Mr. Ingham, á quien se debia, ocupaba el primer lugar entre los retratistas de América. La pintura en efecto estaba perfectamente acabada, con especialidad la parte del ropage, trabajada con tal esmero que hasta se veia el tamo del terciopelo : en la disposicion de la luz habia mucho del estilo de Good; pero el dibujo defectuosísimo, y el contorno, aunque el rostro parecia gracioso, duro y descarnado. En todas las conversaciones que oí en América sobre la pintura, noté que lo acabado del ropage se miraba como la prenda mas excelente de un cuadro, y la semejanza como la segunda cualidad de perfeccion en los retratos. Yo no me acuerdo de haber oido las palabras *composicion ó dibujo* en ninguna de sus conversaciones artísticas.

Se lee sobre la puerta de una de las salas de esta academia :

GALERIA DE ESTATUAS ANTIGUAS.

La puerta estaba abierta, pero dentro habia una mampara que impedia ver desde fuera lo interior de la pieza. Al detenerme á leer la inscripcion, me asaltó una buena vieja que

egercia al parecer las funciones de portera de la galería, y hablándome con aire de mucho misterio, dijo: — « Ahora, señora; esta es la ocasion; nadie os verá; daos priesa. »

Yo la miré con sorpresa, y soltando el brazo que me habia asido, como para apresurar mis movimientos, le pregunté mui seriamente lo que queria decir.

« Nada, señora; pero las damas quieren siempre entrar solas en esa sala, cuando no hai caballeros que las miren. »

Al entrar en la sala misteriosa, la primera cosa en que paré la atencion fué un papel escrito, donde se deprecaba la repugnante depravacion de varios concurrentes, que habian señalado y desfigurado aquellos modelos de la manera mas indecente y desvergonzada. Accion tan fea y digna de castigo resulta indudablemente de la costumbre, que por no herir el falso melindre de una gazmoñería absurda, separa las mugeres de los hombres. Si la galería de antigüedades estuviera abierta para los dos sexos y concurrieran á ella señoras y caballeros, el respeto que se inspirarian mutuamente, cortaria tan reprensibles abusos. Hasta que la América del Norte llegue al grado de refinamiento, que permite visitar una galería de monumentos y reliquias del ingenio, sin temer ó una censura injusta ó la falta de de-

coro, la sala de los modelos antiguos deberia cerrarse para las señoras. Yo he recorrido los salones del Louvre (*), sin que haya repugnado á mi delicadeza admirar las obras del arte con el sentimiento religioso que sus prodigios inspiran; pero estuve por sentirme como de un ultraje, cuando la oficiosa portera me insinuó que podia echar una ojeada á hurtadillas sobre lo que se reputaba indecente. Tal vez las disposiciones tomadas para la exposicion, los afectos que las habian inspirado, y los resultados de semejante arreglo, presentan la muestra mas completa de esa delicadeza de escrúpulos que tanto cacarean los Americanos, y de los efectos que produce. La galería contiene unos cincuenta modelos, principalmente imitaciones de la antigüedad.

Divirtióme mucho en el cuarto del director el medio nuevo de que se habia valido un poeta, para dar publicidad á sus obras, ó mas bien, su obra, no siendo menos curiosas la noticia que de ella daba y la extremada laboriosidad con que la habia trabajado. El retrato estaba suspendido en un sitio, en que podia leerse con toda comodidad un cartelon puesto en el marco y decia:

(*) Palacio erijido por Luis XIV en Paris; sirve ahora de Museo nacional de Bellas-Artes.

RETRATO DEL AUTOR

DE

La Fredoniada ó la Independencia preservada : poema político, naval y militar, sobre la guerra de 1812, en cuarenta cantos, comprendidos todos en cuatro volúmenes; cada uno de mas de 305 páginas buenas.

POR RICARDO EMMONS,
M. D.

. . . .

Concurrí al teatro de la calle del Castaño (Chestnut-street) á ver representar á Mr. Booth, actor que habia sido del teatro de Drury-Lane (*), el papel de Lear (**) y á mistress Duff el de Cordelia; pero he visto tantos Leares y tantas Cordelias que es difícil contentarme : la representacion me pareció en total sumamente mala. El teatro está construido con excelentes proporciones, y tiene mui bonitas decoraciones. No era entonces la temporada de la concurrencia selecta, á lo cual presumo que se debe atribuir el que la compañía se presentara en los palcos, cosa que nada tiene

(*) Uno de los principales de Londres.

(**) Personage de la tragedia del mismo nombre de Shakspeare : « King Lear. » — El rei Lear.

de elegante. Tampoco descubrí en este teatro mas miramiento ni mejores modales que en los demas: allí ví á un hombre, que estaba en un palco bajo, quitarse mui determinadamente su casaca y quedarse en mangas de camisa, para estar mas fresco; los señores tenian los sombreros puestos, y no paraban de escupir.

Otra noche fuimos al teatro de la calle del Nogal (Walnut-street); el aliciente principal de la funcion consistia en que representaba un jóven que antes habia ido enseñándose como «un esqueleto vivo.» Desempeñó el papel de «Jeremiah Thin,» Jeremías Flaco, nombre que justificaba maravillosamente; y aquí se acaba lo que puedo decir en elogio de aquellas representaciones.

Pero el contraste grande, la diferencia principal que hay entre Filadelfia y las ciudades de Europa, se nota por la noche. Puesto el sol ya no se oye ruido, apenas una voz, una rueda interrumpe la tranquilidad silenciosa de la poblacion. Las calles estan á obscuras, excepto en los reducidos tramos que ilumina el lampion de una fonda ó de otro establecimiento público: las tiendas estan cerradas, menos las boticas y alguna que otra taberna ó bodegon; rara vez se percibe ruido de pasos, y en cuanto al sonido de canto, instrumentos de música ó rumor de alegría, yo por mi parte

puedo asegurar con verdad que nada oí por mas que procuré escuchar. Al salir del teatro, que dejabamos siempre antes de la pieza final, nunca ví un solo carruage; la noche de la lectura de Miss Wright, que permanecí hasta el fin, habia uno á la puerta. Tanta obscuridad, tanto silencio producian en mi alma una impresion casi de terror. Volviendo á casa del teatro de la calle del Castaño una noche de luna, nos paramos un momento en frente del Banco de los Estados-Unidos, para contemplar sus blancas columnas de mármol á la media luz, que se dice serles tan ventajosa: el edificio aparecia verdaderamente bello con aquel punto de claridad; los objetos discordantes de los alrededores estaban casi cubiertos bajo el velo de la noche, mientras la blancura reluciente del edificio, que deslumbra de dia con el esplendor del sol, reflejaba dulcemente los desmayados rayos de la luna y se templaba con sombras mas suaves.

Estando parados enfrente de aquel templo moderno de Teseo, nos apercibimos de que nosotros solos pareciamos vivos en la vasta ciudad: y eran las diez, no mas, el dia habia sido abrasador, y la noche convidaba á disfrutar una frescura deliciosa; mas todo era silencio. La calle del Regente y la llamada Bond-street de Londres, con su alumbrado de gas y

sus reflejos de cristales y joyerías, y mas todavía el Baluarte de los Italianos de Paris, se presentaban á la memoria y formaban un terrible contraste con aquella lobreguez y aquel silencio. La luz que vence la obscuridad y espanta las tinieblas; el bullicio alegre, el contento risueño de la concurrencia, los salones elegantes de Tortoni con todas sus variedades de néctares helados, todos esos recuerdos se reanimaban entonces. ¿Es acaso una preocupacion europea creer que los licores que tragan solos y de priesa los hombres al salir de un teatro americano, indican un estado mas vicioso y modales mas bárbaros que los sorbetes y quesos helados que con tanta diligencia y atencion se ofrece á las señoras al salir de un coliseo frances?

. . . .

El Museo contiene una coleccion de objetos explicativos de historia natural y diferentes ejemplares de antigüedades indianas. Aquí y en Los-Cincinatos ví tantas cosas que parecen reliquias egipcias, que desearia que se aclarara mejor que se ha hecho hasta el dia, y con mas exactitud, el gran punto histórico del orígen de los Indios.

Las tiendas, de que en mi entender hay un

número desproporcionadísimo, son mui hermosas, muchas de ellas por el estilo de la elegancia de Europa. Las oficinas de lotería abundan, porque esta clase de juego va entre los Americanos al exceso. En Filadelfia ví menos carruages que en Baltimore y Washington; pero me dijeron que en el invierno eran mas numerosos.

Muchas de las familias mas acomodadas se habian ausentado para ir á las aguas, y las demas iban siguiéndolas poco á poco. Long-Branch ó Rama-Larga, en la costa de la Nueva-Jersei, es el punto de baños donde se reune la mejor sociedad de aquellos contornos. La descripcion que me hicieron de la manera particular de bañarse, me pareció sumamente extraña, pero despues la he oido repetir á tantas personas, que no dudo de su exactitud. Parece que la costa es demasiádo recia para que se construyan en el agua casas de baños, y las damas han adoptado otro medio de asegurarse una proteccion eficaz en sus excursiones *balnearias*. Generalmente, todas las familias que permanecen en Long-Branch toda la temporada de las aguas, se acomodan en las grandes casas de posadas que hai allí, en las cuales todo el mundo come en la mesa redonda. Es costumbre entre las señoras, luego que llegan, pasar revista de los hombres casados, la

primera vez que se juntan á comer, y elegir el que se les antoja, por protector para sus visitas proyectadas á los dominios de Neptuno. La dama hace su solicitud, que es recibida siempre con el mayor agrado, á fin de que la acompañe á disfrutar los beneficios de las salobres olas. Pero aun queda otro inconveniente que vencer : otra neréida debe escojer por protector al mismo triton, ó sino se queda sin efecto el convenio, pues la costumbre admite el trio para las zambullidas, mas no autoriza la inmersion *téte-à-téte*.



CAPITULO XXVI.

Cuáqueros. — Presbiterianos. — Metodistas ambulantes. — Mercado. — Influencia social de las mugeres.

—

En ninguno de mis muchos viajes se me habia ocurrido aun la idea de entrar en un templo ó casa de congregacion de los cuáqueros, y pareciéndome que el mejor punto en que podia hacerles la primera visita era Filadelfia, me valí de la proteccion de una dama cuáquera, con quien asistí á la congregacion *ortodoxa* principal de la ciudad. El edificio es grande, mas enteramente desprovisto de toda especie de adorno. Los hombres estan separados de las mugeres por una baranda ó verja que divide el templo en dos partes iguales. La concurrencia en ambos lados fué mui crecida, y el calor casi inaguantable. Conforme fueron entrando por las diferentes puertas del edificio, avisté muchas caras mui lindas que se asomaban por el tocado primoroso de las mugeres, en tanto que los hombres, sentándose con sus anchísimos sombreros, me se recordaban la

venida que Parney supone que los espera en el cielo.

« Entre donc et garde ton chapeau. » (*)

Los sombrerillos de ellas y los sombrerazos de ellos formaron grandes corros, y su inmovilidad duró tanto tiempo y fué tal, que apenas me podia persuadir que fueran entes animados las figuras que estaban debajo. Al cabo de un siglo acertó á levantarse un miembro de los mas rollizos y graves de la congregacion, se salió de su sombreron, y despues de un exordio de silencio de bastantes minutos, dió un suspiro profundo con aire de bufido, y gracias á este esfuerzo cayó de sus labios el texto : — « Guarda tu pie. » El silencio era sin duda una parte esencial de su discurso, porque volvió á seguirse otra pausa de otros tantos minutos, y luego continuó por espacio de mas de una hora, soltando de cuando en cuando una palabra, si bien los intervalos eran tan largos que me fué imposible seguir el hilo de la oracion del grave apóstol, si habia en ella algo que se pareciera á hilo ó sentido. Mi amiga, la cuáquera, me dijo que no conocia á aquel individuo, y que sentia mucho que yo hubiese oido á un predicador tan pobre. Cuando aca-

(*) « Entra y cálate el sombrero. »

bó, un anciano de apariencia mui fina (médico de profesion) se levantó, y recitó unas cuantas sentencias morales de un modo agradable; y en seguida, apenas se sentó, se pusó en pie toda la congregacion, no sé por que señal, y se marcharon. Este culto es de una especie mui singular, si culto puede haber donde no hái oracion y donde toda clase de rezo está prohibido; no obstante á mí me pareció por su decorosa tranquilidad y religiosa compostura, infinitamente preferible á los ritos que habia presenciado en las casas de congregacion presbiterianas y metodistas. Habíase suscitado recientemente un cisma entre los cuáqueros de Filadelfia, á causa de la oposicion de muchos á la exagerada severidad de la disciplina ortodoxa. Los disidentes se habian subdividido despues en otras diferentes fracciones: unos se llamaban cuáqueros unitarios, otros hicksitas, y algunos, aunque conservaban todavía el trage de su primitiva congregacion, eran tenidos por deistas.

Ninguna de las muchas iglesias y capillas que visitamos podria pasar por hermosa, ni aun en la parte exterior, en cualquier otro pais.

Un domingo fuí por la tarde con una reunion de damas para ver la *induccion* de un ministro presbiteriano. La ceremonia fué mortalmente larga, y la carga impuesta al pobre

mozo tremendamente imposible de llevar, á lo menos, para un hombre como los demas hombres. Lo que no me cansaba yo de observar y que me dejaba siempre atónita era la profunda atencion y la paciencia sin límites con que centenares de jóvenes preciosas (por no mencionar las demas de cierta edad) permanecian en la capilla viendo tan larga como pesada ceremonia; pero ciertamente no hai pueblo para quien la religion forme tan vasta porcion del entretenimiento y ocupacion de las mugeres. España, en sus dias mas católicos, no ha excedido en ese fanatismo á los Estados Unidos (4): dejando á parte los horrores y la persecucion del *santo oficio*, no se verá que la porcion mas inocente de la juventud alegre y bulliciosa haya sacrificado la jovialidad y el recreo.

La severidad religiosa de los hábitos de Filadelfia en nada aparece mas claramente que en el número de cadenas con que interceptan las calles el domingo, para impedir que pasen caballos y carruages. Los Judíos no podian llevar ventaja á este pais en la observancia de las exterioridades del culto. Yo no me meteré á conjeturar lo que hacen de sus personas los señores de Filadelfia cuando viene el domingo; solo observaré que la mayoría de las mugeres en la iglesia es notablemente prodigiosa. Aun-

que una parte mui extensa de la poblacion es de cuáqueros, reina sin embargo en Filadelfia la misma extraordinaria variedad de confesiones que en las demas ciudades de los Estados-Unidos, y los ministros de la religion gozan, en algunos círculos, de la misma influencia ilimitada de que ya se ha hecho mencion.

Una historieta que llegó hasta mis oidos, me representó el cuadro terrible de los efectos que produce ese poder: me la refirió mi modista, jóven altamente estimable por sus prendas de buena esposa y excelente madre, y á cuya veracidad doi por mi parte entero y voluntario crédito. Me contó pues que su padre era viudo y tenia tres hijas con quienes vivia en Filadelfia. Poco antes que ella se casara, llegó á la ciudad un ministro *itinerante*, que procuró introducirse, ó mas bien, instalarse en varias casas respetables. La de su padre fué una de las que formaron ese número, y su autoridad é influencia en sus hermanas crecieron de dia en dia, hasta que fueron absolutas, sobre todo con respecto á la menor. Parece que los sentimientos que inspiró el reverendo á la muchacha eran una mezcla curiosa de temor espiritual y de afecto terrestre. Cuando sus hermanas la amonestaron para que no le diera demasiado pie, hasta que él se explicase, manifestó tanto enojo como si le hubieran acon-

sejado que hiciera sus egercicios devotos con menos fervor. Por último el padre se apercibió de la pasion secreta que centelleaba en los ojos del hombre de Dios, y vió tambien las miradas lánguidas y solícitas de su hija. Séase por esto, séase por algunos rumores que habia oido en la vecindad, ó por una y otra causa reunidas, negó la puerta de su casa al ministro enamorado. Las tres muchachas se hallaban presentes cuando lo hizo, y todas exclamaron con el tono de la deprecacion un « ¡ Pero, padre! » que suplió los mas ardientes ruegos; el padre sin embargo añadió con entereza, — « Si poneis mas los pies en mi casa, no solo os enseñaré el camino para salir de aquí, sino tambien de la ciudad. » El predicador se retiró, sin que se volviera á saber de él en Filadelfia, hasta que pasados algunos meses, empezaron á correr por los círculos que lo habian recibido y tratado mejor, ciertos murmullos mui extraños, y á su debido tiempo siete infelices jóvenes, nada menos, exhibieron pruebas vivientes de la prudencia del digno padre de mi modista. No añadiré mas apología ni comentario á la anécdota precedente que la fórmula tantas veces repetida de que, « yo refiero el cuento como me lo refirieron ; » pero, si he de ser sincera, es menester que añada, que en este caso no dudo de la verdad de la historia.

. . . .

Me aconsejaron con empeño que fuera á ver el mercado de Filadelfia á la hora en que presentaba la escena mas ocupada. Hícelo en efecto, y me parecia que pocas ciudades poseen cosa mas digna de verse, porque es la misma perfeccion de un mercado, el *bello ideal* de un ama de gobierno, que á nadie confiaria el encargo importante de despensero. La pulcritud, la frescura, la total ausencia de todo cuanto puede ofender los ojos ó el olfato son cosas que es menester ver, para creer el grado de esmero y complemento á que han subido. Las mesas y tablas de los puestos estan cubiertas de servilletas blancas como la nieve; las flores y las frutas, si no son como las de Paris y Londres, son brillantes, frescas y olorosas; hai tambien hortalizas con una rica y variada abundancia, y las arreglan con tanto gusto y de una manera tan vistosa, que se olvidan los demas objetos indispensables, pero menos gratos á la vista, del mercado. La alquería, el corral, el bosque, la arboleda, lahuerta, el jardin, el rio, el océano, todo envia sus tributos á la plaza de Filadelfia: en una palabra, esta fué la primera vez de mi vida que un mercado me pareció agradable y hermoso. El precio de casi todos los artículos es poco mas ó

menos, á lo que pude calcular entre *dolars* (*) y *francos* (**), el de los mercados de Paris: mucho mas barato que en Londres, pero mucho mas caro que en Exeter.

Por medio de mis cartas de recomendacion hice conocimiento con varias gentes de un trato amable é interesante. Hai un no sé qué en los modales y comercio social de Filadelfia que me gusta; yo veo en él menos afectacion, menos melindre que en el de las otras poblaciones. Aquella calma y compostura que reinan en una sala filadelfiana son características, y cuadran admirablemente á la ciudad fundada por Guillermo Penn. El trage de las damas, aun de las que no son cuáqueras, participa de su forma y sencillez: las Filadelfas son pulcras en su vestir, y visten con una gracia tan elegante, hai tanta delicadeza y buen gusto en el tocador de las señoritas, que podrian servir de modelo á todo el bello sexo de los Estados-Unidos. No se citarán dos ciudades, entre las cuales se advierta un contraste mas marcado en el gusto y manera de vestir que entre Baltimore y Filadelfia: en ambas domina un lujo costosísimo, pero la primera se distingue por lo jarifo de su esplendor, la segunda por la simplicidad de su elegancia.

(*) Duros ó pesos fuertes.

(**) Pesetas de cuatro réales.

Dicen que esta ciudad posee á diferentes señores distinguidos por sus estudios científicos: yo hablé con algunas personas de mucha instruccion y buenos talentos, mas la tibieza y sequedad del modo de discutir las materias de que se ocupan, y el ningun interes con que las tratan, destruyen en mi entender todo el encanto de la conversacion. Una vez oí discurrir sobre el carácter y posicion de un ilustre oficial, que habia servido con celebridad en el egército de Napoleon, y cuyas prendas personales hubieran podido alcanzarle excelentes partidos y el favor del poder bajo el reino de los Borbones, si hubiera abandonado los principios que le hacian detestar su gobierno. Este hombre distinguido se habia retirado á los Estados-Unidos despues de la muerte de su amo, y se ocupaba en hacer esfuerzos para establecer una especie de *Academia politécnica* en Nueva-Yorc. Hablando de él, observé que su adhesion á la causa de la libertad debia recomendarlo altamente á los ojos de los Americanos. « De ningun modo, señora, me respondió un caballero que obtenia merecidamente un lugar elevado entre los literatos del pais: eso podria servirle en Inglaterra quizás; á nosotros no nos importa que los principios de un individuo sean los que se quiera. »

Esto creo que es exactamente verdad, aun-

que hasta entonces nada habia oido que manifestara que la indiferencia política es un rasgo de carácter nacional.

La falta de calor, de interes, de sentimiento en todo lo que no toca inmediatamente á sus negocios particulares, es universal, y produce un efecto que paraliza toda conversacion. Todo el entusiasmo de los Americanos se concentra en el punto único de su propia emancipacion é independencia, punto en que á la verdad nada excede al ardor de sus sentimientos. La América es en mi sentir como una novia jóven ; la independencia es para ella su nuevo esposo; y para él y nada mas tiene ojos, oidos, corazon : su luna de miel no ha pasado todavía; cuando pase, la América se hará quizas mas coqueta, y aprenderá á hacerse amar de losotros pueblos.

Yo no creo que haya otro pais en el mundo conocido, que ofrezca una prueba mas sensible, que la presentan los Estados-Unidos, del influjo inmenso que los estudios y ocupaciones literarias egercen, no solo en los progresos intelectuales, sino lo que es de mayor importancia, en la purificacion de las costumbres y estilos. Durante mi residencia en aquella region, ademas de no haber visto jamas á un hombre de letras mascar tabaco ni beber huisqui, no ví tampoco á uno que no lo fuera, que estuviese

libre de esos vicios degradantes. En las mugeres todavía, si es posible, cobra mayor importancia esa influencia; pero desgraciadamente los egemplos son raros, aunque en efecto se encuentran. Es uno de los mas admirables una señorita de Los-Cincinatos, que rodeada de gentes totalmente incapaces de estimarla por su valor, y ni aun siquiera de comprenderla, pasa entre ellas buenamente y sin la mas leve afectacion por una de tantas. Debiendo á la naturaleza los dones de la hermosura y un ingenio singularmente agudo y perspicaz, ha tenido la feliz ocasion de cultivarlo con tanta ventaja que en cualquier pais la harian una jóven distinguidísima. Su cultura es á la verdad la mejor de todas, cultura que se logra exclusivamente con las costumbres domésticas de una familia literaria, y que se desenvuelve con la temprana educacion que la hija de un hombre de letras recibe, cuando su padre la eleva á la consideracion de compañera y amiga. La señorita de que hablo es tanto mas admirable, cuanto que á todas las varias ocupaciones que constituyen el ministerio de las señoras americanas, reune los estudios: ella es la compañera y útil auxiliar de las tareas literarias de su padre, la ayuda activa de su madre en todos los cuidados de la casa, el aya cariñosa de una hermanita delicada, la mañosa artífice de su siempre elegante guarda-

ropa; con tiempo para todo, constantemente preparada para recibir con el agrado mas halagüeño á sus numerosos conocimientos, la mas animada en la conversacion, la mas infatigable en el trabajo. Imposible seria conocerla y estudiar su fondo y cualidades, sin convencerse de que las mugeres como ella son « la gloria de todos los paises, » y si la raza se multiplicare, pronto se harian las reformistas del género humano y desterrarian la rudeza é ignorancia de su propio sexo. ¿Cabe en la imaginacion creer que, si se hallaran en una reunion cincuenta modificaciones de esa muger encantadora, se atrevieran los hombres á presentarse en ella apestando á huisqui, con los labios negros de tabaco, y convencidos en sus almas y conciencias de que las mugeres no han nacido sino para hacer confituras y tortas de gengibre, coser camisas, cojer los puntos de las medias, y ser madres de presidentes posibles? — Ciertamente que no. Si las mugeres de América llegaran á comprender lo que podria ser su imperio, y lo compararan con su nulidad actual, seria de esperar que hiciesen grandes y ventajosos progresos. Mientras permanecí en Filadelfia entre las mas hermosas, las mas ricas y las mas distinguidas del pais, me se ocurria á cada paso la comparacion forzosa del influjo que tienen en la socie-

dad, con el que poseen en Europa las mugeres que se encuentran en las mismas circunstancias respectivas.

Un dia de la vida de las señoras americanas explicará mejor mis ideas y hará comprender mas claramente su nulidad social : permítaseme pues bosquejar la historia de un dia de una dama principal de Filadelfia.

Se dirá tal vez que la parte mas importante de la historia de una muger es la que contiene su maternidad. Asi lo creo yo tambien; pero el objeto que me propongo ahora es el ascendiente social y no la influencia doméstica de las mugeres.

Nuestra dama será esposa de un senador, jurisperito que por su ciencia y por su práctica goza de la reputacion mas alta. Tiene una hermosísima casa con escaleras y pilastras de mármol blanco, y aldabon de plata y picaporte tambien de plata de un trabajo exquisito; y tiene salones hermosísimos, mui hermosamente alhajados (en uno hai un armario, pero no importa, es mui hermoso y contiene redomas mui hermosas, y jarrones de cristal tallado); y tiene un carruage mui hermoso, y un hermosísimo cochero, negro libre, y un hermosísimo lacayo, negro libre; y siempre está hermosamente vestida; y por remate es una muger hermosísima.

Levántase de la cama por la mañana : la

hora primera se emplea toda en el tocador, arreglando con la mas escrupulosa minuciosidad todas las partes del vestido. Baja en seguida á su sala primorosa, tiesa y callada : sírvele su almuerzo el lacayo negro libre; come su jamon frito y su pescado salado, y toma su café con un silencio profundo, mientras su marido lee un periódico y se pone otro debajo del codo; luego lava tal vez las tazas. Su carruage estará á la puerta á las once; hasta esa hora está empleada en la repostería, con su delantal blanco como un armiño que proteje otro de seda color *de raton.* Veinte minutos antes de que se presente el coche á la puerta, se retira á su habitacion, como ella la llama, sacude su delantal todavía limpio, lo dobla, pasa la mano por encima de su rico vestido para sentarle las arrugas y huecos, y con sumo cuidado se pone su sombrerillo elegante, y todas las demas *etcéteras* del tocado. Baja al mismo tiempo que su cochero negro libre avisa á su lacayo negro libre que el coche aguarda. Entra en él y da la órden : « A la sociedad de Doreas. » Su lacayo se queda en casa limpiando los cuchillos, pero su Automedon confia en la lealtad de sus caballos, y los deja bajo su palabra, mientra abre la puertecilla del coche, y su señora entra sana y salva, como sale, sin echar de menos ni el brazo ni la mano que jamas le han ofrecido,

aunque ella tiene las suyas ocupadas una con una canastilla de costura, y otra con un rollo de todas esas prendas indefinibles que las damas regalan á la sociedad de Dorcas. Entra en la sala de la reunion; allí se encuentra con otras siete señoras mui semejantes á nuestra señora, y se coloca entre ellas: presenta su contribucion que una sonrisa general del círculo aplaude, y sus retazos de vendo, sus cabos de cinta, sus alfileres de monja, y su papel de oro, se juntan con los retazos de vendo, los cabos de cinta, los alfileres de monja y el papel de oro, de que está ya cubierta la mesa; tambien saca de su canastilla tres acericos acalados, cuatro limpia-plumas, siete pajuelas de papel, y una relojera de carton: todo esto se recibe con aclamaciones, y la señora mas moderna presente lo deposita con mucho tiento en varios estantes entre una prodigiosa multitud de artículos de la misma laya. Nuestra dama termina la ceremonia mostrando su dedal y pidiendo trabajo. Dánselo en efecto, y las ocho señoras se ponen á coser juntas algunas horas. Su conversacion es de ministros de la religion y de misioneros; de las ganancias de la última venta; de sus esperanzas para la inmediata; de sus dudas sobre si el jóven Mr. tal ó el jóven Mr. cual recibirá sus productos para remitirlos á Liberia; del feísimo

sombrero que vieron en la iglesia el *sábado* (domingo) por la mañana, y del mui hermoso predicador que ofició el *sábado* (domingo) por la tarde. Esto dura hasta las tres que vuelve el coche, y la señora y su canastillo vuelven á casa : ella sube á su habitacion, se quita con el mayor cuidado su sombrero y demas atavíos, se planta su delantal cortado de seda negra, da una vuelta por la cocina, por ver si está todo arreglado, baja al comedor, y habiendo pasado revista á la mesa puesta para comer, se sienta, esperando á su esposo con la labor en las manos. Llega al cabo el esperado esposo, da la mano á la muger, escupe y come. La conversacion no es larga, bastando diez minutos para despachar con la comida; á la cual suceden fruta y copa, el diario y la bolsa del trabajo. Por la noche nuestro caballero, que es un sabio, va á la sociedad Wisterana, y de vuelta juega su partida obligada en casa de un vecino. La señora recibe á un jóven misionero, que le acompaña á tomar el té, con tres miembros de la sociedad de Dorcas. Asi se acaba el dia de la señora principal de Filadelfia.

Por razones, que no estan al alcance de los Ingleses, vive un gran número de matrimonios jóvenes en casas de posadas, ajustándose por años en lugar de poner su casa y empezar á formar su ajuar, ó como dicen en el pais, « ir

al manejo de casa. » No es menester advertir que esta observacion no se extiende á las personas acaudaladas, pero incluye muchísimas, cuya categoría social haria semejante manera de vivir absolutamente imposible entre nosotros. Apenas puedo imaginarme que haya un medio mas eficaz para consolidar la nulidad completa de una muger que el de casarla á los diez y siete años y llevarla á una casa de posadas. Ni se me ocurre tampoco vida mas monótona y triste para la pobre muger.... sin embargo eso es materia de gusto, y yo he oido decir á mas de una señora que en eso consiste « el complemento de la felicidad doméstica, porque en nada se tiene que pensar. » A pesar de todas esas seguridades, yo experimentaba, siempre que las veia, un sentimiento que lindaba con la lástima y el desprecio, al contemplar su existencia.

¿ Cómo sufriria semejante vida una Inglesa recien casada, cuyo corazon y cabeza no abrigan mas idea ni deseo que de poseer

« Una casa ordenada, hogar sabroso
Do hacer feliz al adorado esposo? »

La pensionista debe levantarse temprano para llegar á la mesa á la hora señalada del almuerzo, si no se contenta con un saludo mui tieso de la parte de la señora presidenta, café frio, y las cáscaras de los huevos. Yo solia divertirme

infinito en semejantes ocasiones mirando pasos, en que los gestos decian mas que las palabras, ó en que por mejor decir, casi todo era pantomima. La apresurada pero tarda señora echa una ojeada por toda la mesa, y convencida de que no le han dejado un huevo, prorumpe en una indicacion directa : « Quisiera tomar un huevo, si se me hace el favor de dármelo, » dice; pero como á nadie se dirije en particular, nadie le responde, á no ser que su marido esté en la mesa antes que ella, y le responda : « No hai huevos, mi querida. » La señora presidenta está sorda durante este diálogo, y el ladino que se ha engullido el huevo de la persona ausente (porque solo se saca á la mesa huevo por boca) no deja de estar algo inquieto por si lo descubren. Prosigue el desayuno con un silencio sombrío, excepto cuando unas veces un loro y otras un canario suelen soltar alguna nota tímida. El almuerzo acabado, los caballeros se van precipitadamente á sus ocupaciones, y las damas van subiendo tranquilamente la escalera, y quedándose estas en el primer piso, siguiendo las otras al segundo, y las demas al tercero, en proporcion inversa de la cantidad de *dólares* que cada cual paga. Todas se entierran en sus cuartos, sin que sea fácil adivinar lo que hacen allí; no obstante yo me persuado que almidonan un

poco, y planchan un poco, y se sientan en una silla á mecerse, y cosen mucho. Segun mis observaciones, las señoras que vivian en esas casas de pension, llevaban collarines y demas ropa mucho mejor trabajada que las otras. El arado es apenas un instrumento mas benéfico en la América del Norte que la aguja. ¿Cómo vivirian sin ella? Sin embargo el tiempo y la aguja cansan al fin de la mañana, y gracias que las mañanas americanas no son mui largas aunque se almuerza á las ocho.

Generalmente sobre las dos se vuelven á reunir los caballeros pensionarios con las damas pensionarias para comer. Se habla poco en la mesa, excepto uno que otro cuchicheo entre esposo y esposa. A veces suele una insolente botella flanquear el plato de un individuo ú dos; pero en nada contribuye á la alegría de la mesa, y rara vez toman sus dueños mas de un vasito para sentar la comida. Los señores de la Union no beben ni entonces ni allí. La silenciosa comida se concluye pronto, mui pronto, y si subís la escalera, cuando todos se han retirado, olereis la fragancia del cigarro, que sale de los cuartos de las mas tiernas é indulgentes esposas, y que indica la felicidad que disfrutan las parejas que los ocupan. Cuando el marido es mui urbano, suele, luego que ha consumido su cigarro y apurado su

trago, ofrecer el brazo á su muger, que lo acompaña hasta la esquina de la calle, donde está su almacen ó su oficina; allí la deja y ella se vuelve por donde se le antoja. Como esta es la hora de estar de tiros largos, naturalmente elije siempre el camino por donde la han de ver mas. Quizas hace unas cuantas visitas; quizas va á la capilla; ó quizas entra en un almacen con el cual trafica su marido, y se aventura á ordenar algunas cosillas, y del almacen vuelve á su casa : no, no á su casa; yo no daré semejante nombre á una casa de posadas, donde entra á sepultarse en la atmósfera sepulcral en que vive, donde jamas entra la hospitalidad, y donde el interes y no el afecto toma á su cargo la direccion de la vida doméstica. Vuélvense á reunir otra vez todos para el té : un observador perspicaz puede descubrir la trampilla con que se reparte la torta y demas. Despues de eso, los que tienen afortunadamente compromisos ó citas, se van á toda priesa; los que no, se retiran á la soledad de su habitacion, ó, lo que me parece mucho peor, se quedan en la sala comun en una sociedad que no se cimenta sobre lazo alguno, que la estrechez no endulza, que no debe su orígen á la eleccion y que el mas leve motivo romperá. Noté que los hombres por lo comun tenian que hacer de noche y por

lo tanto que salir : esa disposicion confieso que me sorprendió.

Es imposible que de ese modo egerzan las mugeres en la sociedad la influencia que se les permite en Europa, y á que los sabios y las gentes de experiencia atribuyen de comun acuerdo tan saludables efectos. En vano se forman « institutos colegiales » para las niñas, en vano se confieren á las jóvenes « grados universitarios : » la nulidad lamentable de las Americanas aparece despues que se casan, y cuando se han olvidado todos los esfuerzos que se hicieron en los dias de libertad para alcanzar una rama del árbol de la ciencia. Hasta que semejante nulidad no se remedie, me atrevo á vaticinar que no mejorará nunca el trato de sus estrados.

Estando yo en Filadelfia, excitó mucho la atencion pública la suerte de dos reos convencidos de haber robado el correo de Baltimore, que estaban condenados á muerte. En América es tan rara la aplicacion de la pena capital, que cada vez que se condena á un criminal se conmueve todo, y todos se ocupan de la egecucion con el interes que inspira un grande acontecimiento. La que se acercaba entonces era el objeto frecuente de la conversacion de la mesa de la pension, y un dia nos dijo un caballero que aquella mañana le ha-

bian asegurado: que uno de los reos habia dicho al eclesiástico que lo visitaba, que estaba cierto de que seria conmutada su pena. Repitióse el cuento por todas partes, y cada dia cobraba mas consistencia, hasta que á fuerza de discusiones y comentarios, se concluyó que no solo era cierta la anécdota, sino que el reo no carecia de fundamento en su esperanza. Por las conversaciones diarias sobre este asunto supe: que uno de los reos era Americano y otro Irlandes, y que el primero era el que tan firmemente estaba persuadido de que no lo ahorcarian. Varios de nuestros comensales, discurriendo en la materia, declararon que si el uno era perdonado y el otro iba á la horca, seria su muerte un asesinato y no una egecucion legal. En el curso de la discusion se sentó como un hecho cierto, que casi todos los blancos, que habian sufrido la pena de muerte desde la declaracion de la Independencia, habian sido Irlandeses. Que verdad haya en esta asercion general, no es cosa que tengo medios de determinar: todo lo que sé yo, se reduce á lo que oí. En el caso sin embargo de que puedo hablar, el Irlandes fué ahorcado y el hombre del pais no.



CAPITULO XXVII.

Vuelta á Stónington. — Tormenta. — Emigrados. — Enfermedad.—Alejandria.

Las dos semanas que residimos en Filadelfia pasaron pronto, y sin duda mucho nos quedaba todavía que ver en aquella ciudad, cuando la dejamos para volver á Marilanda, segun estaba convenido de antemano. El camino por donde regresamos, fué distinto del que habiamos llevado á la ida, pues seguimos la ruta de New-Castle ó Castro-Nuevo á la Puebla de los Franceses (French-Town) en vez de pasar el canal. A la mitad de la noche llegamos á Baltimore, y lo restante de ella dormimos á bordo del vapor, que al otro dia á las cinco de la mañana salió para Washington.

El poco tiempo que permanecimos en el encierro y ahogo de una ciudad, nos predispuso á gozar mas que nunca de las bellezas que las amenas cercanías de Stónington presentan. El otoño que se precipitaba sobre nosotros, en-

galanaba otra vez las selvas con matices demasiado variados y ricos, para que se los imagine quien no haya salido de Europa, y las altas maizas que se movian, sacudiendo la flotante cabellera de sus mazorcas, daban á los campos el aspeto de bosques enanos ó de florestas nacientes. La primavera habia sido lluviosa, y el verano que la habia seguido extraordinariamente caloroso : el otoño se presentaba anunciado por tormentas frecuentes de una violencia aterradora, las cuales aclaraban la atmósfera, mas al mismo tiempo nos asustaban hasta hacernos perder el tino. Un dia me hallé con mi familia expuesta á todos los furores de uno de aquellos tremendos azotes; pero, aunque durante la tempestad nos hizo sufrir mucho el terror, cuando nos vimos todos en salvo y á cubierto, nos felicitamos de haber sufrido; porque asi habiamos aprovechado la oportunidad mejor que podiamos desear, para observar en toda su gloria una tormenta de las regiones transatlánticas. Fué sin embargo una grandísima imprudencia dejar nuestra casa, y encaramarnos en la cima de un monte que estaba bastante lejos de ella, con la intencion expresa de contemplar mejor ó mas á nuestro gusto el aspecto singular de las nubes. Cuando llegamos á la altura que habiamos elejido para uuestro observatorio, la mitad del cielo

estaba cubierta de un velo densísimo, y la otra mitad se habia teñido del azul negro de la noche. La prudencia nos aconsejaba que inmediatamente nos retirasemos á nuestra casa, mas la escena era tan hermosa que nos fué imposible abandonarla. La calma que reinaba en la naturaleza infundia sentimientos sublimes, solo interrumpian su silencio los gritos de los circos que ganaban la tierra con vuelo perezoso ; el aire no se movia, las nubes se apiñaban y formaban grupos gigantescos que no rompia el mas ligero lampo, aunque detras de sus obscuras masas se veian los reflejos centelleantes de una luz incierta y vagabunda. La bonanza duró algunos minutos, y luego empezó á oirse el ruido de los truenos que por grados se fué acercando mas y mas y con mayor estruendo, hasta que las negras nubes se rasgaron y reventaron cataratas de lumbre por todas partes. Y ya no hubo intervalo ni pausa, ya no hubo relámpagos, ni truenos, sino que los cielos ardian y bramaban encima y alrededor de nosotros; mas nuestro asombro llegó á punto que, convertido el espanto en estupor, nos quedamos en un estado completo de imbecilidad. Sin embargo pronto nos volvió la resolucion, porque de repente, y como si hubiera salido de debajo de nuestros pies, se levantó un huracan que parecia que iba ya

á confundir los elementos. Los torrentes de la lluvia azotaban la tierra, subian como para recibirlos espesos remolinos, los relámpagos brillaban mas, reflejados por las aguas, mientras el huracan dominaba con sus bramidos el estrépito del trueno. Por último, despues de haber descargado su rabia furibunda ora aquí, ora allí, y de haber revuelto mundos enteros de nubes, poniéndolos en contacto hostil, quedó el viento dueño del campo y ahuyentó del ancho cielo las agitadas masas, de que apenas quedaron algunas reliquias como despojo de su victoria. Apareció entonces un arco-iris espléndido y volvió á desaparecer, dejando que la tierra alzara sus casi derribadas selvas, y que nosotros pobres pigmeos recobraramos nuestro perdido tino y nuestro aliento como pudiesemos.

Durante la violencia del huracan, nos hubiera sido imposible mantenernos en pie; asi nos agazapamos al abrigo de un monton de peñas, y segun lo que reparábamos unos en otros, teniamos los semblantes de unos muertos.

Muchos árboles fueron víctimas del temporal á nuestra vista; varios de ellos no solamente fueron arrancados de raiz sino que, á pesar de lo gigantesco de sus troncos, los levantaba el viento como aristas á algunos pies de la tierra

Si los huracanes del Oeste de América exceden el que presenciamos en Stónington, mui terribles deben ser á la verdad.

El sitio de la casa de Mistress S*** se considera como notablemente saludable, y en mi entender merece su reputacion, porque mas de una vez hemos visto llegar á personas, que padecian ó calenturas ó tercianas á la distancia de una ó dos millas de allí, y que se restablecian con solo pasar una semana ó quince dias en Stónington; las cercanías no obstante, con especialidad la parte que está sobre la orilla del Potomac, tienen fama de lo contrario, y en efecto es espantoso el número de los labradores que mueren á lo largo del canal.

En otra parte he manifestado mis dudas acerca de las mejoras que obtiene la condicion de los pobres trabajadores de nuestro pais, que emigran para buscar una suerte menos ingrata en los Estados-Unidos. Yo no conocí perfectamente cuan poco se debe envidiar la fortuna de esos desdichados, hasta que la vecindad del canal de Chisapica y Ohío me proporcionó la ocasion de comprender su verdadero estado, despues que se realiza el cambio de sus circunstancias.

La mayor parte de los trabajadores blancos del canal es de Irlandeses. Su salario va de diez á quince pesos al mes, con un albergue mise-

rable y una larga racion de huisqui. Este execrable veneno les acarrea todas sus desgracias: por medio de él los tientan á exponerse á los rayos de un sol que abrasa, y con él resisten los incautos al principio las fatigas del campo en el mas nocivo de todos los climas; y asi ha corrido hasta ahora la línea del canal junto al romanesco é insalubre Potomac. La situacion del infeliz extrangero, cuando llega á caer enfermo, lo que sucede antes ó despues, pero que no falta jamas, es la situacion mas horrible en que se puede ver un desgraciado. En todos los Estados-Unidos reina una prevencion defavorable ó mas bien una fuerte aversion á los Irlandeses; mas como trabajan al doble que los negros, los emplean con preferencia. Cuando caen malos, bien pueden y deben mirar con envidia á los esclavos, porque á lo menos un esclavo enfermo es asistido, un esclavo enfermo es cuidado y medicinado, como se cuida y medicina un caballo de precio; mas al pobre Irlandes lo echan literalmente á un lado y otro recien venido entra en su lugar. Muchas veces llegaban á nuestros oidos los pormenores de sus padecimientos, y el abandono y desamparo en que morian, pormenores demasiado tristes para detenerse en ellos. En una ocasion un hacendado que pasó por nuestra casa, dijo á la familia: que habia un infeliz junto á un ar-

royo distante un cuarto de milla, y que aparentemente estaba muriéndose. Al punto corrieron al sitio indicado varias personas de la familia, y en efecto encontraron á un pobre moribundo que ya no podia hablar; lo condujeron á casa, y aquella misma noche espiró. Por los informes que se tomaron en el canal, supimos: que era un trabajador irlandes, que habiendo caido enfermo y gastado hasta el último ciento, habia emprendido el camino de Washington, no sé con qué esperanza; pero sofocado, débil y sin aliento, se habia tirado al suelo en donde lo hallaron, sin poder efectuar su desesperada resolucion de ir á la ciudad. Su aspecto no representaba mas de veinte años, y al contemplar su rostro, en que la juventud y la palidez de la muerte se juntaban con la expresion del dolor, pensaba yo en su pobre madre, y en su casa, que tal vez habia abandonado para buscar riquezas en América. Yo lo ví enterrar bajo la sombra de un grupo de acacias, sin que los mismos que lo arrojaron en la sepultura, hubiesen oido su nombre; el séquito de toda la familia que acompañó sus restos hasta la huesa, daba á sus humildes exequias una decencia, que por raro acaso honra en aquel pais las tristes reliquias del polvo ingles; mas no lo siguió un ministro de su culto, no se oyeron las preces de los muertos, no sonó una

campana : tales ceremonias no les pasan por el pensamiento á los habitantes de aquellas regiones, y en verdad que no serian posibles sin muchísimos gastos, á una distancia tan considerable de la ciudad. Aunque el pobre jóven hubiera sido americano, lo hubieran enterrado de la misma manera. Pero, si el infeliz se hubiera encontrado en su Irlanda con la misma indigencia y en iguales circunstancias, no le habia faltado entre los suyos una manta para envolverse en los accesos del frio, ni una mano amiga que hubiese cerrado sus ojos con una lágrima.

Los pobres de Inglaterra que, acosados por la miseria ó inducidos por el espíritu de aventura, desean probar la suerte en otras tierras, deberian por muchas razones dirijirse al Canadá, donde hallarian en vez de malicia, odio y falta de toda caridad, cooperacion y simpatía.

Frecuentemente oia yo quejas vehementes y siempre las veia en los periódicos contra la costumbre, segun ellos generalmente adoptada en Inglaterra, de enviar á los Estados-Unidos cargamentos de los pobres de las parroquias. Un papel de Baltimore encabeza un artículo sobre la misma materia con las palabras :

« ¡ Infame conducta ! »

y luego contaba como habia llegado de Inglaterra un barco cargado de pobres ancianos, añadiendo : « John Bull (*) ha escurrido la naranja y ahora nos tira insolentemente la cáscara á los hocicos. » Siendo estos los sentimientos de los habitantes del pais, no es difícil comprender cuan poca conmiseracion y cuan poca humanidad espera á los desgraciados en las enfermedades ú otros padecimientos. Si es cierto lo que aseguran los papeles americanos, y las parroquias de Inglaterra creen que por causa de un aumento excesivo de poblacion deben pagar el viage de algunos de sus pobres, para que crucen el Atlántico ¿porqué no los envian al Canadá?

Verdad es que por mas que me informé para averiguar el fundamento de tales aserciones, nunca lo pude descubrir, y solo saqué en claro, que en efecto llegaban anualmente muchos pobres Ingleses é Irlandeses á los Estados-Unidos, sin otros medios de subsistencia que los que su trabajo les procurara. Esto, aunque mui diverso de los cuentos abultados que los papeles multiplican todos los dias, merece atencion y un exámen tan prolijo como importante es la materia. Parece generalmente sentado que

(*) Juan-Buei, nombre que se da á sí mismo el pueblo ingles, y de que se vanaglorian los del partido democrata.

la miseria y privaciones de las clases trabajadoras de Inglaterra provienen del exceso de la poblacion, y al mismo tiempo es imposible mirar sin dolor y sorpresa que no se haya hecho caso todavía del oportuno y grato desahogo que por su extension, fertilidad y clima delicioso, presenta una region como el Canadá, region que ademas ofrece á un Ingles la ventaja inapreciable de ser territorio británico. Seria de desear que una parte de ese noble sentimiento que en Inglaterra está siempre en actividad para socorrer al necesitado, se consagrara íntimamente á dirigir la emigracion hacia el uno y otro Canadá. Todos los años se recaudan sumas cuantiosas para obras de caridad por medio de las subscripciones semanales de un penique(*); bastaria pues que se destinase una porcion de esos fondos á tan loable objeto, para enviar anualmente centenares de familias que poblasen nuestra propia tierra. Ahí desplegaria el sentimiento religioso, que tan naturalmente se mezcla con toda accion caritativa, sus fuerzas é influencia. ¿En dónde puede encontrar un ministro del Evangelio, protestante ó católico, mision mas santa que la que lo llevará al desierto á consolar é instruir á

(*) Moneda de cobre inglesa del valor de tres cuartos y medio.

sus pobres compatriotas? ó ¿dónde lo espera recompensa mayor que donde puede gozar de la satisfaccion de ver, como van convirtiéndose bajo la mano de sus feligreses aquellas soledades en campos fértiles?

. . . .

No he visto jamas tantas flores de otoño como crecen en los bosques y praderas de Marilanda: parecia que una nueva primavera hubiese cubierto la tierra, aunque confieso con pesadumbre y rubor que apenas conocia el nombre de una sola planta, en medio de las que con tal profusion hermoseaban el desierto; creo que todos mis conocimientos se reducian al peral espinoso y la margarita otoñal, de que hai una variedad prodigiosa en forma y en color. Aconsejo á los viajeros que no visiten la América sin haber estudiado la botánica: el recreo que esta ciencia procura, como me dijo en una ocasion un amigo mio mui hábil, ayuda maravillosamente á subir y bajar los montes, y debe ser de suma importancia en América, ya por la falta inmensa de otras diversiones, ya por los infinitos medios de entretenimiento que esta ofrece: ademas aunque una persona rabie por saber el nombre de una de aquellas lindas extrangeras, puede apos-

tarse mil contra uno á que no encuentra quien se lo diga.

El eclipse de luna de septiembre de este año (1830) es el mas bello que yo haya visto jamas. Habiamos pasado unas cuantas horas contemplando el cuadro sublime de los Saltos del Potomac, y cuando nos disponiamos para retirarnos, apareció la luna llena sobre las cimas negras de los pinos, con la mitad de su disco cubierto de sombra. El efecto producido por la salida de la luna asi eclipsada era mas extraño, mas sorprendente que su obscurecimiento gradual; y al volver los ojos al caos de tinieblas que tenia á mi espalda, y ver la mortal frángula, y la vid ponzoñosa meciéndose en las rocas del contorno, me se figuró que no faltaba mas para completar la escena que una hechicera trémula, paralítica, cogiendo con su descarnada mano las ramas fatales para confeccionar algun detestable maleficio.

Yo no sé si acechaba mis pasos alguna encantadora ó maga de esa banda cruel, mas antes que hubiesen transcurrido muchas horas volví á sentir la influencia nociva de un otoño americano. La fiebre « cojida en el eclipse » me abatió completamente y pronto, y si bien no duró tanto como la del año anterior, tal era mi endeblez que llegué á persuadirme que nunca me restableceria. El tiempo frustró mi vaticinio,

pero se declaró que necesitaba mudar de aires, y determinaron (porque yo estaba incapaz de hacerlo pormí) que fuese á una poblacion mui bonita llamada Alejandría, distante unas quince millas, donde se decia que habia un médico mui hábil.

No dejó de costarnos sentimiento el separarnos de la familia de Stónington; afortunadamente el consejo tuvo un resultado eficacísimo, y á pocas semanas de vivir en Alejandría, recobré bastantes fuerzas para salir á una pequeña pradera cubierta de yerba y mui alegre, pero cerca de la poblacion, desde donde podiamos ver los barcos y movimiento que animan el Potomac entre Washington y Alejandría. Mas no obstante que por grados iba recobrando mis perdidas fuerzas, todavía estaba mui lejos de poderme dar de alta; asi todos nuestros planes para pasar un invierno divertido fueron abandonados, y hallándonos perfectamente bien donde estabamos, nos decidimos á pasar allí la estacion del frio. El invierno fué severo: el Potomac se heló de tal manera, que una parte considerable del tráfico se hacia en carros, cruzando el rio sobre el hielo desde la orilla de Marilanda. Eso no habia ocurrido en treinta años. La distancia es de una milla y cuarto, y nosotras tambien nos atrevimos á atravesar por cima de aquel brillante y resba-

ladizo espejo, con la intencion de visitar la orilla opuesta. No fué ligero triunfo ni obtenido sin fatiga el mantenernos en pie, con todo dimos por bien empleado nuestro cansancio, por vernos en medio del mas soberbio cuadro de invierno que se puede contemplar en aquella region.

Cuando al cabo se deshizo el hielo, la nieve derretida produjo tan violentas avenidas que arrebataron el puente largo de Washington: grandes pedazos de él, fragmentos con su baranda entera, bajaban flotando en medio de altas rocas de hielo, durante muchos dias consecutivos, y era curioso ver la intrepidez con que los marineros jóvenes de Alejandría exdas por cojer la madera.

El eclipse solar del 12 de febrero de 1831 se acercó mas á latotalidad que ninguno de los que yo habia visto ni espero ver. En Alejandría fué completamente anular, y la brillante diadema que rodeaba la sombra de la luna, aunque solo de 81° de ancho, daba luz suficiente para leer la letra de imprenta mas pequeña. La obscuridad se disminuia considerablemente á causa de la nieve, que, como el cielo estaba enteramente libre de nubes, reflejaba espléndidamente toda la luz que nos quedaba.

No obstante el frio estremado que se sentia,

pasamos todo el tiempo al raso en una eminencia inmediata al rio, desde donde se percibian muchos y mui bellos efectos de perspectiva : la rapidez del paso y cambio de las sombras; la tinta sombría del ancho Potomac, que parecia que absorviese la débil luz, que las orillas cubiertas de nieve volvian al aire; el progreso de matices graduales con que se coloraban todos los objetos desde el brillante reflejo del sol, hasta un viso triste y universal de púrpura desmayada; los ecos melancólicos del ganado, y la corta pero notable suspension de todo trabajo, daban á la escena un aspecto misterioso que no es posible olvidar.

En los meses siguientes me ocupé parte en revisar mis notas y trazar estas páginas, y parte en estudiar la literatura del pais, cuanto me fué posible.

Mientras iba repasando y transcribiendo mis notas, me sometí yo misma al mas rigoroso exámen. Revisé cuanto habia visto, cuanto habia sentido, pesando con el mayor escrúpulo toda expresion de que me habia servido para reprobar : resultó pues de ahí que deseché en la transcripcion mucho de lo que habia apuntado, por contener pormenores innecesarios de cosas que me habian chocado y merecido mi disgusto; pero aun al tiempo de obrar con toda esa severidad, me convencí plenamente

de que no habia pintado con exageracion. Sin embargo semejantes pormenores, aunque sean ciertos, podian mirarse como de mala intencion, y no conservé sino los que eran indispensables para dar idea de las impresiones generales que habia experimentado. Tambien descubrí en aquella revision de mis notas, que muchos de los puntos que todos los viageros tocan, y cuyas explicaciones ó comentarios espera el público curioso, habian sido omitidos; pero unas pocas páginas de observaciones *misceláneas* suplirán, en mi sentir, todo lo que se puede aguardar de una pluma tan perezosa como la mia.



CAPITULO XXVIII.

Cocina americana.—Tertulias.—Vestido.—Trineos.— Hábitos interesados.—Aviso de un colector de contribuciones. —Anécdota del duque de Sajonia-Weimar.



No debo ciertamente olvidar en la relacion que escribo de cuanto sé de la América del Norte, una parte tan esencial como la cocina. Muchas anomalías hai en la manera de servir hasta las mesas de primer órden; pero como tales variedades son puntos de costumbre ó gusto, no se infiere de ellas que los Americanos miren un artículo tan importante con indiferencia ó abandono: y que pongan los castores en la mesa ó en la alacena, ó que la sopa, el pescado, las pastas y la ensalada se coman ó no segun la disciplina ortodoxa, poco importa. Yo temo no ser bastante capaz de hacer una crítica erudita sobre este punto, y por lo tanto me contentaré con las observaciones generales. Allí se vive ordinariamente con abundancia, pero sin ese gusto exquisito, esa disposicion esmerada que en Europa llamamos delicadeza y regalo. Los Americanos consu-

men una cantidad extraordinaria de tocino. El jamon y lonjas de vaca salen á la mesa por la mañana, á mediodia, y á la noche. Sus mezcolanzas son las mas estrambóticas que se pueden imaginar: yo he visto comer huevos y ostras todo junto, el sempiterno jamon con la compota de manzana, solomo de vaca con albérchigos en conserva, y pescado en salmuera con cebollas. El pan es excelente en todas partes, mas apenas lo prueban, porque se atracan por la mañana y por la tarde de unos malditos bollos calientes que estan á medio cocer. La manteca es pasadera, pero rara vez tienen la deliciosa nata que se encuentra en Inglaterra hasta en las mas pequeñas lecherías, porque en realidad sus vacas estan menos bien cuidadas que las nuestras. Las legumbres comunes son abundantes y mui buenas; no ví coliflores, y sea por falta de riego á causa de la escasez de lluvias en el verano, sea por falta de cuidado, las hortalizas se acaban mucho antes en América que en Europa. El maiz hace un papel principal en la mesa de los Americanos del Norte, que lo comen de diferentes maneras: unas veces lo guisan verde y lo sirven del mismo modo que los pésoles, otras lo quebrantan, cuando está seco, lo hierven y lo sacan á la mesa como el arroz, y á ese plato dan el nombre de *homini*. De la harina del maiz ha-

cen á lo menos una docena de especies distintas de pastas, todas en mi sentir á cual peor, y tambien mezclando una tercera parte de esta harina con la de buen trigo amasan el mejor pan que yo he comido.

Nunca ví rodaballo, salmon ni merluza fresca; pero los roques y el sábalo son excelentes. En la composicion de las salsas se nota gran falta de habilidad, y no solamente en la composicion de las que confeccionan para el pescado sino de todas las demas. Se sirven mui pocos platos aderezados, y de todos los que ví ni uno siquiera hubiese merecido la aprobacion de nuestros inteligentes. Tienen un pato silvestre regaladísimo que llaman *Canvass Back*, y seria superior al pavo, si lo aliñaran mas delicadamente; mas la caza es mui inferior á la de Europa, y ni hai liebres ni yo ví nunca un faisan. A pesar de sus agudas tentaciones de comer dos veces, rara vez saborean un segundo servicio; mas casi todas las mesas tienen sus postres (palabra que los Americanos pronuncian á su manera), los cuales cubren la mesa aun antes de que quiten los manteles, y consisten en pastelería, frutas en dulce, y cremas. Los Americanos son « extravagantemente apasionados, » segun su misma expresion, de *budines* ó pudingos, tartas y toda clase de dulce, con especialidad las damas; pero

de ninguna manera se pueden comparar con los gastrónomos de Europa en el conocimiento de sopas y guisados. Los mas de ellos no beben en la mesa sino agua, y por una contradiccion extraña el pueblo mas bebedor de la tierra es el que menos vino bebe comiendo; las señoras nunca pasan de un vasito, y la mayor parte de ellas no toman ni aun esa ligera porcion. En efecto la pasion de la bebida, que todo el mundo reconoce en aquellos habitantes, no la satisfacen en banquetes alegres, sino, hablando llanamente, en el rincon de la alcoba, cuando no vuelven repletos de la taverna. El café no se sirve inmediatamente despues de la comida, porque es parte de la grave ceremonia del té, que sale algunas horas despues. Las comidas de señoras y caballeros, propuestas como partidas de diversion, son rarísimas, y á no ser que se hallen reunidos varios extrangeros, poca es la conversacion que sazona los momentos de la mesa. Yo creo ademas que ciertamente no aumenta el buen órden de una comida el sentar á un lado las mugeres y á otro los hombres; sin embargo apenas se ve otra colocacion en sus convites.

Sus reuniones nocturnas ó tertulias son mas que soberanamente tristes: los hombres suelen jugar á las cartas ellos con ellos, y cuando juega una dama, es menester que no se juegue

por interes; no se conoce el *écarté* ó descarte, no se ve una pieza de agedrez; la música es escasísima, y la escasísima deplorablemente mala. Entre los negros oí cantar á varios que tenian hermosa voz y seguian con gusto y exactitud sus canciones, pero poquísimas veces oí á un Americano blanco hombre ó muger, que no se desentonara antes de llegar á la mitad, debiendo asegurar que no me apercibí, por lo que oí cantar en sociedad, de que tuvieran una leve tintura de los principios de la música. Comer desaforadamente pasteles, tortas y bizcochos, beber helado, devorar ostras en escabeche, y hacer alarde de la mitad de su caudal gastada en sargas y rasos, tales parecen las intenciones y objeto principal que se proponen en sus tertulias.

Muchos jóvenes me aseguraron que las reuniones mas animadas, y por consiguiente menos fastidiosas, eran las en que no se admitian las mugeres casadas, asercion de cuya verdad no me queda la mas ligera duda. Esas reuniones exclusivas son frecuentes y duran hasta mui tarde; creo que en estos casos generalmente pasan el tiempo bailando. En los bailes regulares se admiten señoras casadas, que no obstante su admision suelen tomar mui escasa parte en la diversion, y á menudo ninguna. Los refrescos son siempre abundantísimos y

costosos, pero la manera de tomarlos es lo mas desagradable y melancólico. Yo estuve en muchos bailes particulares, en donde no se habia perdonado diligencia ni gastos, y allí se sentaban á cenar los hombres en un cuarto separado, y las mugeres tomaban su colacion en pie en otra pieza.

Las giras de campo son mui raras, y cuando las emprenden, no todas salen bien. Los dos sexos estan separados la mayor parte del dia y no llegan á juntarse sin grandes restricciones y fastidio, porque esto se opone abiertamente á sus costumbres generales. Los hombres no pueden, sin faltar al decoro, abandonarse á su recreo de predileccion de fumar cigarros y beber licores fuertes, y en cuanto á renunciar á esos placeres, no hai tal dósis de complacencia en el carácter americano.

Las damas se sirven de métodos extraños para realzar la importancia de sus gracias : ya se pintan sin medida ni disimulo cara, cuello y brazos con almidon pulverizado, afeite que produce un resultado sobre manera desagradable de dia, y no mui ventajoso de noche; ya se cuelgan una peluquería entera en la cabeza, porque desgraciadamente por llevar mucho pelo, teniéndolo ellas en general mui hermoso de la naturaleza, se cargan de rizos falsos con

el exceso mas chocante (*). Me parece que esta moda proviene de la indolencia con que se ocupan de su tocador, y de la falta de camareras hábiles que sepan peinar con gusto; pues es menos incómodo pegar aquí un racimo de bucles postizos, allí otro, acá y acullá y en todas partes, que conservar el cabello natural en trenzas ó bandas bien aderezadas.

Aunque los gastos de vestir entre las damas exceden mucho en proporcion de su modo general de vivir á los de las señoras de Europa, el gusto, si se exceptua Filadelfia, está mui atras en los Estados-Unidos. Allí no se consultan las estaciones para los colores de los vestidos, sombreros y demas artículos del trage: yo he tiritado muchas veces, viendo á una jóven elegante atravesar la nieve con un sombrero de color de rosa bajo, puesto como un castillo roquero en la misma coronilla; y conocí tambien á una señorita cuyo lindo cabello se le quedó enteramente helado, por llevarlo de ese modo. Nunca usan manguitos ni botas, y les

(*) Mistress Trollope nota en las Americanas del Norte un defecto, moda ó como quiera llamársele, que en Inglaterra es, por lo menos, tan general como nuestra viajera lo supone en los Estados-Unidos. La única diferencia que se advierte entre las Inglesas y las Americanas es que las primeras no son tan ricas de hermosas cabelleras como las segundas.

choca infinito el ver un buen par de zapatos fuertes y medias de algodon, aunque sea sobre el hielo y entre nieve. Ellas van en medio del invierno con sus pobres dedos metidos en prensa en sus escarpines de miniatura, que no les quitan mas humedad que la que recojeria el cáliz de una primavera; sin embargo debo añadir para excusarlas que esa coquetería parece menos extraña cuando se les mira los pies que casi todas tienen preciosos. Su marcha no es graciosa, y en general puede decirse que ninguno de sus movimientos lo es, pareciendo por lo comun mucho mejores cuando estan quietas que cuando se mueven; ni yo sé la causa de un defecto semejante, porque á la verdad tienen en abundancia los maestros de baile franceses. A mí se me antojaba que muchas veces solia descubrir cierta mezcla de afectacion y melindre en su paso corto y ligero, verdadero movimiento de menudeo, y en su eterno menear de manos. No bailan bien, ó mejor diria, no parecen bien bailando : toda la hermosura de sus rostros no puede suplir la falta absoluta de garbo y gentileza en una posicion, en que se presenta toda la persona, ni cubrir el defecto universal del busto, que rara vez es completo ó está formado con gracia.

Yo no he visto todavía á un Americano andar ó pararse bien; á pesar de todos sus eger-

cicios y revistas militares, casi todos son hundidos de pecho y cargados de espaldas : tal vez nacen estos defectos de no atreverse oficial alguno á decirle á un hermano libre « levantad la cabeza; » pero sea la causa la que quiera, el resultado á los ojos de un extrangero es mui notable. La estatura y fisonomía de la mayor parte de la poblacion son extremadamente hermosas en hombres y mugeres, pero no saben sacar partido de tan agradables ventajas, diez veces mas hermosos parecerian los habitantes de cualquiera otro pais con la mitad de la belleza de los Americanos del Norte.

En actividad y perseverancia para toda clase de especulacion, tráfico y empresa, que prometa algun provecho pecuniario, nadie les excede. Yo he oido decir á un Ingles que residia muchos años en América que siguiéndolos, alcanzándolos, encontrándolos, en la calle, en el camino, en el campo, en el teatro, en el café, ó en su casa, nunca habia escuchado una conversacion entre ellos, sin que la palabra *dolar* dejara de resonar á cada instante en el diálogo. Esa unanimidad y simpatía no se pueden encontrar con tal grado de perfeccion sino acaso en un hormiguero. El resultado es exactámente el que cualquiera preveria. Teniendo delante de los ojos eternamente por objeto único el bajo interes, se acostumbran inevitablemente á

pensar de una manera bajamente interesada, y, lo que es peor, ese apego sórdido al dinero acaba por último embotando la conciencia y apagando hasta la mas ligera chispa de probidad. Yo no conozco prueba de una evidencia mas palpable que la que del tono de sórdida moral, producido por esa pasion tan exclusiva como universal del dinero, da la descripcion que hacen los mismos Americanos de los habitantes de la Nueva-Inglaterra. Todos convienen en que ofrecen un espectáculo delicioso de industria y prosperidad, y citan aquel distrito y su poblacion constantemente como la muestra mejor de su admirable pais; sin embargo no he encontrado un solo individuo de ningun estado de la Union, que no pinte á los habitantes de la Nueva Inglaterra como dobles, tacaños, egoistas y tramposos. Los Yanquíes (como llaman á los Inglaterros ó Nuevos Ingleses) confiesan esas cualidades con una sonrisa de satisfaccion, y se jactan de que no hai hombre en el mundo que pueda ponerse con ellos á sacar raja de un contrato. Les he oido referir á ellos mismos, y sin avergonzarse, anécdotas de sus compañeros y amigos que, si se creyeran entre nosotros, desterrarian á sus héroes para siempre de la sociedad y compañía de la gente honrada, y todo eso lo contaban con un aire de sencillez y buena fé que me solia hacer dudar

si los que hablaban sabrian lo que quiere decirse con honradez y probidad. Sin embargo los Americanos declaran que « ellos son los hombres mas morales de la tierra, » y lo he oido decir muchas veces no solo en la conversacion y en los papeles públicos sino en el púlpito. Tal jactancia de superioridad en virtud y costumbres provoca un exámen rigoroso, y en cuanto á los resultados del que hice por mi parte, durante una residencia de cuatro años, observando con una atencion infatigable é informándome con el mas vivo interes, aseguro con toda la sinceridad y honradez de un convencimiento imparcial, que juzgo el carácter general de los Americanos del Norte mui inferior en virtud y costumbres al carácter general de los Europeos. De su religion, tal cual aparece en lo exterior, ya he tenido ocasion de hablar con frecuencia; no es mi ánimo el juzgar su corazon, aunque sin la menor presuncion ó falta de caridad, debo tomarme licencia para decir que la protestante Inglaterra y la católica Francia tienen á los ojos de un simple mortal semblantes mas religiosos y morales, tanto por la decencia venerable del culto externo, como por el fruto interior de probidad y buena fé que se advierte en el comercio de la vida y en todas las relaciones de hombre á hombre.

Bajo otro punto de vista, el que visite aquellas regiones, sin buscar mas que lo que el buen sentido puede hacerle buscar, á saber : un vasto continente, del cual está la mayor parte como salió de las manos de la naturaleza, y una poblacion ocupada, bulliciosa y trabajadora cortando y rompiendo para abrirse camino por él, no se llevará chasco. Lo que mas acrece el interes de aquel espectáculo, es la prodigiosa facilidad que ofrece el pais para el comercio interior, á causa de los rios, lagos y canales que cruzan el territorio en todas direcciones, y procuran á los ramos de tráfico pertenecientes á la agricultura y al comercio un movimiento tan rápido que en ninguna otra parte tiene egemplo. Este movimiento tan notable se advierte en todos los distritos de la federacion, por donde se ha derramado hasta ahora la poblacion creciente del pais, y forma en mi entender la particularidad mas digna de atencion y mas importante de aquella nueva sociedad. Apenas me acuerdo de haber visto una sola ciudad donde no hubiese buques ó barcos de esta ó la otra forma en perpetua y plena actividad.

Los carruages de toda especie no se parecen á los nuestros : los de los particulares, calculando por las apariencias, solo estan construidos para servir en el verano, pues son mui

cómodos para la estacion del calor, pero de ningun modo agradables en el invierno. Las carretas y carros son mui fuertes, cualidad esencial para los caminos que tienen que atravesar. Las diligencias son mas pesadas y menos cómodas que las de Francia (*), que con las de Inglaterra no pueden compararse en cosa alguna (**). No ví un arnés que debiera llamarse hermoso, ni creo que se encuentre en toda la federacion un tren completo con los caballos, el carruage, los arreos y los criados en harmonía. Los trineos son deliciosos, y se fabrican á tan poca costa, que es extraño que no tengamos todos en Inglaterra nuestro trineo para la estacion del hielo, que suele durar bastante en nuestro pais, y á veces nos permitiria emplearlo una buena temporada. En los Estados-Unidos se sirven de ellos con mas frecuencia de noche que de dia, costumbre cuya razon nunca pude saber, como no sea porque á nadie se ve desocupado por la mañana : y ciertamente no hai diversion mas agradable que la de correr, el cuerpo bien cubierto de pieles

(*) Y por consiguiente mucho mas que las de España, donde las pocas que hai son buenas y estan bien servidas.

(**) En efecto seria difícil comparar con exactitud los caminos y diligencias de cualquiera otro pais con los caminos iligencias de Inglaterra, que son lo mejor que se conoce en uno y otro ramo.

suaves, en un trineo que se desliza con la rapidez de una flecha, con una luna que brilla casi como el sol de mediodia, cortando un aire transparente y puro, y haciendo centellear la nieve como si estuviera sembrada de diamantes. Y luego el movimiento silencioso de los caballos tan mágico y extraño, y el sonido dulce de las campanillas que se encuentran y llevan, todo contribuye á calmar el corazon y excitar el ánimo : en una palabra, yo no desaprobaba el correr por la noche, solamente que hubiera querido correr de dia tambien.

Casi todos los habitantes del campo tienen un carruage que llaman « carryall, » es decir : *llévalo-todo,* nombre segun sospecho tomado de la cariola ó carriola (*) que tantas veces se menciona en el lindo romance canadense de Emilia Montagu. Su construccion es bastante tosca, pero está perfectamente dispuesto con su cielo macizo y sus cortinas de quita-y-pon para cualquiera especie de excursion de verano.

Los vapores del Norte de América serian deliciosos para viajar, si se introdujeran algunas mejoras en las disposiciones sociales, pero

(*) En nuestra lengua se designa con el nombre de carriola un carruage abierto de tres ruedas en que la familia real solia presentarse en público. En los Estados-Unidos se llama asi una especie de calesin ó silla volante.

rara vez se emplean para excursiones de mera diversion. Tampoco me acuerdo de haber visto botes ni barcos de recreo, que en realidad lo fueran, en ninguno de los muchos parages en que podrian usarse con tanta seguridad como placer.

¡Cuántas veces me se ocurria nuestro adagio familiar — « Siempre trabajar y nunca jugar volverán tonto á Jacobillo! » Jonatan no es tonto, pero es mui insípido y triste. Los Ingleses no son ni con mucho tan joviales como sus alegres vecinos del otro lado del canal de la Mancha, mas si se comparan con los Americanos son unas sonajas, y todos los dias entre ellos son dias de fiesta, y las noches carnaval.

Tal vez se aflojaria un poco la cuerda, si las damas pudieran obrar por sí con independencia; pero es de notarse como una particularidad de sus costumbres que excluye la posibilidad de cualquiera peligrosa infraccion de semejante especie, el que pocas señoras disponen del dinero porque, no se lo confian. Yo he presenciado cien veces, estando en compañía de señoras mui acomodadas y que vivian con el mayor desahogo, que habiéndoles llevado cuentas hasta de un solo peso, no las podian satisfacer por no tener dinero, y enviaban al acreedor á sus maridos para que reclamase el pago. Lo mismo sucede siempre que se trata

de desembolsar inmediatamente cualquiera cantidad, y aun en las compras al contado dicen: — « Mandad la cuenta con las cosas, y mi marido os dará un vale. »

Me parece que fué durante mi residencia en Washington, cuando me informaron de una disposicion gubernamental que es en mi opinion sumamente curiosa, y por lo tanto creo deberla mencionar aquí.

Todo administrador de correos ó « diputado maestro de postas, » como dicen ellos, tiene obligacion de remitir en su parte una lista de los títulos de todos los diarios que recibe en su oficina para la distribucion. Esta lista se presenta al secretario de estado, el cual, conociendo perfectamente el carácter político de cada diario, puede calcular por ella el movimiento de todos los miembros de la turba magna. Semejante medida es una invencion mañosa para tener la clave de las opiniones en la mano en un pais, donde la lectura de los periódicos es una parte del pan nuestro de cada dia, pero ¿conviene enteramente con su absoluta libertad? Yo no creo que en Inglaterra tengamos esas trampas, para arreglar la distribucion de empleos y de sueldos.

Si mal no me acuerdo, fué en la Indiana donde Mr. Trollope vió una noticia ó aviso concerniente al pago de contribuciones, la

cual conservo como un dechado curioso de la manera que tienen los empleados públicos de atraer y convencer á los ciudadanos libres, para que cumplan con las leyes.

« ATENCION DELINCUENTES.

» Los que me son deudores de contribuciones, derechos, notas, gabelas y adelantos son especialmente requeridos á venir y pagar el dia primero, ó antes del dia primero de diciembre de 1828, pues no se tendrá mas indulgencia. Yo he llamado á pagar una y muchas veces, por avisos y de otro modo, con mui poco resultado; pero ahora ha llegado el tiempo en que mi situacion requiere que inmediatamente me paguen los que me deben. Yo no puedo pagar la suma total del duplicado de las contribuciones y mis otras deudas sin cobrarla de los que me la deben. Ni puedo atinar porque no pagan sus contribuciones los que las deben: parece segun la negligencia de muchos que ese dinero se les antoje que es mio, ó que yo tengo lo bastante para sufragar las atenciones del estado, y que puedo esperarlos hasta que les sea conveniente el pagar. Ese dinero no es mio, ni tengo bastante para satisfacer la suma de las contribuciones debidas. Mi único arbitrio es *colectar*; al ponerlo

en planta sentiria mucho tener que valerme de la autoridad que la lei me confiere para hacer efectivo el pago. Debia ser la primera atencion de todo buen ciudadano pagar sus contribuciones, porque asi se sostiene el gobierno. ¿De qué sirve el votar impuestos si no se han de cobrar? Tened por seguro que procederé á recaudar conforme á la lei; asi ya sabeis que obrais avisados.

« JUAN SPENCER,

» *Gerife y colector, D. C.*

» Noviembre 20, 1828.

» *Nota*. El jueves 27 del corriente, A. Saint-Clair y Jorg-H-Dunn, *escuderos* (*), salen para Indianopolis: yo deseo que los que puedan pagarme, lo hagan, á fin de remitir todo el dinero que me sea posible juntar, para ahorrarme el 21 por ciento que caerá sobre mí el 8 de diciembre próximo.

» J. S. »

El primer otoño que pasé en América, me sorprendió el sentir la vuelta de un calor fuerte y pesadísimo, acompañado de una niebla es-

(*) Me parece extraño que los republicanos de los Estados-Unidos conserven esa calificacion aristocrática: esquire en Inglaterra es el individuo de la clase que corresponde á la de nuestros hidalgos.

pesa, cuando ya el calor de verano debia darse por enteramente acabado. A ese estado de la atmósfera dan el nombre los habitantes del pais de verano indio, y al comenzar á sentirse dicen: — « Ya vamos á tener encima el verano indio. » Pregunté lo que esa expresion significaba, y me respondieron que el fenómeno llamado *verano indio* es efecto del fuego que los salvajes ponen á los bosques, el cual se propaga, y despide hasta una distancia considerable el calor y el humo que se advierten en el aire. Despues he leido la explicacion siguiente que me parece mucho mas racional. « El verano indio se llama asi, porque en el período particular del año en que se verifica, los Indios se dispersan y rompen sus comunidades de aldeas y rancherías, internándose en el pais, á fin de prepararse para la caza. Esa estacion traza una línea divisoria entre el calor del estío y los hielos del invierno, y por su temple suave es la mas favorable para sus emigraciones. La causa de este calor es la combustion lenta de las hojas y demas materia vegetal de los interminables é ilimitados bosques. Los que han penetrado en lo interior de las selvas en esa temporada, conocen perfectamente todas las circunstancias. El calor se siente en los pies con mucha intensidad, mientras el vapor que sube, calienta todo lo que envuelve, y exten-

diéndose por la ancha atmósfera, llena el ámbito de los cielos de su calor y humo particulares.»

Un calor tan poco natural no podia dejar de producir las enfermedades con que azota á la humanidad el otoño en aquellas regiones. Su efecto, aun en las personas cuya salud general no sufre alteracion alguna, es terrible para los nervios. Yo por mi parte me hallaba mucho peor que con el fuego abrasador de la canícula.

Poco antes de nuestra llegada á América, el duque de Sajonia-Weimar habia hecho un viaje por los Estados-Unidos. Yo he oido hablar á muchas personas de sus modales llanos y afabilidad natural, sin embargo no pudo escaparse del desagrado que cualquiera vestigio de sentimientos nobles y maneras delicadas produce infaliblemente entre las clases ordinarias de los Americanos del Norte. Para egemplo divertido de esa antipatía, hice el extracto siguiente de un periódico del pais:

« Un corresponsal de la Gaceta de Villa-Cárlos (Charles-town) nos refiere una anécdota concerniente al viaje reciente del duque de Sajonia-Weimar por nuestro pais, que no nos acordamos de haber oido, aunque se ha contado alguna ocurrencia de igual talante con respecto al verdadero capitan Basilio Hall.

La escena pasó en el camino que va de Augusta á Miledgevila. Parece que el sagaz duque tomó tres ó cuatro asientos, ó mas en la diligencia regular, para su acómodo y el de su familia, y creyó que con eso tenia ya asegurado el monopolio del coche. No tanto como eso, sin embargo ; un pasagero se presenta y hace inscribir su nombre en el libro, asegurando su asiento con el pago de los precios ordinarios. Cuando el duque fué á entrar en el coche, se vió con la mayor sorpresa á nuestro pasagero cómodamente instalado en uno de los mejores sitios, envuelto en su *nada-temas*, y roncando como un búfalo. El duque mui irritado reclamó los miramientos, y preguntó en un ingles mui chapurrado la causa de tamaña usurpacion, insistiendo en exigir con un tono mui de príncipe, aunque no con lenguaje mui principal, que el intruso saltara del rincon en que con tanta impudencia se habia acomodado. Pero el duque tenia que aprender su primera leccion de republicanismo. El conductor acertaba á ser uno de esos *sureños* sólidos que siempre estan dispuestos á dejar caer su humanidad sobre el primer gato silvestre que les salta á los pies, y con el mismo tono de resolucion dijo al duque que aquel pasagero era tan bueno como él, sino mejor, y que no se moveria una paja, porque no era

posible la mas leve alteracion. El de Sajonia-Weimar se enfureció con esta oposicion á que tan poco estaba acostumbrado y amenazó al buen Juanelo con la aplicacion de su baston. Semejante amenaza es una de las que en el dialecto de Georgia exponen á un hombre *á remar contra corriente en rio salado* (*); asi saltó nuestro conductor de su pescante, y despojándose para el combate, se encaramó en el coche verreando como un jabalí, provocando al príncipe de algunos cinco terrones á que realizara su amenaza. Pero su alteza no quiso aceptar el medio que se le proponia, y se contentó con asegurar al enfurecido *sureño* que, en cuanto llegaran á la capital, daria parte á su excelencia el gobernador. La segunda amenaza fué tan fatal casi como la anterior : el individuo amenazado se exaltó hasta ese punto de rabia, que aunque diferente de la locura, se confunde con ella en lo violento de sus efectos, y mandando al gobernador al ......, juró que por su parte lo mismo le daria de coces al gobernador que al duque, y que no le dieran mas trabajo que pegarles el mismo voleo á duque y gobernador, que lo haria, que estaba cierto, etc., etc.; y plantándole una zarpa en la cara al atónito

(*) Darse de mogicones.

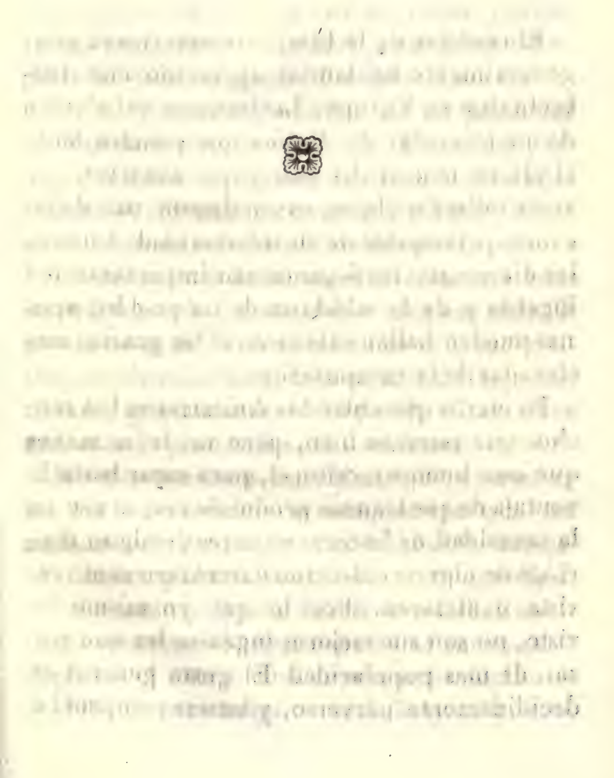
y aterrado señor, con la otra loempotró en un rincon junto al viajero, cuya presencia habia sido orígen del disgusto amargo de su excelencia, y haciendo montar con el malparado amo á los criados, volvió triunfante á su puesto, y continuó su jornada. »

Estoi íntimamente persuadida de que la tal anécdota de brutalidad no choca menos á las pocas personas cultas y bien educadas que se hallan dispersas por los Estados-Unidos, que á mí; pero si en su opinion no es la *posibilidad* de tales escenas una degradacion nacional, estamos ellas y yo mui distantes de pensar del mismo modo. Los Americanos (hablando de la gran masa) no tienen otras ideas de lo que constituye la diferencia entre ese « príncipe de un remiendo de tierra » y ellos, que las que tiene un caballo de tiro sobre la distancia que lo separa de un caballo de raza vencedor en la carrera. Si el pobre rocin hablara cuando se le quiere hacer que ceda el pesebre mejor á su gallardo rival, diria tal vez : « Un caballo es un caballo; » y ¿ es mas racional la lógica con que un Honynnhnm transatlántico desecha toda superioridad, apoyándose en que « un hombre es un hombre? »

Ese cuento justifica la respuesta de Talleyrand á Napoleon, cuando le preguntó qué pen-

saba de los Anglo-Americanos : « Sire, ce sont de fiers cochons, et des cochons fiers. » (*)

(*) Señor son unos fieros cochinos y unos cochinos fieros.



CAPITULO XXIX.

Literatura.—Extractos.—Bellas-Artes.—Educacion.



El carácter de la literatura americana está, generalmente hablando, apreciado con bastante tino en Europa. La inmensa exhalacion de ese tremedal de diarios que penetra hasta el último rincon del pais y que absorven con ansia todas las clases, es sin disputa una de las causas principales de su inferioridad. Cuando los diarios son los órganos mas importantes del ingenio y de la sabiduria de un pueblo, apenas pueden hallar cabida en él las gracias mas elevadas de la composicion.

Es cierto que entre los Americanos hai muchos que escriben bien, pero no lo es menos que esos buenos escritores, para sacar hasta la ventaja de que lean sus producciones, se ven en la necesidad de hacerse editores de algun diario, ó de alguna coleccion *miscelánea* como revista ó almacen. Por lo que yo misma he visto, no son sus mejores ingenios los que gozan de mas popularidad. El gusto general es decididamente perverso, y esto se comprueba

no solo con la enorme cantidad de lavacias que arroja la prensa diaria y semanal, sino con la hinchazon del tono que emplean para alabar á sus autores sabandijas.

A mi parecer un escritor americano debe considerar como una distincion honrosa que los papeles públicos no lo admiren, y como una fortuna escapar de sus encomios; porque yo me imagino que hai mui pocas personas de gusto á quienes pueda lisonjear un anuncio como el siguiente que copié de un periódico de Nueva-York, donde lo leí á continuacion del título de un volúmen matrimonial de poesías de Mr. Brooks y su esposa; pero de eso se componen sus anuncios literarios por lo comun.

« Los amantes de los *números* clásicos y apasionados pueden prometerse muchas delicias con la musa de Brooks, mientras el harpa *multi-corde* de su señora, la Norna del Harpa del Correo, que nadie sino ella puede tocar, tiene una cuerda para todos los corazones. »

El conocimiento ligerísimo que tienen de los buenos modelos de composicion que tan necesarios se juzgan para completar la educacion de una persona verdaderamente instruida, es otra causa palpable de inferioridad en su literatura nacional. Quizá no falta razon para deplorar el exceso de tiempo que se emplea en Inglaterra para adquirir el latin y el griego,

siendo muí dudoso si el poder escribir en esas lenguas con facilidad y correccion vale el trabajo que cuestan. Pero mientras en el mundo haya letras, no se podrán negar las ventajas que produce el conocimiento familiar y completo de los exquisitos modelos de la antigüedad, conocimiento que sin exponerme á una contradiccion puedo asegurar que posee cierto número, aunque proporcionalmente cortísimo, de personas de las clases mas altas en América. Ni se suponga que las traducciones proporcionan los mismos frutos que las obras originales: por mas nobles que sean los pensamientos que nos han legado los antiguos, su fuerza de expresion es infinitamente mas importante para los escritores modernos, como objeto de estudio, y esa fuerza de expresion no se alcanza en las traducciones. Por otra parte me parece que los Americanos del Norte no estan mucho mas adelantados en la literatura moderna, para que pueda esta suplir aquella falta y contribuir á formar su estilo. Entre las obras de literatura moderna que clasifican como tales, mui pocas cuentan mas allá de las publicaciones inglesas del dia.

Hablar de Chaucer y aun de Spencer (*) como de poetas modernos les parece inexpli-

(*) Véanse las notas del tomo primero.

cablemente ridículo; y toda la rica y variada elocuencia de Italia desde Dante hasta Monti es poco mas ó menos tan conocida entre ellos como entre nosotros las efusiones galesas de Urien y Modred (*).

Rousseau, Voltaire, Diderot y demas escritores franceses del siglo pasado eran leidos de los viejos federalistas; pero ahora mas bien se miran esos nombres como malas palabras y dicterios que como nombres grandes; y ó me engaño mucho, ó no se encuentran cien Americanos, entre los que nunca han salido de su pais, que hayan leido alguna obra de La Fontaine ó de Boileau. Con todo aun son menos los que conocen la hueste amabilísima de escritoras francesas, cuyas memorias y cartas brillan en todas sus páginas con una felicidad de estilo sin igual. La literatura española y la portuguesa no son mas conocidas; y en cuanto á los ingenios del tiempo de la reina Ana, « solo se hallan por casualidad en alguna docena y media de casas antiguas, allá en el último rincon de un estante carcomido, liados como papel viejo y cubiertos de polvo y telarañas con Sherlock y Taylor : antiguallas que no pueden ponerse en harmonía con los pro-

(*) El Homero y el Píndaro del principado de Gales en Inglaterra.

gresos inmensamente rápidos del entendimiento que señalan la superioridad de los Americanos.

Las obras que entre nosotros pasan como dechados perfectos de la literatura inglesa sea de nuestros dias sea de los tiempos anteriores, no son ciertamente producciones que se deban á la imitacion de tal ó tal estilo determinado; pero « la Reina de las Hadas » (*) quizá no existiria, si Ariosto no hubiera escrito el Orlando; ni Milton (**) habria sido tan perfecto poeta como es, si Virgilio y Taso le hubieran sido extraños : no porque deba el buen discípulo remedar frase por frase lo que ha leido, sino porque le es imposible pensar con elevacion, sentir con delicadeza, y expresarse con elegancia, si el fondo de sus ideas y de sus sentimientos, y el caudal de sus expresiones son de un órden inferior.

La lectura de novelas y romances está allí en grande auge, pero el mercado lo provee principalmente Inglaterra; aunque tienen unas

(*) Poema de Spencer.

(**) Autor célebre de varios poemas, entre los cuales descuella como un monumento europeo su *Paraiso perdido*. El señor Reinoso ha imitado este poema en su *Inocencia perdida*, arrogante vuelo, que indica á donde el señor Reinoso hubiera llegado, si hubiese continuado el rumbo del paraiso. No es ese ensayo poético la semejanza sola que tiene con el poeta ingles el escritor sevillano.

cuantas novelas mui buenas. El « Francis Berrian » de M. Flint es una produccion deleitosa : hai en el estilo de este escritor una frescura y un vigor que corresponden exactamente á lo que se busca en la literatura de un pais nuevo, y que son casualmente las prendas que se echan menos en la literatura americana. Su estilo me se antoja casi siempre hinchado y afectadísimo en sus composiciones de imaginacion. Aun cuando tratan el asunto nacional de mas importancia, es decir, los Indios, rara vez logran desempeñarlo con energía ú originalidad. En todos sus romances indios repiten, una vez y otra y mil, varios rasgos generales conocidísimos de la fisonomía física y moral del pueblo de las selvas, de modo que el lector pierde hasta los vestigios del carácter individual. « La Historia del Valle de Misisipí » escrita por Mr. Flint, es una obra de mucho interes y profunda instruccion, que con el tiempo llegará á ser bien conocida en Inglaterra, donde probablemente obtendrá todo el aprecio que merece, mucho mejor que en América.

El doctor Channing es un escritor tan conocido en Inglaterra que no necesita de mi testimonio para que se confirme su reputacion de gran talento. Como predicador con dificultad se le hallará un rival en ninguna parte. Es de

la religion de los Unitarios, á la cual pertenecen, segun me informaron varias personas que conocian perfectamente la biografía literaria del pais, casi todos los hombres distinguidos.

Mr. Pierpoint es un orador mui elocuente y un dulce poeta. Sus obras no son tan conocidas de los Ingleses como deben serlo. Mr. Everett ha escrito algunos hermosos versos, y á juzgar de sus talentos por las muestras de sus alocuciones tales cuales se leen en el volúmen intitulado «Elocuencia de los Estados-Unidos,» yo por mi parte lo colocaria mas bien entre los poetas que entre los oradores; pero la fama americana lo ha decidido de otro modo.

Mr. Flint, de la Luisiana, ha publicado un volúmen de poesías que debe naturalizarse en Inglaterra. Mr. Hallock, de Nueva-York, posee una facilidad grande para la versificacion, y está mui en moda como poeta de salon, aunque en mi opinion Mr. Hallock tiene un si es no es de demasiado respeto á su individuo y de harto poco á sus lectores.

Me parece que Mr. Bryant descuella entre todos los poetas de los Estados-Unidos,

« Como ciprés entre abatidos mimbres. »

Ese ingenio remonta su vuelo á mui alta re-

gion, y tiros como los mios no pueden llegar hasta él; ademas

« Yo soi de otra parroquia; »

y por lo mismo juez acaso incompetente.

De los muchísimos extractos de *poesías varias* que hice, no he hallado, al revisarlos para transcribirlos, uno solo cuya insercion no sirviera mas para descubrir la malicia y la tontería (¡o malcasada pareja!) que para dar pábulo á una crítica provechosa.

Confieso que no he leido ni aun uno de los cuarenta cantos de la maciza Fredoniada del doctor Emmons; pero como no he conocido á ninguno de sus compatriotas que haya hecho mas que yo, confio en que se me disculpará por la falta de arrojo poético.

Los Americanos tienen mui pocas tragedias nacionales, no pasando su número de media docena, y esas de fecha mui reciente. Seria poca generosidad insistir mucho en esta parte: la sola tentativa en una de las empresas mas arduas de la poesía es por sí misma honrosa, y el éxito ha sido por lo menos igual al que han obtenido en los demas ramos de la literatura.

Mr. Paulding es un escritor popular de novelas; últimamente se han publicado en In-

glaterra algunas de sus producciones. Miss Sedgwick es tambien mui conocida entre los Ingleses : su « Esperanza Leslie » es una novela hermosa. Mr. Washington Irving y Mr. Cooper han elegido otro campo para cojer sus laureles, y son tan conocidos que apenas es menester mencionar aquí sus nombres.

Yo por supuesto no soi capaz de formar opinion alguna acerca de sus obras científicas; pero lo que por casualidad he leido de ellos en esta materia, me se antoja escrito con grande claridad y mucha exactitud.

Parece extraordinario que un pais, donde se profesa altamente un respeto sumo á las ciencias, carezca enteramente de observatorios. Ni en sus principales escuelas, ni en sus ciudades existe cosa alguna de esa especie ; ni tampoco oí que hubiese personas de ninguna clase que se dedicaran al estudio de la astronomía.

No tuve el gusto de hacer conocimiento con Mr. Bowditch, de Boston ; pero sé que este señor goza de una reputacion mui elevada como matemático entre los sabios de Europa.

Las obras póstumas de Jefferson estaban en grande boga y corrian por todas partes, durante mi residencia en el pais. Las tales obras son una plaga fatal. Jefferson ha escrito con mas claridad de expresion que solidez de pen-

samiento, y su democracia delirante ha hecho en su patria muchos estragos. Semejantes doctrinas, á pesar de su veneno y superficialidad, halagan demasiado el amor propio de un pueblo, donde cada individuo prefiere derivar su importancia política y moral de la creencia en que está de no tener á nadie por cima, que de estar convencido de que en su posicion respectiva forma parte de una sociedad grande y noble. El sistema de Mr. Jefferson, si á realizarse llegara, haria del género humano una masa discorde y embrollada de átomos en perpetua contienda, y la máxima predilecta de *Yo soi tan bueno como tú*, no tardaria en desterrar las leyes y el Evangelio de la sociedad, quedándose en su lugar como fundamento del código de la anarquía. Como quiera que sea, sus principios, aunque no enteramente puestos en accion por fortuna, han producido ya sin embargo los resultados mas lamentables. Todas esas pretensiones de igualdad social no son mas que vagas declamaciones y embelecos desprovistos hasta de apariencia, pero bastan para dar á las costumbres de los pobres el giro de una insolencia brutal, y para sujetar al hombre independiente á la necesidad de comprar su reposo y seguridad con una mentira, pues sanciona con una baja sumision un principio, contra el cual protesta su conciencia. En efecto seria impo-

sible negar que los ilustres varones del Norte de América alcanzan el poder y la fama, pronunciando eternamente una asercion hipócrita, de cuya falsedad estan íntimamente convencidos. Los ciudadanos de los Estados-Unidos no son ni moral ni físicamente iguales. ¿Lo pensó por ventura Washington cuando su voz (felizmente para ellos) arrebató los votos de tantos millares? ¿Lo pensó Franklin, cuando pasó desde la imprenta al ministerio? A la verdad, Franklin echó una mirada riyéndose sobre los que se quedaban atras, y con el mayor agasajo, aseguró á los pobretes que todos eran iguales; pero Franklin no dijo la verdad, y estaba persuadido de que no la decia. El mismo Jefferson, el grande, el inmortal Jefferson, que, aun pasado el meridiano de la vida, imponia á las jóvenes que estaban bajo su yugo la condicion terrible de someterse á su capricho, y llegó asi á ser padre de innumerables infelices esclavos, ese hombre que repitia por mañana y tarde, como su himno y su plegaria « Todos los hombres han nacido libres y son iguales, » ¿lo creia de buena fé, ó tambien el padre de la pandilla compró la inmortalidad con un embuste?

. . . .

Tambien hice algunos extractos de los cinco

pesadísimos volúmenes de la « Elocuencia de los Estados-Unidos, » los cuales inserto aquí, mas bien á causa de su interes público que con objeto de hacer una crítica literaria de ellos.

Mr. Hancock (uno de los venerables patriarcas que firmaron el acta de independencia) se explica del modo siguiente, hablando de Inglaterra : — « Si yo poseyera el don de profecía, no me *atrevo* (excepto por mandado divino) á desarrollar las hojas en que los destinos de ese reino, un tiempo poderoso, estan escritos. » Es lástima que Mr. Hancock unza ese no me *atrevo* con el otro *poseyera*, porque quizá sin esa faltilla de gramática hubieramos sabido de antemano, por una revelacion en extremo edificante, todas las terribles cosas que iba á hacernos la república.

Sesenta años han pasado desde que pronunció las palabras citadas el profético orador; el tiempo no les ha dado mayor fuerza; pero sí ha dado mas arrojo á los hombres, porque en uno de los últimos aniversarios del 4 de julio, Mr. Rash, sin aguardar á mi parecer el mandato divino, nos regala el bello retrato que copio del carácter ingles.

« Volviendo los ojos á la Inglaterra, vemos una aspereza de carácter, considerado en general, que toda Europa percibe y reconoce; un espíritu de censura indecorosa sobre todo

lo que pertenece á costumbres é instituciones que no son conformes á las suyas; una ferocidad en varios rasgos característicos de sus hábitos nacionales, que se ingiere hasta en sus pasatiempos y diversiones—pasatiempos y diversiones que ningun otro pueblo puede soportar, no teniendo la sensibilidad tan encallada; una arrogancia que no se manifiesta en su comercio mutuo, pero á que dan suelta con los extrangeros, ya sea en su mismo pais, ya sea en el pais de los otros cuando allí residen alguna temporada; un código de leyes criminales que nada recuerdan del sentimiento generoso inspirado por la humana fragilidad, que andan á caza de la desgracia, y que han derramado mas sangre con la calma y resolucion de la severidad judicial en los dos últimos siglos, creciendo siempre sus sanguinarios estragos, que la jurisprudencia de ninguna otra nacion tan culta é ilustrada como ella durante su existencia; los azotes sin piedad en su egército, castigo particular suyo; los vicios entronizados en las clases elevadas y el descaro insolente con que hacen alarde de ellos; las distinciones onerosas prodigadas á la opulencia y el nacimiento, tan fatales á la moral sana de las naciones y destructoras con escarnio de la virtud. He ahí algunos de los rasgos que se presentan á la contemplacion del que observa á los habiantes de esa isla. »

¿En qué alambique se puede extraer de la obra del capitan Hall la milésima parte de mala voluntad que contiene ese pasage? Sin embargo toda la América del Norte ha resonado de confin á confin con los ecos de las execraciones que han excitado sus *bárbaras calumnias*.

Oigamos ahora un tono diferente. Veamos como elogian los Americanos. Mr. Everett en un reciente aniversario del 4 de julio habla de este modo :

« Estamos autorizados para asegurar que la era de nuestra independencia es la fecha del establecimiento de la única organizacion perfecta de gobierno. » En otra parte : —« Nuestro gobierno es en su teórica perfecto, y eslo tambien en su práctica. Asi hemos resuelto nosotros el gran problema que ofrecian los negocios humanos. » Y luego : — « De las regiones aéreas de Utopia descendió un dechado de perfecto gobierno, que ha encontrado su habitacion y su nombre en nuestro suelo. » (5)

Entre las cosas que leí como variedades, noté una relacion americana detallada, ó con mas verdad, oficial de la toma de Washington por las tropas inglesas en 1814. Un suceso tan antiguo y de tan poca importancia por su influencia, apenas merece que se aluda á él; pero

hai en el documento oficial pasages que me parecen mui entretenidos.

Al instante mismo que los Americanos fueron atacados por los Ingleses en las alturas de Bladens Burgo, hubo entre sus generales un curioso altercado, sobre el punto en que debian tomar posicion, y lo que debian hacer. Sabido es que los Ingleses se arrojaron sobre ellos en guerrillas. El general americano (Winden) en su relacion describe de esta manera lo que siguió.

« Nuestros escopeteros (riflemen) rompieron el fuego entonces, é hicieron hasta seis descargas, cuando observé que se retiraban corriendo á una arboleda. Allí hicieron alto, y por un momento creí que iban á volver á su posicion primitiva, mas al cabo de algunos instantes se dispersaron enteramente, retirándose sobre la izquierda de la línea de Estansburgo; con todo habiendo tomado los cohetes una direccion mas horizontal, se siguió la fuga universal del centro y de la izquierda de esta columna. El 5° regimiento y la artillería permanecieron firmes, y esperaba yo que impidiesen la aproximacion del enemigo; pero avanzando sus guerrillas, incomodaban sus fuegos considerablemente el 5°, y para ponerlo fuera de ellos, mandé que se retirara. Esta órden sin embargo

fué inmediatamente seguida de contraórden, no queriendo verificar la retirada antes que la necesidad fuera mas urgente, y esperando que saliera el enemigo en masa y pudieramos atacarlo en términos de igualdad. Pero sus fuegos molestaban cada vez mas al 5º, hiriendo á varios; y viendo pasar una gruesa columna por la parte superior del camino, y desplegar sobre su izquierda, mandé tocar retirada; pero no se retiraron, sino huyeron en un completo y absoluto desórden. »

Del regimiento de Beall da el general esta relacion suscinta : « Hizo una ó dos descargas inútiles, y huyó. »

En otra parte dice lastimosamente : -- « La caballería lo hubiera hecho todo menos cargar. »

El parte bonito y metafísico del general Armstrong se reduce, para explicar la causa de la derrota, á la frase siguiente : — « No hai duda, la causa principal de nuestro desastre se ha de buscar en el apego á la vida. »

La accion de Washington, que en sus resultados fué ciertamente provechosa á América, pues debe mirarse como la causa de que hayan construido el hermoso Capitolio que ahora ennoblece la ciudad, en lugar del antiguo que incendiaron nuestras tropas, se consideró entonces nada menos que como una calamidad

nacional. En un volúmen de poesías diversas, leí una composicion escrita con la intencion patriótica de reanimar el espíritu público abatido con aquel descalabro : uno de los tercetos me asustó, porque á la verdad, por mas consolador que fuera para los Americanos en aquella época, no deja de anunciarnos el peligro que siempre nos amaga, á nosotros pobres habitantes de una isla de belen.

« Si á Jorge le quemamos por su guerra
Su casilla de Kew, como lo haremos,
¿ No será eso quemar toda Inglaterra ? »

Si mal no me acuerdo, ya he hecho mencion del éxito infeliz que hasta ahora han tenido todas sus obras jocosas : últimamente han querido tentar de nuevo el género vedado; pero todavía no puede decidirse cuál sea el resultado. Los editores son unos cómicos de la compañía de Boston, y la obra lleva por título : « Anuario Cómico Americano. » Va acompañado de grabazones por el estilo, mas no con la gracia de los de Cruikshank. Entre los chistes de este gracioso volúmen hai varios que se dirijen á ridiculizar á los Ingleses, sobre todo por su incapacidad absoluta de pronunciar el ingles. En realidad era necesario que contrataramos con algunos profesores americanos, por-

que de lo contrario vamos á perder hasta los últimos vestigios de pureza y exactitud en la pronunciacion. (*)

No obstante debo recordar que ni aquí ni en otra parte alguna, es mi ánimo confundir en la frase general « los Americanos » la porcion instruida y que ha viajado con aprovechamiento. Mis observaciones no pasan de la línea que es forzoso trazar entre estos, y la generalidad que juzga de nuestra pronunciacion y modos de decir por lo que ha oido en su pais.

Seria absurdo abultar estos pequeños volúmenes con extractos que probaran la verdad de mis aserciones, pero ya que hablamos del gusto y giro de sus obras ligeras, y tambien del tono

(*) Como muestra del estilo y asuntos del Anuario Cómico Americano extracta Mistress Trollope un retazo del diálogo de una piececilla titulada « Dichos y Hechos. » El personage en cuya boca ponen los autores el trozo copiado por Mistress Trollope, es un caballero ingles, un cierto capitan Mandaville que atormenta la pobre lengua inglesa del modo mas salvaje; pero el lector de la traduccion no podria nunca comprender por la imitacion mia la fuerza de una burla, merecida ó no, que da á cada palabra por la alteracion de una sola letra el significado mas ridículo. Aunque hubiera yo imitado el dejo de una de nuestras provincias, no habria conseguido dar la mas leve idea del chiste de ese extracto. ¡ Dios me libre de la tentacion de imitar á cierto dómine que traduciendo la Eneida con sus discípulos, les tiraba de las orejas á los pobres muchachos para explicarles el ruido del viento !

mas comun de sus modales, no me es posible dejar de transcribir un pasage de una publicacion anual americana, á saber : « El Presente (The Token), » donde se pretende bosquejar una escena de la vida elegante. Este trozo forma parte de un diálogo entre una señorita del mas « alto puesto, » y su tutor, que es ademas su amante, aunque no declarado todavía.

— « Con qué ¿no quereis decirme, dijo ella, lo que os ha sucedido y porqué teneis ese ceño que pareceis tan grave y sensible como un diccionario, cuando por el consentimiento universal, y aun por el mio, « lo alegre solo priva ? »

— ¿ Tan grave os parezco, Miss Blair?

— ¿ Tan grave os parezco, Miss Blair? Cualquiera diria que hoi no habia sabido mi leccion. ¡ Vaya señor mio ! ¿ Os ha pisado el buei negro, cuando habeis salido?

Felipe quiso hacer que se sonreia, pero en vano. Se mordia los labios y callaba.

— Yo tengo órden de entreteneros, Mr. Blondel, y si mi pobre meollo puede dar la vuelta á esta isla encantada, no dejaré de cumplir con mi deber. Voi á empezar con la *sanguijuela*. ¿ Qué os duele, señor?

— ¡ Miss Blair! dijo yendo á reconvenirla.

— ¡ Miss Blair ! Ahora ¡ qué lástima ! Soi una mala curandera : porque á la verdad que

me den con un látigo, si yo sé que Miss Blair es una terciana ó un tabardillo. ¿Cómo habeis cojido ese mal, señor?

— Realmente, Miss Blair.....

— Vaya, bien lo veo; no os gusta la medicina: pues dejémosla. Ahora voi á ser sensible. Hace un dia hermoso, Mr. Blondel.

— Hermosísimo.

— Para dar un paseo en compañía de una persona agradable.

— ¿Ha estado mucho tiempo Mr. Skefton? preguntó Felipe interrumpiéndola.

— Nadie lo sabe.

— ¡De veras! ¿Sois tan ignorante?

— Y ¿porqué vuestra sabiduría hace esa pregunta?»

En ninguna sociedad del mundo es tan clara y palpable la ventaja que resulta de viajar como en América. En los otros paises se halla cierto tono de simplicidad sin pretensiones, que sirve de mas que de compensacion por la falta de grandes conocimientos transcendentales ó de observaciones profundas; pero en América no existe semejante tono, excepto acaso solamente entre los pocos que, habiendo echado una ojeada sobre la porcion insignificante de la tierra que no está incluida en los Estados-Unidos, han aprendido á conocer, cuanto le queda que saber todavía á su poderosísimo y

sapientísimo pais. Porque los demas declaran todos á una voz, y en efecto asi lo creen, que ellos únicamente, y nadie mas que ellos entre los hijos de los hombres, poseen la ciencia y el ingenio, y que uno de sus privilegios exclusivos es el de hablar ingles *elegantemente*. Para esta última persuasion hai dos razones: la una es, que la gran mayoría de los Americanos nunca han oido otro ingles que el de ellos mismos, á no ser el que chapurrean los pobres Irlandeses de la ínfima clase; y la otra, que los que han tenido ocasion de encontrarse en sociedad con los pocos Ingleses de educacion que han visitado los Estados-Unidos, han descubierto en ellos una diferencia señalada entre sus frases y acentos, y los idiotismos y dejo de los que estaban acostumbrados á oir, por lo que como de cajon han decidido que ningun Ingles sabe ó puede hablar ingles.

Las revistas de América contienen algunos buenos artículos, escritos con solidez y claridad; pero no hai en ellos ni asomos de esa viveza jocosa, de ese espíritu agudo y penetrante de sátira que desespera al que recibe sus punzadas, pero que tan útil es para desbastar las desigualdades del mal gusto, y reducir al lodo de donde se levanta con tanta presuncion la tontería. Tampoco se descubren rastros de esa graciosa erudicion cuya familiaridad y conoci-

miento general caracterizan el estilo de las mejores revistas de Europa, é introducen al lector en una excelente sociedad. Ni los escritos ni la conversacion de los Americanos participan de los visos de ese tono, que dista tanto de la pedantería como de la ignorancia, y que no es la misma instruccion, sino el efecto de ella : tono tan insinuante, tan sutil, que lo mismo se trasluce en lossalones mas festivos y reuniones mas alegres de Europa, que en la biblioteca claustral ó en el retrete solitario del sabio, y tal vez sea la última perfeccion de la mas perfecta sociedad.

En uno de los números recientes de cierto periódico *trimestrial* americano, salió un artículo sobre la obra del doctor Von Schmidt Fiseldek, del cual hice el extracto que publico, como padron curioso de los sueños que allá se forjan en su mente con tanto deleite.

El doctor Von Fiseldek (*) que no solamente es doctor sino que á la borla junta el penacho de caballero de Dannebrog, no ha pisado en su vida el suelo americano, sin embargo el doctor caballero ha escrito una profecía, anunciando que los Eslados-Unidos han de gobernar y gobernarán el mundo entero, porque son tan

(*) Aquí hai un equívoco en el original, del mismo modo que si se dijera en nuestra lengua « el doctor Fiseldec *no Fideo-seco*. »

grandísimos y tienen tantísimo territorio inculto. Vaticina que el Norte y el Sur de América se unirán con estrecha alianza, y darán á la Europa un golpe mortal, añadiendo que el momento terrible no está lejos, aunque tiene la modestia de decir francamente que no pretende señalar á punto fijo la época en que su prediccion se cumplirá. La profecía dánica, como cualquiera se puede imaginar, encanta al articulista, que en su entusiasmo exhorta á todo el mundo á leer el libro del doctor Fiseldek, porque « no puede resultar sino mucho bien de tales meditaciones sobre lo que sucederá, y porque contiene ideas eminentemente *calculadas* para despertar las mas altas esperanzas del destino que los aguarda, y servirá para inculcar en la nacion el convencimiento de que es menester que se prepare para tan altos destinos. » En otra parte prorumpe nuestro *revistista* en la siguiente efusion : « América, jóven como es, es ya el faro, el pueblo patriarca de los pueblos que luchan en el universo; » y despues añade : « Seria apartarse del órden natural de las cosas, y de la regla ordinaria del gran plan de la Providencia, seria cerrar los oidos á la voz de los tiempos, y los ojos al inevitable enlace de las causas y los efectos, el refutar la probabilidad extrema, por no decir la *certidumbre moral* de que el

Mundo Viejo reciba el impulso del Nuevo. »
El artículo tiene veinte páginas, pero me limitaré á transcribir solamente otro pasage, que puede servir para manifestar la manera de raciocinar de los Americanos, y como se llegan á imbuir en la opinion de que la gloria de Europa es en realidad un baldon que la obscurece. « El Europeo, dice nuestro redactor, envanecido con la ilusion de su superioridad, se abandona al reposo en sus hogares, brillando con sus prestadas plumas, recojidas en todos los ángulos de la tierra y por la industria de todos sus habitantes, pues jamas lo hubieran adornado de ellas ni sus fuerzas ni su ingenio, y continua disfrutando goces que la naturaleza le ha rehusado. »

La Revista Trimestre Americana merece justamente el puesto mas elevado entre las demas producciones de la literatura periódica, y por lo tanto se puede citar mui oportunamente como la clave que da el tono al coro de la opinion pública.

. . . .

La incorreccion de la imprenta es grandísima. Sus reimpresiones convierten en parodias ridículas los libros franceses ó italianos que

reproducen. El latin no sale mejor librado, y el griego saldria peor, si no tuviera la fortuna de que no les dé la manía por reimprimirlo á menudo.

Con respecto á las Bellas Artes, sus pinturas son, en mi opinion, excelentes, ó por mejor decir, superiores á lo que esperarse debia con tan poco estímulo y menos proteccion, siendo maravilloso que haya una persona que tenga valor para dedicarse á una profesion, en que se le ofrecen tan pocas probabilidades de apoyo. El oficio de carpintero abre al que entra en él una senda infinitamente mas segura para llegar á la fortuna; y esto es tan sabido, que solamente una pasion verdadera é invencible puede alucinar á los que se consagran á las Bellas Artes. La causa de los pocos progresos que hacen los que se sienten poeidos de esa pasion, es sin duda la falta total de cuantos medios contribuyen á sostener la aplicacion, y convertir el estudio en un trabajo eficaz y provechoso. Un artista jóven, cuyas circunstancias no le permitian visitar la Europa, pero que no obstante estaba resuelto á seguir, en lo que posible le fuera, el método de estudio europeo, me dijo que iba á comenzar el dibujo natural del cuerpo humano, y que con ese fin se habia provisto de un vestido sutil de seda para vestir

á sus modelos, pues ninguna persona, de cualquiera clase ó condicion que fuese, querria someterse á servir de modelo sin cubierta.

En Alejandría fué donde ví la mejor pintura de artista americano que yo haya encontrado. El cuadro representaba á Agar é Ismael. Acababa de llegar de Roma, donde el pintor, que era un jóven llamado Chapman, habia estado estudiando tres años. Su madre me dijo que tenia veinte y dos años y una pasion decidida por el arte: si al volver á su pais obtuviera la acojida que merece su talento y mantuvieran con un noble estímulo su ardor y su trabajo, creo que aun volveria á oir hablar de él.

. . . .

Se dice mucho acerca de la difusion universal de la buena crianza en América, y no se dejan de admirar y encarecer con entusiasmo los adelantos del entendimiento en todo el territorio de los Estados-Unidos. En cuanto á los Americanos, ellos se creen, con toda la sinceridad de que es capaz el corazon de un niño, que han superado, superan, y superarán á la raza intelectual de toda la tierra. Yo bien sé que una sola palabra que indique la mas ligera incredulidad en este punto, me acarreará una excomunion de la otra parte del Atlántico, mas

seria mengua omitir una matería tan interesante. Antes de salir de Inglaterra me acuerdo que con mucha admiracion habia oido declamar á una persona elocuente, amiga mia, contra nuestro sistema de educacion pública, porque reduce las varias facultades de nuestros niños á una senda trillada, sin fijar mucho la atencion en los talentos particulares por que despuntan.

Esta censura es en extremo laudable; mas creo que es necesario dudar de la solidez de su fundamento, y esas dudas se ocurrirán á cuantos hayan observado el efecto del sistema contrario en los Estados-Unidos.

De todos los informes que pude recojer, y á la verdad procuré con todo esmero que fuesen exactos, aparece que en efecto se emprende mucho, pero realmente mui poco mas se adquiere ó nada fuera de leer, escribir y llevar los libros de cuenta y razon. Si se lee el prospecto del sistema que se sigue en nuestras escuelas públicas y el de un seminario de primera clase americano, nos chocará la diferencia que hai entre la estrechez y rutina escolástica del primero, y la variedad y objeto inmenso del segundo. Pero profundizad un poco la matería, y vereis como la vieja rutina de las escuelas inglesas ha producido glorias mas altas y talentos mas sólidos, que todo lo

que prometen los bramidos y truenos de esos índices.

No dejan tampoco los Americanos que los jóvenes estudien hasta los veinte y dos ó veinte y tres años, y para no sufragar los gastos que esa prolongacion les traeria, han declarado *ex cathedrá americaná* que no es menester. La educacion pues se acaba á los diez y seis años, y muchas veces antes, y entonces empieza el aprendizage de « juntar plata. » La idea de que se nececite mas instruccion que la que buenamente se adquiere en ese tiempo, se mira comunmente como ridícula y efecto de preocupaciones monacales, á lo cual se añade que, si en una escuela los antiguos quisieran mas tiempo de enseñanza, los modernos les negarian la sumision. Cuando el arañar la plata comienza, se acaba el ocio, y toda la instruccion que puede alcanzarse despues, se recoje al paso en las novelas, almacenes y diarios.

¿ A qué edad puede formarse el gusto ? ¿ Cómo adquirirse un estilo correcto y elegante, ni aun siquiera para hablar? ó ¿ cuándo juntarse con las riquezas naturales de la inteligencia americana los tesoros de dos mil años de pasada meditacion y progresos señalados del entendimiento humano? Esos son los instrumentos, si asi puedo explicarme, que nuestro elaborado sistema de enseñanza académica pone en manos

de nuestros estudiantes : cuando los poseen y saben manejarlos, empléenlos de la manera que se les antojare, nunca les servirán de estorbo.

No hai pueblo que parezca mas deseoso de excitar admiracion y recibir aplauso que los Americanos del Norte, sin embargo no lo hai tampoco que menos se incomode ó que haga menos sacrificios para merecer la primera y obtener el segundo. Pero por mas que se extasien y se prodiguen mutuamente cuantos elogios es capaz de inventar el orgullo nacional, no lograrán que lo restante del mundo forme coro para repetir sus alabanzas de buena fé. Todavía es menester que la América haga muchos sacrificios individuales, y que se relaje un poco su parsimonia nacional, para que pueda competir con el viejo mundo en gusto, en saber y en liberalidad.

La única vez que el orgullo nacional ha roto los diques de la economía americana, ha sido en la recepcion del general Lafayette, y eso indubitablemente se debe atribuir al sentimiento de que solamente son capaces en mi entender, es decir : al entusiasmo que les inspira el término feliz de su contienda en favor de la independencia nacional. Empero no, porque tan digno sentimiento se reconozca universalmente por una causa pura y legítima de triunfo y noble orgullo, se ha de convertir en caudal de

gloria, para que las demas naciones acepten lo que se les quiera embocar por valor efectivo. Los padres de los Americanos actuales fueron colonos, combatieron denodadamente, y se hicieron un pueblo independiente. Merecieron por sus hazañas y patriotismo la victoria que alcanzaron y la admiracion que obtuvieron en vida, hasta de los mismos de cuya soberanía se acababan de emancipar : la gloria no ha abandonado sus sepulcros remotos y sin nombre, ni su esplendor menguará jamas en las páginas de sus anales.

Sus hijos han heredado la independencia, y con ella el honor de tener por padres á aquellos valientes; mas no basta ni lo uno ni lo otro para darles la reputacion de instruidos y caballeros que pretenden, ni tampoco los autoriza á que hablen eternamente de *su gloria* cuando no hacen mas que beber julepe de menta y mascar tabaco, jurando por las barbas de Júpiter tonante (ó cualquiera otro juramento) que son mui graciosos y mui amables y de una gratísima sociedad, y completando su panegírico con los ultrages que prodigan á quien no responde en alta voz : ¡ Amen!

No se entienda que yo dudo de la existencia de muchos Americanos distinguidos : dudar que en América se encuentren talentos y facultades intelectuales de toda especie seria absurdo.

¿Porqué no se han de encontrar? Lo que yo sostengo es: que en punto de gusto y de instruccion estan terriblemente alcanzados, y eso los hace incapaces de graduar una escala de proporcion con que medirse á sí mismos. De aquí resulta que tan pagados esten de su mérito, y que muestren esa confianza altiva, esa vanidad despreciadora, cualidades que pertenecen tanto al carácter nacional como al de los individuos, y que los exponen á la burla de los demas, al mismo tiempo que les impiden reformarse.

Si se desdeñan de seguir la senda que las otras naciones han seguido, para llegar á ser lo que decididamente quieren ser, tendrán que contentarse con los encomios y admiracion que ellos mismos se partan entre sí, y cerrando los oidos á la crítica del Mundo Viejo, resignarse á ser « su propio, grande y prodigioso galardon. »

. . . .

Alejandría tiene tantas iglesias, capillas y conventículos, proporcionalmente hablando, como cualquiera de las demas ciudades de la Union. Yo visité las mas de ellas, y en la católica y la episcopal asistí á los oficios, que fueron celebrados con grande compostura y reverencia.

Pero no oí sermon mejor que el que predicó en una iglesia metodista un Indio-Paicua. Hubiera sido imposible resistir á la emocion profunda que inspiraba la sencillez candorosa de aquel infeliz. Trazó con terrible elocuencia el cuadro fiel de la decadencia de su nacion bajo la influencia unida de la avaricia y la destemplanza de los hombres blancos. Describió los efectos de la religion que habian abrazado, y los sentimientos que ella inspira, como mui saludables. La pureza de su moral y la sinceridad de la simpatía que despertaba en su alma la condicion de sus hermanos salvages, demostraban que era el ministro mejor y que con mas provecho podia servir el templo de los bosques. Su ingles era correcto, y su pronunciacion participaba mui poco del dejo natural del pais.

. . . .

Estando todavía nosotros en las cercanías de Washington, estalló un cisma violento y sin egemplo en el gabinete. Los cuatro secretarios del despacho hicieron dimision de sus ministerios, dejando solo al general Jáckson para manejar la inquieta navecilla del estado.

Los diarios publicaron con este motivo un sin número de aserciones contradictorias, de-

jando los políticos su cigarro á medio fumar, por no distraerse en sus meditaciones profundas sobre acontecimiento tan extraño; pero ni toda la elocuencia de los fumadores, ni aun los manifiestos *ultra-diplomáticos* que dieron al público los ministros *dimisionarios*, explicaron el misterio. Aquella ocurrencia produjo la caricatura única pasadera que yo haya visto en el pais. El presidente está representado en ella solo en su poltrona, con un ceño que manifiesta su mal humor, y haciendo los mayores esfuerzos para detener una de las cuatro ratas que corren al rededor, á la cual le tiene cojido el rabo con el pie. Las cabezas de los animalejos son bastante parecidas á las de los cuatro ex-ministros. El general Jáckson parece en efecto que rogó á Mr. Van Buren, secretario de estado, que permaneciera en el gabinete hasta que se le nombrara sucesor, y esto dió motivo á la agudeza con que respondió su hijo, preguntándole cuándo volveria su padre á Nueva-Yorc : — « Cuando el presidente le quite el pie. »

CAPITULO XXX.

Viage á Nueva-Yorc.—Rio Delavara.—Diligencia.—Ciudad de Nueva-Yorc.—Colegiata instituida para señoritas. — Teatros.—Jardin público.—Iglesias.—Canal de Morris.— Modas. — Carruages.



A pesar de la lentitud que acompaña necesariamente las consultas y disposiciones que preceden á la navegacion, para atravesar el Atlántico, nuestro plan quedó al cabo arreglado; debiendo á la primavera ir, segun él, á Nueva-Yorc y visitar la catarata del Niágara, y á principios del verano embarcarnos para volver á nuestros hogares.

No bien llegó la carta que decidió nuestra resolucion definitiva, cuando empezamos nuestros preparativos de marcha. Hicimos nuestro último viaje por el Potomac, dimos el último adios á la Virginia, y consagramos un último dia á nuestros buenos amigos de las cercanías de Washington.

La estacion, aunque perezosa y tardía, ya

estaba entrada lo bastante para procurarnos un viaje alegre; y aunque el camino de Washington á Baltimore no ofrecia la pompa de verdura y follage que habiamos admirado al pasarlo la primera vez, sin embargo aun estaba divertido y podia llamarse hermoso. Las azaleas estaban cubiertas de flor, y los delicados y amarillos pimpollos del sasafras casi rivalizaban con su fruta en belleza.

En Baltimore nos volvimos á embarcar á bordo de un vapor colosal, y llegamos á Filadelfia sobre la media noche. Allí cambiamos de buque, y tuvimos tiempo antes de salir por la mañana, para dar la última vista á los pórticos dórico y corintio de los dos célebres templos consagrados á Mamon (*).

El rio Delavara continua su curso por cima de Filadelfia, atravesando un terreno demasiado llano para que su perspectiva sea pintoresca y graciosa; sin embargo no dejan de animarla tantas casas de campo como cubren sus orillas; porque si en la arquitectura de aquellos edificios campestres y en la disposicion de sus jardines se nota menos inteligencia y gusto que en las deliciosas quintas del Támesis, no por eso es menos agradable el recrearse con su

(*) El banco de los Estados-Unidos y el de Pensilvania. Mamon ó Mamona era la divinidad que adoraban los Siriacos como dispensadora de las riquezas.

vista, al pasar cortando rápidamente las aguas plateadas de la corriente anchurosa que riega sus llanuras. Allí se ven la riqueza y los placeres que tan en harmonía estan con la noble ciudad á que sirven de desahogo. Una de aquellas habitaciones llamó nuestra atencion, no solo por ser mayor que las otras y mas opulenta, sino porque el recinto que servia de cementerio á la familia, estaba señalado por un soberbio monumento de mármol negro y blanco, que se levantaba con majestad melancólica en frente de la puerta de entrada.

En la Virginia y Marilanda habiamos observado que casi todas las familias tienen junto á la misma habitacion en que viven su pequeño cementerio, plantado de acacias y cipreses; pero una morada tan opulenta para servir de asilo á las cenizas de los muertos parecia un adorno demasiado melancólico en la mansion de los vivos.

Desde una distancia considerable divisamos la habitacion de José Buonaparte, situada en la orilla de la Nueva-Jersei, en medio de una vasta extension de territorio de que es posesor.

Allí el *ex-monarca* ha edificado varias casas, que estan ocupadas por inquilinos franceses. El pais es mui llano; pero han construido un terraplen por los dos lados, el cual domina el rio y da vista hasta una distancia mui lejana.

En el punto en que forma el terraplen un ángulo recto, han erijido una capilla magnífica, que tiène toda la apariencia de un observatorio. Yo admiré el ingenio con que el católico príncipe ha hermanado la religion y el buen gusto. La parte superior del edificio representa por todos lados una inmensa cruz, formando el travesaño, si puede llamarse asi, la salida de un ancho balcon que da vuelta á una torre.

Un caballero cuáquero de Filadelfia exclamó, mirando atónito aquella habitacion: « ¡ Ahí vemos el monumento de una corona derribada ! ¡ cosa rara ! Los reyes destronados buscan y encuentran su mejor fortaleza en una república. »

El acento del cuáquero participaba mas del tono de la filosofía que del tono de la burla, y el aire de su rostro anunciaba la suavidad y la benevolencia ; pero yo escuché á otros que apuraban su ingenio y chiste para lanzar epigramas poco cuáqueros sobre la satisfaccion agradable que debia inspirar á un pretendido rei la seguridad de una alianza fiel entre su cabeza y sus hombros.

En Trenton, capital de la Nueva-Jersei, dejamos nuestro buque tan cómodo y cuyo movimiento era tan suave y casi imperceptible, para enjaularnos en el coche mas detestable que jamas construyera cristiano con el fin

de dislocar las coyunturas de sus desgraciadisimos y nunca bien compadecidos prógimos. Diez máquinas de tortura semejantes á nuestro carreton se llenaron con los pasageros que salieron con nosotros del vapor. El cambio de nuestro movimiento no fué mas notable que el que se operó en el humor y semblantes de nuestros compañeros de viage. Los elegantes que habian hecho la travesía de Filadelfia á Trenton, tendidos á la larga en un blando sofá, ó meciéndose en una silla, con toda la satisfaccion que inspiran un corsé tieso y la empinada é inflexible corbata, y que matando de amor á las mal-avisadas bellezas que osaban mirarlos de reojo, parecian armados de ballena de un buque encantado—aquellos mancebos garridos de cuerpo tan guardado, de corazon tan dulcemente pacífico, magullados, no bajo el peso sino por los pellizcos de su armadura, tenian mas traza de víctimas que sufrian el martirio de la rueda, que de apuestos donceles prontos á provocar lides de amor. En realidad, los infelices debian pasar las penas del purgatorio, porque las ballenas se les metian en el alma, y sus caras hacian las muecas y gestos mas extraños á que se puede prestar el semblante humano. ¡Qué triste fué tambien la mudanza para las lindas señoritas con sus inmensos sombreros, cada uno de los cuales necesitaba el si-

tio de tres! ¡pobre gente! Yo me imaginaba que tal vez serian de la familia de Ondina, bella ninfa de las aguas, y que solo se podian sonreir, al escuchar el ruido de su elemento. Muchas veces, viendo á mis compañeros tan horriblemente alterados, se me pasaron vivísimos deseos de preguntarles: « ¿Tengo yo vuestro ceño? » A la verdad creo que yo tenia un semblante mas airado, porque tanto el camino como el dichoso carruage eran demasiado malos para mi filosofía.

Por fin nos encontramos medio vivos todavía á bordo del buque que nos debia conducir bajando por el Raraton á Nueva-Yorc.

Al entrar en el vapor, era nuestra intencion acostarnos y curarnos los huesos; pero la vista de una mesa cubierta con limpieza y primor nos hizo mudar de parecer, y nos sentamos á comer en lugar de irnos á dormir. Mal pecado y vergüenza hubiera sido cerrar los ojos, cuando no tardamos en avistar una de las escenas mas pintorescas de aquel pais. Yo no he visto la bahía de Nápoles, y asi no puedo hacer comparacion; pero no soi capaz de imaginar por mera fantasía un cuadro mas espléndido y agradable que el puerto de Nueva-Yorc. Varios son y á cual mas hermoso los objetos que por todas partes se ven, pero nombrarlos seria solamente dar una lista de palabras, sin

que por ellas pudiera concebirse la mas ligera idea del encanto de aquella perspectiva. Dudo que el pincel de Turner hubiera alcanzado á retratarla con exactitud, tal cual se alzaba delante de nosotros con todo su esplendor y majestad. Parecia qne nuestra quilla se abria paso por olas de oro líquido para entrar en el puerto de Nueva-Yorc, y conforme ibamos pasamos las verdes islas que salen de su seno, como centinelas que guardan la hermosa ciudad, el sol extendia á cada momento mas y mas lejos sus últimos rayos con una direccion horizontal, como para indicarnos alguna nueva gloria de tan sublime cuadro.

Nueva-Yorc, aun viéndola con una luz mas sobria, nos pareció una bella y noble ciudad. A nosotros que acababamos de atravesar por selvas y montañas á medio desmontar, y que saliamos de la sociedad de una poblacion ruda y grosera, tal vez nos pareció mas hermosa, mas opulenta, y mas refinada que nos hubiera parecido, si hubiesemos llegado directamente de Londres; pero concedido esto, debo asegurar que en mi opinion Nueva-Yorc es una de las mas hermosas ciudades que yo haya visto, y tan superior á las demas de los Estados-Unidos, sin exceptuar Filadelfia, como Londres á Liverpool, ó Paris á Ruan. Su situacion no puede mejorarse, y quizá no le

lleva ventajas en esa parte ninguna otra poblacion. Fundada en una isla, que un dia cubrirá toda, sube como Venecia del fondo de la mar, y como la mas bella entre las bellas ciudades en los dias de su gloria, recibe en su regazo el tributo de todas las riquezas de la tierra.

La punta meridional de la isla de Manhaten divide las aguas de la bahía en los rios del norte y del este; allí está asentada Nueva-Yorc extendiéndose de rio á rio, y corriendo ácia el septentrion hasta unas tres ó cuatro millas. Yo creo que ocupa tanto terreno como Paris, pero está mucho mas claramente poblada. La extremidad de la punta que da á la mar está fortificada con una batería y forma un punto admirable de defensa; pero en estos dias de flaca paz es un paseo público, y quizá el mas hermoso paseo de que pueda jactarse ninguna otra ciudad. Allí comienza el magnífico Camino-ancho (Broad-way), como llaman la hermosa avenida que atraviesa toda la poblacion: soberbia calle que puede competir con cuantas he visto en prolongacion y anchura, ricas y vistosas tiendas, frescos y primorosos toldos, aceras cómodas, y concurrencia elegante. Verdad es que no la anima el bullicioso estruendo de los innumerables trenes de *Bond-street*, y que no posee las opu-

lentas fachadas de la calle del Regente; pero su extension es grandiosa y está adornada con varios bellos edificios, de los cuales hai algunos cercados de jardines y de árboles. El parque donde está la suntuosa casa de la ciudad, es mui bello. Pero ¿de qué servirá la descripcion de los pormenores de aquella gran metrópoli del Nuevo-Mundo? Yo no he leido todavía descripcion alguna de ciudad, por completa y exacta que haya podido ser, que me la representara como si yo la viese; ademas, si hai ese talento de transportar la imaginacion del lector á iglesias, plazas, y largas y variadas calles, yo estoi convencida de que no lo tengo; asi que en lugar de describir minuciosamente Nueva-Yorc, me contentaré con decir que durante las siete semanas de nuestra residencia en ella, á cada instante hallamos alguna cosa nueva que ver y que admirar; y si no fuera porque tan lejos está de todas las cosas del Mundo-Viejo que tan arraigadas viven en el corazon de un Europeo, diria que no he visto ciudad mas halagüeña para fijar en ella una residencia agradable.

Las casas de las familias ricas son extraordinariamente bellas, y estan lujosísimamente alhajadas. Mas y mas veces suelen verse colgaduras de seda ó raso que muselinas ni *chinzas*; los espejos en nada ceden á los de Lon-

dres; los veladores, costeros y mesas son tan elegantes como los mejores de nuestros muebles; y por añadidura tienen todos los lindos adornos de porcelana francesa y doraduras con mayor abundancia, porque van á precios mucho mas cómodos. Todas las casas estan alfombradas perfectamente, de alto á bajo, y los remates y partes menudas como escaleras, barandas, cuadros de puertas y demas, son de gusto mui superior. Casi todas las ventanas tienen persianas verdes por la parte exterior; los balcones no son mui comunes, ni se ven engalanadas las habitaciones por fuera con tantas flores como en Paris ó en Londres; ví empero infinitas estancias adornadas por dentro exactamente de la misma manera que el tocador de una petimetra europea. Bufetes y mesitas pequeñas que parecian floreros exhalando deliciosos perfumes, cartones, bronces, bustos, camafeos y vasos de alabastro, servian de ilustracion á varios volúmenes con cubiertas de seda, que contendrian algunos versos ó romances de la predileccion de las damas; en una palabra todas las lindezas y bagatelas elegantes de nuestros salones se veian esparcidas por la estancia con la misma profusion y la misma negligencia estudiada que se ven entre nosotros.

« Hudson-square » ó la plaza de Hudson y

sus cercanías son, en mi entender, los sitios mas de moda de la poblacion. La plaza es soberbia, y está plantada de árboles de muchas y mui diferentes especies, no faltándole para competir con nuestras mejores plazas sino que sieguen con mas cuidado y mas á menudo la yerba que crece en el centro desmesuradamente. La verja que rodea el recinto plantado, es tan bella y elevada como las de las Tuilerías, y para dar una idea del esmero con que á toda costa la han hermoseado, bastará decir que la arena del piso de los paseos y senderos que la atraviesan fué trasportada á Nueva-Yorc, no como lastre sino como cargo.

El defecto principal de las casas de Nueva-Yorc es la demasiada uniformidad. — Quien ve una, las ve todas. Yo les encuentro tambien el de la distribucion interior, que no me gusta. En casi todas las casas estan en el mismo piso el comedor y la sala de estrado, dividido aquel de esta por anchas puertas de dos hojas, que abiertas forman una pieza verdaderamente estupenda, pero que, cerradas, hacen dos piezas mal unidas; pues no hai puerta que baste para alejar un comedor de una sala de estrado á la distancia que debe separar cosas tan opuestas. Sin embargo no por eso los convites mezclados de damas y caballeros son mas frecuentes: defecto enorme de la sociedad, que no sola-

mente los priva de los momentos mas expansivos y deliciosos, sino que los induce á repetir á menudo sus banquetes de hombres sin mugeres, lo que ciertamente no contribuye á refinar las costumbres ni pulir los modales.

Las reuniones de noche ó tertulias, excepto las de la juventud, son generalmente reuniones para hablar un rato. La temporada de nuestra residencia en Nueva-Yorc era demasiado tardía para grandes reuniones, mas lo que vimos, bastó para convencernos de que se debia encontrar una sociedad, que en cualquiera parte mereceria la calificacion de deliciosa. Rara vez se juega á las cartas; y la música, no teniendo profesores que sostengan sus conciertos, no es por lo comun tan buena como la que se oye en las reuniones particulares de Londres.

Los Americanos ciertamente no tienen la misma necesidad de divertirse que las otras gentes. Quizá por eso serán mas circunspectos y juiciosos, pero tambien por eso son mucho menos agradables á los ojos del observador y de los extrangeros.

Hai tres teatros en Nueva-Yorc, los cuales visitamos. El teatro del Parque es el que solamente merece la aprobacion de la moda, pero el de la Enramada (Bowery) le es infinitamente superior en belleza. A la verdad este

teatro es de los mas lindos en que yo he entrado —perfecto en su tamaño y proporciones, adornado con elegancia, y rival de cualquier otro de Londres en escenario y maquinería; á pesar de tantas ventajas no está en moda. La buena sociedad ha fulminado su anatema de reprobacion contra el de Chatham, de modo que se necesita mas que valor para poner el pie en sus umbrales, y no creo que mi curiosidad hubiera ido tan lejos, si no hubiera visto anunciado el Rienzi, tragedia de Miss Mitford. La pieza, que ví representar allí por la primera vez, me gustó mucho, aun desempeñada mui mediocremente como lo fué: en efecto grande y mui grande debia ser el interes que me inspiraba, cuando hasta que cayó el telon, no ví la cuarta parte de las cosas extrañas que se revolvian en aquella atmósfera. En el primer asiento de un palco primero descubierto llenaba una buena madre el mas maternal de los oficios maternales; varios caballeros se habian aligerado de sus inútiles casacas y levitas; en una palabra, reinaba en aquella distinguida concurrencia el menosprecio mas filosófico de toda decencia humana.

En el teatro del Parque volví á ver al Roscio americano, es decir, por si no se acuerda el lector, á Mr. Forest. Representó el papel de Damon, y á la verdad, no me pareció un

ruiseñor, ni sé con quien se pueda comparar quien verrea como Mr. Forest. En cuanto á mí confieso que no me gusta el famoso actor de los Americanos.

Otra noche vimos en el mismo teatro la ópera de *Cinderella*, cuya primera parte egecutó Mistress Austin con infinito aplauso. La pieza fué mui bien representada efectivamente, y nos proporcionó la ocasion de ver el teatro lleno de una lujosísima concurrencia; pero hasta en medio de toda aquella elegancia sobresalian mas de una cara que no habia tocado la navaja en muchas semanas, quijadas hinchadas con el bulto de un trozo de tabaco gigantesco, y labios en que se habia acostrado el zumo asqueroso de esa maldita yerba, oyéndose al mismo tiempo sin cesar el escupir que necesariamente provoca. Si sus teatros tuvieran la orquesta de Feydeau (*), y un coro de ángeles por complemento, poco placer disfrutaria yo en ellos, si habia de sufrir el efecto harmonioso de ese *bajo concertante* perpetuo.

Estando en Nueva-York me presentaron el programa de un colegio elegante, del cual hice

(*) Mistress Trollope no ha elejido ciertamente el teatro de Paris cuya orquesta puede dar fuerza á su condicion. El teatro de Feydeau está cerrado hace mucho tiempo. El teatro de Paris cuyo instrumental es magnífico, es sin duda el de la Academia real de Música; pero sus coros son tan execrables como brillantes sus *corps de ballet*, ó comparsas de baile.

los extractos siguientes, como muestras del método vasto y progresivo de educacion propuesto para las jóvenes.

INSTITUTO COLEGIAL DE BROOKLYN PARA SEÑORITAS,

Brooklyn Heights, en frente de la ciudad de Nueva-Yorc.

DIVISION DE MENORES.

SEXTA CLASE.

Gramática Latina, *Liber Primus;* el Lector latino de Jacob (primera parte); Geografía moderna; Aritmética speculativa y práctiva, acabada; Gramática de Elocucion del doctor Barber; Caligrafía, Lectura, Composicion y Música vocal.

QUINTA CLASE.

El Lector latino de Jacob (segunda parte); Antigüedades Romanas; Salustio; Introduccion á la composicion latina de Clark; Geografía Antigua y Sagrada; Estudios de Poesía; Breve compendio de Retórica; Dibujo de cartas, Composicion, Lectura y Música vocal.

CUARTA CLASE.

Los Comentarios de César; los cinco prime-

ros libros de la Enéida de Virgilio; Mitología; Watt sobre el entendimiento; Geografía política (por la obra grande de Woodbridge); Historia Natural; Tratado de los Globos; Historia Antigua; Conclusion de los Estudios poéticos; Gramática Inglesa, Composicion, Lectura y Música vocal.

TERCERA CLASE.

Virgilio (acabado); Oraciones selectas de Ciceron; Historia Moderna; Geometría plana; Filosofía Moral; Lectura crítica de los Poemas de Young; Dibujo de Perspectiva; Retórica; Lógica; Composicion y Música vocal.

SEGUNDA CLASE.

Tito Livio; Horacio (sus odas); Teología natural; un pequeño Resúmen de la Historia Eclesiástica; Biografía de las Mugeres; Algebra; Filosofía Natural (Mecánica, Hidrostática, Neumática y Acústica); Filosofía intelectual; Evidencias del Cristianismo; Composicion y Música vocal.

PRIMERA CLASE.

Conclusion de Horacio; Tácito; Filosofía Natural (Electricidad), Optica, Química, Mineralogia y Geologia; Compendio de Economía Política; Composicion y Música vocal.

« El frances, el español, el italiano y el griego, pueden aprenderse en dicho establecimiento, si algunas de la sseñoritas educandas lo desean. »

La lonja ó bolsa es mui hermosa, y puede considerarse como un término medio entre el aspecto sombrío que ofrece el Cambio-Real de Londres y la sencilla y elevada elegancia que adorna la Bolsa de Paris. Las iglesias son simples, pero mui primorosas, y perfectamente conservadas por dentro y por fuera; sin embargo ninguna de ellas tiene la mas ligera apariencia de esplendor, siendo la catedral católica de Baltimore, el único templo de la América septentrional que deba llamarse opulento.

En Nueva-Yorc, como en los demas pueblos de los Estados-Unidos, las iglesias parecen durante los oficios jardines de tulipas : tan brillantes, tan alegres, tan vistosos cuadros forman los grupos y filas de sombreros á la francesa y de caras como ròsas; pero cuadros y filas que no interrumpen las desnudas cabezas de la parte masculina de la poblacion, cuya asistencia á los egercicios religiosos está en la misma proporcion que se ha notado anteriormente con respecto á las otras ciudades de la Union. Solamente en Nueva-Yorc logré ver la otra parte de la pintura. En la orilla opuesta del rio del Norte, como á la distancia de tres

millas por cima de la poblacion, hai un sitio llamado *Hoboken*. Un caballero que poseia en aquel terreno una casa magnífica y varias tierras, y tambien estaba en posesion del derecho de pasage, para hacer este mas productivo, habia reducido su jardin en unos cuantos bancales, dejando lo restante convertido en un paseo público tan simple como elegante. No es posible que la imaginacion se figure otro de mas atractivo : una cintura anchísima de ramage y arbustos floreros, claveteada de corpulentos árboles silvestres, corre por espacio de dos millas á lo largo de una colina que domina el sin igual Hudson : á veces engalana las rocas hasta la misma márgen del rio, y á veces deja un asomo de playa bastante desnuda para que se estrellen en su rudeza las mansas olas, que remedan dulcemente con su música el coro estrepitoso del Océano. En los puntos del delicioso soto de *Hoboken*, desde donde se puede disfrutar de las ventajas de la perspectiva, se encuentran anchos terreros y glorietas con un piso arenizco soberbio; y por todas partes cruzan sendas y calles, mas anchas y mas estrechas, de las cuales llevan unas á lo mas intrincado del bosque, y otras van descendiendo gradualmente á las encantadoras ensenadas de la escondida márgen.

La entrada de este Eden en miniatura no

cuesta mas de seis cientos, que se pagan en la barca. Nosotros fuimos un domingo, que hacia una bellísima tarde, con la intencion expresa de observar los caprichos ó costumbres de *Hoboken*. Millares de personas cubrian el recinto, mas despues de haber tenido la paciencia de contarlas repetidas veces, nos convencimos de que las diez y nueve vigésimas partes eran hombres. Las mugeres estaban en la iglesia. Nunca he sentido como entonces, aunque he meditado con frecuencia acerca de la materia, toda la fuerza del convencimiento de que el domingo, el dia del señor, el dia santo, el único en que la mayoría del mundo cristiano puede emplear su tiempo como mas le acomode, se pasa mal, si se pasa enteramente entre cuatro paredes escuchando á un predicador terrestre por mas sabio y elocuente que sea.

¿En qué consiste que los Americanos, que por tan buenos esposos y buenos padres pasan, dejen á las que mas aman sobre la tierra, en las cadenas de hierro del fanatismo mas tiránico, mientras ellos gozan de la libertad de espíritu suficiente para permitirse salir á espaciarse en el templo del Dios de la vida? ¿Cómo pueden respirar el aire embalsamado de los campos sin pensar en la atmósfera corrompida que tan gravemente oprime pechos

para ellos mas caros que los suyos propios? ¿Cómo pueden mirar las flores de la primavera, sin acordarse de sus tiernas hijas que son mas lindas todavía, y que van perdiendo su color y su fuerza, sentadas por espacio de muchas horas de un tiempo de fuego, emparedadas con cientos de infelices compañeras víctimas como ellas, escuchando los alaridos de un predicador presuntuoso, canonizado por algun conventículo de viejas? Ese martirio no les puede parecer necesario para salvarse, porque, si tal les pareciera, no se eximirian ellos, á lo menos de una parte de sus penas. ¿Porqué pues lo permiten? ¿Temen por ventura el ceño de esos sacerdotes de propia autoridad, que se ordenan á sí mismos, y les ofrecen á sus mugeres é hijas como víctimas propiciatorias? ó ¿creen mas completa su libertad semanal, porque sus mugeres é hijas se encierran cuatro y cinco veces al dia en una capilla ó en una iglesia? La verdad es que en *Hoboken*, como en cualquiera otra parte, hai *reposoires* ó descansos, que al pasar por delante de ellos, os desencantan por un momento con el tufo del tabaco y del huisqui, y quizá no pueda entrarse en ellos con una muger ó una hija. El dueño del terreno se ha visto sin embargo en la necesidad de hacer menos desagradables á la vista semejantes horrores: hai uno con especialidad qne parece un

templo griego, y si en lugar de embriagarse con su grosero huisqui, bebieran vino, podria consagrarse á Baco; pero en este como en muchos otros puntos estan discordes las antiguas y modernas repúblicas.

Es imposible dejar de pensar, despues de haber pasado un domingo en las iglesias y capillas de Nueva-Yorc, y otro en los jardines de *Hoboken* que los millares de hombres bien vestidos que se ven gozando de los placeres del campo, se han deshecho de los millares de mugeres bien vestidas que se entierran en un templo, abandonándolas á la gente de sotana, por lo menos, durante el dia. Los Americanos se abrogan la reputacion de un carácter superior de moralidad y religion; pero esta division de sus horas de reposo y huelga no dan una idea mui favorable ni de una ni de otra (7).

Visité todas las exposiciones de Nueva-Yorc. Los Medicis de la república tienen que hacer muchos esfuerzos para que sus colecciones artísticas ó científicas merezcan alguna consideracion. Lo peor del caso es que, excepto una media docena de individuos, los buenos ciudadanos estan mas que contentos, estan encantados.

Los pulmones de la prensa periódica no cesan de respirar elogio y triunfo, sí, casi se mueren en éxtasi al hablar de sus obras maes-

tras nacionales. Apenas se me creeria, si fuese yo á referir los diferentes egemplos de absoluta ignorancia en materia de pintura que la casualidad me hizo reparar entre las personas de la *primera estacion* de la sociedad. Muchas veces suele encontrarse el espíritu de liberalidad y el deseo de patrocinar las Bellas Artes juntos con una falta total inconcebible de conocimientos sobre el mismo ramo que se deciden á protejer. Una duda acerca de la excelencia de sus artistas es recibida con mucho resentimiento, y un buen señor me dijo con una exquisita urbanidad, que en la época presente estaba todo el mundo de acuerdo para conocer que entre nuestros dos paises se habia acabado enteramente la competencia, y que debia esperarse naturalmente que excitara un poco de envidia mezclada con sorpresa en la madre-patria el contemplar la distancia, á que sus colonias la iban dejando atras.

Debo sin embargo hacer justicia á los pocos artistas con quienes tuve el gusto de hacer conocimiento, y decir que sus pretensiones personales son mucho mas modestas que las que por ellos quieren sostener sus patronos. A varios de ellos les he oido confesar su atraso y lamentarse de su ignorancia en cuanto á la parte del dibujo, y he visto que manifestaban con frecuencia cierto respeto voluntario al

mérito de los artistas de Europa, aunque tal vez no tenian otra noticia de sus obras que la que dan los grabados, y una deferencia por su autoridad que revelaba el verdadero instinto del ingenio para las Bellas Artes. En efecto yo creo que los Americanos poseen las disposiciones naturales mas ventajosas que puede desear un pintor, pero necesitan abrirse camino en medio de las tinieblas de una noche espesísima. Cuando se funda una Academia, lo primero que hacen es colgar las paredes de sus salas de cuanto mamarracho les presentan. No emplean el método de copiar modelos vivos para perfeccionarse en el dibujo natural y familiarizarse con la verdad del colorido; no tienen órden ni plan en sus estudios. Unos muchachos que conocen tanto las formas humanas como sus maestros conocen los ojos, la nariz y la boca de la luna, empiezan pintando retratos. Si algunos de ellos dejaran á un lado su paleta, por un año á lo menos, y aprendieran á dibujar; si asistieran á las clases de anatomía y á los anfiteatros de diseccion, tomando notas no de las palabras, sino de las formas, músculos, y junturas del cuerpo humano, entonces comenzarian sus exposiciones á merecer que la crítica se ocupase de ellas.

La exposicion mas importante que se abrió, mientras estuvimos allí, fué sin disputa la del

coronel Trombold, y yo no sé como los patriotas de los Estados-Unidos puedan permitir que aquella coleccion, verdaderamente nacional, esté siendo una carga inútil en poder del artista. Muchos de los diseños que la forman, son de mano maestra; pero como sucede con su ilustre compatriota West, los diseños de este pintor son precisamente sus mejores dechados.

No puedo imaginarme que haya cosa mas perfecta que la parte interior de los establecimientos públicos de Nueva-York. Hai en todas las disposiciones y en el arreglo particular que en ellos se observa un instinto y buen juicio práctico que es imposible que deje de llamar la atencion de los extrangeros. El Asilo de los Desamparados ofrece una particularidad mui digna de citarse. La institucion ha sido fundada para correjir y reformar á los muchachos y muchachas, á quienes la justicia ha condenado por algun delito. Las disposiciones del establecimiento son tan admirables como su objeto: cada parte de por sí inspira un interes profundo, pero la diferencia que se advierte entre los dos sexos es singular. Los muchachos son en mi opinion el mas bello plantel de jóvenes que yo haya visto en mi vida educar juntos, muchachos lucidos, alegres, prontos y llenos de inteligencia; — las muchachas son exactamente el reverso: rudas, torpes, indiferentes y melancólicas.

Hablando con el superintendente general del establecimiento, le hice esta observacion, y me respondió que la realidad correspondia perfectamente á la apariencia. No habia una de aquellas zagalonas que no hubiese sido descubierta en esta ó la otra picardigüela; mas los varones, substraidos ya al mal influjo que los habia llevado á servirse de su ingenio, recobraban su antigua lozanía, y viéndose otra vez libres de peligro y de mancilla, volvian á mostrar en sus rostros la esperanza y el contento. Las muchachas por el contrario apenas pueden volver á levantar la cabeza. Varones y hembras son en aquel asilo tan diferentes como el roble y la azucena despues de la tempestad. El uno, al recibir el soplo de las auras que vuelven á agitar sus ramas sacude las gotas de la lluvia y muestra su verde cabellera con mayor pompa y lucimiento; la otra, cuando se han marchitado sus hojas de seda, se encoje avergonzada y esconde su frente en la tierra para siempre.

. . . .

El dia que pasamos en Nueva-Jersei fué delicioso, porque lo empleamos en visitar con una reunion mui agradable los planos inclinados que usan en lugar de compuertas en el canal de Morris.

Esta obra es de la mayor importancia, y prueba con otras mil que el pueblo americano es el mas emprendedor de todo el mundo. Me dijeron que el canal de Morris, que junta las aguas del Hudson con las del Delavara, tiene cien millas de largo, y que en esa distancia pasa por una variedad de terrenos, cuya elevacion sube algunas veces á mil y seiscientos pies. De esta elevacion gana la altura de mil cuatrocientos pies por medio de planos inclinados, de los cuales da cada uno sobre sesenta pies de alzada perpendicular, y sostienen como unas cuarenta toneladas. Por cada cien pies de arranque perpendicular, se gastan en pasarlos doce minutos. El gasto no llega á la tercera parte del que se necesitaria para subir por medio de exclusas. Si en Inglaterra se abren mas canales, no debe olvidarse un método tan provechoso (*).

El canal de Morris es una obra verdaderamente extraordinaria; no solo varia su nivel hasta quinientos pies, sino que en un punto corre por el lado de una montaña á treinta pies de altura sobre la cúspide de los edificios mas altos de Paterson que está en la falda; y en otro cruza los saltos del Pasaico por un

(*) Este consejo á ningun pueblo puede procurar mas ventajas que á los pueblos para quienes se hace esta traduccion. Ministros, acordaos del canal de Morris.

acueducto de sesenta pies de elevacion sobre el nivel del rio. Esta soberbia construccion se debe en gran parte á la energía patriótica y noble ingenio de Mr. Cadwallader Colden.

No hai elemento en el carácter nacional de los Americanos que tanto respeto inspire, como ese arrojo y constancia con que emprenden y llevan á cabo las obras públicas. Nada los arredra, cuando halaga sus cálculos una esperanza razonable de provecho. Asi se han levantado como por encanto ciudades opulentas en medio del desierto, y si los Americanos del Norte llegaran á persuadirse que en cualquiera rincon del Océano habia un monton de *dólares* escondidos, no tengo la mas leve dificultad en creer que veriamos en año y medio un camino cubierto, por donde se iria directamente al punto determinado.

. . . .

En Nueva-Yorc me dijeron que en muchas partes del estado tenian por costumbre pagar el servicio de los ministros presbiterianos del modo siguiente. Cierto dia del año, que de antemano se fija, concurre á casa del ministro un miembro de cada familia de las que forman la congregacion. Todos llevan su ofrenda (proporcionada á los haberes de cada cual) de ar-

tículos necesarios para el mantenimiento de una casa. Las personas mas pobres dejan modestamente sus tributos en un gran canasto, que con el objeto de recibirlos está colocado á la puerta de la casa; las que llevan regalos de mayor importancia y capaces de honrar la piedad de quien hace el donativo, pasan á la estancia donde está reunida la sociedad. Entre los artículos de que me hicieron mencion como de partes de esos presentes, hacen su pápel el azúcar, el café, el té, el queso, los barriles de harina, las piezas de lienzo de Irlanda, los juegos de china, los juegos de cristal, etc. Cuando la sociedad está reunida y la operacion preliminar de dar y recibir se ha terminado, hai su refresco, es decir: andan alrededor el té y el café y las tortas que necesariamente los acompañan. Esto no cuesta un ciento al reverendo ministro, y ni aun el trabajo de preparar el obsequio hecho á los contribuyentes, porque se encargan de todo y corren con todas las disposiciones las damas selectas de la congregacion. A estas juntas dan el nombre de visitas hiladas.

Otra costumbre que se observa en Nueva-Yorc, y que no parece que tenga una causa tan razonable, es el mudarse de casa todos los años. El dia primero de mayo la ciudad de Nueva-Yorc ofrece el aspecto de una ciudad

que abandonan sus vecinos huyendo de la peste, ó bien una plaza capitulada á cuyos habitantes se les permite sacar sus muebles y alhajas. Trastos nuevos y brillantes, y trastos carcomidos y desvencijados, carros, carretas, y carretones—cuerdas, lonas y paja—empaquetadores, aljameles y carreteros—blancos, amarillos y negros, ocupan las calles de Este á Oeste, de Norte á Sur todo este dia. No hablé á persona alguna de semejante costumbre que no se lamentara de ella, pero todo el mundo me aseguró que era una incomodidad inevitable, cuando se vive en una casa alquilada. Varios de mis amigos de Nueva-Yorc han edificado casas ó las han comprado solo por evitar ese inconveniente anual.

Hai en Nueva-Yorc un número considerable de negros, cuya emancipacion se completó en 1827, y ni en Filadelfia donde las opiniones contra la esclavitud son tan activas como violentas, se dan un aire de tanta importancia como allí. Tienen capillas á parte servidas por ministros negros, y un teatro en que no representan mas que negros. En el teatro han destinado una galería para los blancos que quieran ir á sus representaciones, fuera de la cual no se les permite sentarse; siguiendo en esta disposicion con una rigorosa etiqueta é indisputable justicia el órden de los teatros de los

blancos, en todos los cuales hai una galería exclusivamente para el uso de los negros. Yo he visto muchas veces, con especialidad los domingos, grupos de negros elegantemente vestidos, y me he divertido, con el aire de galantería de que se revisten los hombres cuando acompañan á sus hermosas, y que tan superior es á la urbanidad de los blancos en circunstancias iguales. Una vez encontramos en el Camino-Ancho (Broad-Way) á una negra jóven puesta de tiros largos conforme al ritual de la moda mas rigorosa, y acompañada de un elegante negro, cuyo trage no era menos acicalado: lente, cadena, nada se habia olvidado. Iba el gentil y cortesano caballero con su sombrero en la mano y con el respeto y atencion de la solicitud mas tierna. Estaba á la sazon en una ventana de una hermosa casa, tal vez la hija del dueño, jóven blanca y mui linda, entre dos caballeros blancos tambien; pero ¡ai! ¡los dos tenian encasquetados sus sombreros y uno de ellos fumaba!

Si no fuera por la manera particular de andar que distingue á las mugeres de América, el Camino-Ancho podria tomarse por una calle francesa, donde la moda reunia todas las petimetras elegantes de la poblacion. El trage es enteramente á la francesa, y ninguna de las prendas que lo componen, excepto acaso las

medias de algodon, debe provenir de Inglaterra, so pena de merecer la excomunion absoluta como contraria al buen gusto. Todo lo ingles es allí grosero, decididamente de *mauvais ton;* objetos ingleses, modas inglesas, acento ingles, maneras inglesas, son términos de censura, y decirle á una pobre muger que parece inglesa, es hacerle la burla mas cruel que inventarse puede.

Yo me acuerdo que visité la Francia mui poco despues de haber invadido nuestras tropas su territorio del modo mas ofensivo imaginable; sin embargo á pesar de los resentimientos que tantos años de guerra debian haber producido y enconado, Inglaterra estaba en moda, y todo lo que era ingles era admirado. Yo concluyo de ahí que las querellas de familia han de ser mas difíciles de apaciguar; porque quince años de paz no han bastado todavía para aplacar las iras de nuestro hermano Jonatan, ni moderar el odio que alimenta en su corazon contra la tierra de sus padres,

« Que quisiera ver quemada,
Ya que otra cosa no fuera. »

Me parece casi excusado añadir que la clase patricia de los Americanos se distingue por la amenidad y agasajo con que recibe á los extrangeros.

La *gente decente*, ó si se quiere, los caballeros (gentlemen), son lo mismo en todas partes, y un caballero americano y su familia saben tan bien como las personas mas delicadas de otros paises, desempeñar con los extrangeros los deberes de la sociedad y hacer los honores de su patria; pero esta clase, aunque verdaderamente existe, es mui poco numerosa, y no puede en justicia presentarse como una muestra del todo.

. . . .

Las mas de las casas de Nueva-Yorc estan pintadas por fuera, pero se ha procurado con infinito esmero que la pintura no desfigure el material que preserva; al contrario no hai cosa mas primorosa. Ahora emplean mucho una hermosa piedra que llaman piedra de Jersei, la cual tiene un color pardo soberbio, y hermosea mucho los edificios que se construyen con ella. Tambien poseen un granito ceniciento de gran belleza. Las aceras de la mayor parte de las calles estan enlosadas, lo que no solamente les hace mui superiores á las aceras de ladrillo de Filadelfia; sino que las hace en extremo cómodas y hermosas.

Por la noche las tiendas, que continuan abiertas hasta mui tarde, estan brillantemente iluminadas con gas, y se ve en toda aquella po-

blacion el mismo movimiento, se oye el mismo bullicio, se nota la misma vida que en Londres ó en Paris : contraste que realza mas la solemne tranquilidad de Filadelfia.

Hai unos cuantos árboles en diferentes partes de la ciudad, y observé muchos plantones que guardan con el mayor cuidado. Si fueran mas abundantes seria una delicia, porque el efecto de los reflejos del sol en el verano terrible del pais es intolerable.

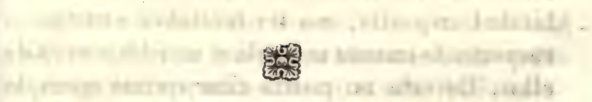
La nieve abunda con profusion tal, que no creo que haya una sola casa en que falte el lujo de un pedazo de nieve para refrescar el agua y endurecer la manteca. Los coches de alquiler son los mejores del mundo, pero abominablemente caros ; siendo necesario, al hacer el ajuste con un cochero estar tan sobre sí como al pasar por un bosque infestado de bandidos. Si no se estipula con él de antemano en términos claros é ininterpretables, el caballero del látigo y pescante puede desollar al pobre que ha tenido la desgracia de poner el pie en el estribo de su trampa. La primera vez que monté en coche en Nueva-Yorc, me costó el olvido de esa condicion dos pesos y medio que me hicieron pagar por una carrera de veinte minutos. Cuando lo dije al mozo de la fonda, me preguntó si habia hecho ajuste. « No, » contesté. — « Entonces *espero*, replicó el mozo

con la mirada habitual de triunfo del pais, que el Yanqui (Yankee) ha sabido mas que vos. »

Los carruages particulares son infinitamente mas hermosos y mas cómodos que cuantos he visto hasta ahora en ninguna otra parte. La falta de libreas vistosas les hace perder mucho lustre y elegancia, pero no obstante un tren de verano de Nueva-Yorc con sus lindas mugeres y sus hermosos niños parece mui bien en el Camino-Ancho, y en ninguna otra parte chocaria.

El lujo de la aristocracia de Nueva-Yorc no se reduce á la ciudad; apenas hai una aranzada de tierra en la isla del Manhaten que no ofrezca á la vista una quinta preciosa ó una magnífica habitacion. Las mejores ocupan la parte de los rios del norte y del este, á cuyas márgenes descienden sus jardines. Entre estas la mas bella quizás es una casa situada en la primorosa aldea de Blumindala (Bloomingdale ó Valle Florido); en el espacio de unas sesenta yugadas de tierra se reunen casi todas las perspectivas y escenas rústicas del campo y los cuadros mas pintorescos de la jardinería. Describir la variedad de oteros y cañadas, de bosques y praderas, de rocas y rios, fuera trabajo tan inútil como querer dar alguna idea de aquellos pensiles deliciosos por medio de comparaciones. Yo nada he visto que se parezca á la quinta de Blumindala. Tampoco diré hasta

qué punto puede embellecer á mis ojos aquel ameno sitio la influencia de la hospitalidad elegante que encontré allí; pero seguramente no conservo memoria mas fresca ni recuerdos mas vivos de ningun otro parage, no habiéndome visto jamas en medio de una sociedad que mas agrade conocer, que mas se sienta dejar que la de los moradores de *Woodlawn.*



CAPITULO XXXI.

Recepcion en los Estados-Unidos de la obra del capitan Basilio Hall.



Estando ya casi al término de nuestros viajes, quisiera, antes de concluir, volver á mencionar lo que considero como uno de los rasgos que mas determinan el carácter nacional de los Americanos, á saber esa sensibilidad exquisita, esa irritabilidad extremada respecto de cuanto se habla ó escribe acerca de ellos. De esto no puedo citar quizas egemplo mas chocante que el del efecto producido en casi toda clase de lectores por la publicacion de los « Viajes por la América del Norte » del capitan Basilio Hall. A la verdad fué una especie de terremoto moral, y la vibracion que ocasionó en todos los nervios de la república desde un extremo á otro de la Union, no se habia calmado todavía, cuando salí de aquel pais en julio de 1831, dos años despues del sacudimiento.

Yo me hallaba en Los-Cincinatos cuando

salió esta obra á luz, pero hasta el mes de julio de 1830 no me fué posible conseguir un egemplar. Un librero á quien llegué á pedirla, me dijo que habia tenido en efecto unos cuantos egemplares antes de conocer la índole de la obra, pero que habiéndose enterado despues, por ninguna cosa del mundo venderia otro egemplar. Otras personas de su oficio no deben haber sido tan escrupulosas, porque los «Viajes del capitan Hall» se leian en la ciudad, en el campo, en las aldeas, en las granjas, en las rancherías, en el vapor, y en la diligencia, y era un grito universal de alarma que no ha tenido egemplo en tiempo ni pais alguno.

Para mí fué ciertamente una casualidad afortunada no poder encontrar esos volúmenes hasta que todo el mundo hablaba de ellos, porque la curiosidad que me aguijoneaba por saber el contenido de una obra tan violentamente anatematizada por todo un pueblo, me indujo á hacer investigaciones que provocaron la manifestacion de mui curiosos sentimientos.

Yo creo que siempre se han considerado como bellos rasgos de carácter é indicios de una buena índole ese ardiente deseo con que se solicita la aprobacion de los otros, y la sensibilidad delicada con que se sufre toda censura;

pero el trance en que la obra del capitan Hall puso la república, manifiesta de una manera palpable que cuando estos sentimientos se llevan al exceso, producen una flaqueza que raya con la tontería.

Hubiera dejado atónito á cualquiera oir á hombres, que en otras materias mostraban un juicio sano, enunciar sus opiniones en esta. Yo no me acuerdo de haber escuchado una vez sola un raciocinio en que no ahogara la pasion el buen sentido que generalmente se encuentra en la crítica nacional. No hablo de la falta de justicia, y de una interpretacion exacta y leal; esas prendas tal vez no debian esperarse. De los individuos de otras naciones se ha dicho que tienen el cútis delicado, mas los ciudadanos de los Estados-Unidos aparentemente no tienen pellejo, segun respingan y cocean cuando los toca el aire, á no ser que sople templado con la adulacion. No era pues de extrañar que las agudas y terribles observaciones de un viajero que ellos sabian que seria oido, fuesen recibidas tan agriamente. Lo extraordinario del negocio consistia, primero, en el exceso de rabia á que se entregaban, y, segundo, en la puerilidad de las invenciones que se forjaban para explicar la severidad, con que se les figuraba que habian sido tratados.

No contentos con declarar que los tales vo-

lúmenes no contenian una sola palabra de verdad desde el principio hasta el fin, asercion que oí repetir casi siempre que se hacia mencion de la obra ó de su autor, todo el pais se echó á campo travieso para descubrir las causas que habian llevado al capitan Hall á los Estados-Unidos, y que habian producido la publicacion de sus viajes.

Entre otras cosas oí decir con tanto aire de certidumbre y gravedad, como si fuera una declaracion formal de alguna autoridad infalible: que el capitan Hall habia sido enviado por el gobierno ingles á América, á fin de poner una barrera á la admiracion creciente que excitaba en Inglaterra el gobierno de los Estados-Unidos, — que habia hecho su viage pagado por el tesorero, y — que por órden superior habia encontrado criticable todo lo que habia visto en aquel pais.

Ni se entienda que las interpretaciones que cito eran hablillas de esta ó la otra reunion; estoi persuadida que tal es la creencia de una parte mui considerable de la federacion: porque es tan profundo el convencimiento en que vive ese pueblo singular de que nadie lo puede ver sin admirarlo, que jamas admitirán la posibilidad de que persona alguna descubra sinceramente y con honradez la menor cosa que desaprobar en ellos ó en su nacion.

En Filadelfia ví un librillo sin nombre de autor, escrito con la intencion de manifestar que el capitan Basilio Hall no merecia crédito ni asentimiento, porque no solamente habia calumniado á los Americanos, sino era persona por otras muchas razones de una conducta mui equívoca, en cuanto á moral y principios. Como prueba de esta asercion se presenta entre otras la cita de la relacion jocosa siguiente, relacion en que describe sus apuros por falta de una campanilla. El comentador llama esto un egemplo de repugnante grosería.

« Un dia, era ya tarde para el almuerzo, y como no habia agua en mi jarro, salí mas que de priesa á medio afeitar, á medio vestir y algo mas que medio incomodado, buscando agua, como un marino á cuarto de racion se echa á buscar un arroyo en una playa desconocida. Subí, bajé las escaleras, y entrando en descubierta en una media docena de habitaciones diferentes, hubiera podido caer en la estancia de una dama, como dice la cancion, lo que, considerando el estado en que nos habriamos visto, hubiera sido harto embarazoso... »

Otro egemplo de esta grosería moral es, segun el mismo crítico, el pasage en que el capitan Hall dice que en todo el tiempo que estuvo en los Estados-Unidos jamas vió un *jaleo*.

Tambien iba de boca en boca la reconven-

cion de ingratitud. Que él mismo declare la buena acojida en invariable agasajo con que fué siempre recibido, y que al mismo tiempo censure el pais era una contradiccion que todo el mundo citaba como testimonio concluyente de la ingratitud mas infame que hubiera podido abrigar jamas el corazon de un hombre. Una vez me aventuré yo á preguntar delante de unas doce personas ¿si no seria mayor tacha en un escritor dejarse seducir por los halagos particulares para adulterar los hechos que presentarlos conforme á la verdad, resistiendo á toda especie de consideracion personal?

« ¿ Los hechos? exclamó á una voz todo el corro; hechos! — Si digo que no hai una palabra de hechos desde el principio hasta el fin. »

Las revistas americanas son en gran parte, me parece, conocidas en Inglaterra, asi que no necesito citarlas; pero algunas veces me ha causado extrañeza que á ninguna de ellas se le haya ocurrido traducir en americano clásico el curso de Obadias. Si lo hubieran hecho poniendo (él, Basilio Hall) entre paréntesis, en lugar de (él, Obadias), se hubieran quitado de encima un mundo de peso.

Difícil seria describir mi curiosidad, cuando habiendo al cabo adquirido la suspirada obra, me senté á leer sus tremendas páginas, y mucho mas difícil seria hacer justicia á la sorpresa

que sucedió á la curiosidad, despues de haberlas leido, decir que no encontré en ellas ni una sola observacion exagerada en toda la obra, no es decir lo bastante. Es imposible que las personas que hayan visto el pais, no se convenzan de que el capitan Hall buscó cosas que admirar con un deseo vivísimo de encontrarlas y encarecerlas. Cuando alaba, lo hace con un placer evidente, y con una evidente repugnancia y contra su gusto censura, cuando tiene que censurar, excepto en los casos en que impelido por motivos puramente patrióticos, se ve obligado á sentar lisa y llanamente, lo que su patria debe saber para su instruccion y provecho.

El hecho es que el capitan Hall ha obtenido las mayores ventajas que puede un viajero desear para ver un pais, y asi ha recorrido los Estados-Unidos. Con excelentes cartas de recomendacion por supuesto para los personages mas distinguidos, y con la recomendacion todavía mas influente de su fama, en todas partes lo han recibido con todo el aparato del ceremonial y la etiqueta de confin á confin de la federacion. El pais se ha presentado á sus ojos vestido de gala, y ofreciéndole poca ó ninguna oportunidad de juzgarlo sin sacramentos, sin uncion, pobre y desamparado hasta en los últimos instantes, con todas sus imperfecciones

sobre el rostro, como mi familia y yo lo hemos visto á menudo.

El capitan Hall ha tenido ciertamente ocasiones excelentes para estudiar la forma del gobierno y familiarizarse con las leyes, y ademas para recibir sobre aquella y estas los mejores comentarios verbales, en el trato con los mas ilustres varones de la república. De estas ocasiones ha sacado un partido inmenso; nada se ha ofrecido á su vista que no haya obtenido esa especie de atencion analítica que solamente puede prestar un viajero experimentado y filósofo. De aquí el grande interes y la importancia de sus « Viajes ; » pero, si un hombre con igual penetracion visitara los Estados-Unidos, sin mas medios para estudiar el carácter nacional que el comercio ordinario de la vida de todos los dias, yo estoi íntimamente persuadida de que formaria una idea mas baja aun de la atmósfera moral del pueblo anglo-americano que la que manifiesta el capitan Hall; y por otra parte tengo el firmísimo convencimiento de que, si el capitan Hall no se hubiera retenido, todavía hubiese expresado una indignacion mas alta que la que muestra contra muchos puntos del carácter americano que, como aparece de otras circunstancias, tan á fondo conocia. Su regla, juzgando por lo que se ve, ha sido no decir mas de la verdad

de lo que bastaria para grabar una impresion justa en la mente de sus lectores, y causar el menor disgusto posible á la irritable gente de quien escribe. Asienta sus propias opiniones y sus sentimientos, y deja conocer que ha tenido sobrado fundamento para adoptar los unos y los otros; mas se percibe que evita á los Americanos la amargura que el pormenor de las circunstancias hubiera debido producir.

Si á cualquiera se le antojara decir que el orígen de mi opinion es una mala antipatía á doce millones de extrangeros que yo no conozco, sufriré resignada un fallo tan injusto, y ciertamente no iria yo á provocar por mero capricho las injurias que mis ideas me deben grangear. Empero no es una opinion vaga, un sentimiento inútil, mas hai que opinion y sentimiento en mi sacrificio. Yo sé que entre los mejores, mas religiosos, mas benévolos de mis compatriotas, hai centenares, por no decir miles, creidos en su alma y conciencia de que la libertad política y religiosa (tal cual existe entre los Americanos del Norte) seria para nosotros un beneficio. Cuantas veces hubiera yo querido, durante mi residencia en aquella region, que uno de esos concienzudos pero mal engañados pensadores, poseyendo toda la confianza de su patria, pasara unos pocos años en los Estados-Unidos, parte entre las masas del

pueblo que forma los diferentes escalones de aquella nueva sociedad, para lo bastante conocerlas; parte fuera de ellas, mas lo suficiente para poder averiguar las causas y comprender bien la extension de los efectos. Entonces podriamos esperar una leccion saludable que enseñara á nuestros filántropos alucinados á temblar al mas ligero síntoma de poder democrático entre nosotros—una leccion que haria temblar á nuestros mismos sectarios con solo el pensa miento de abatir la iglesia establecida, porque aprenderian á costa de un terrible ejemplo que ella es el baluarte que nos proteje contra los tenebrosos horrores de la supersticion fanática por una parte, y contra los asaltos mas terribles todavía de la incredulidad por la otra. Y mas que todo, ese hombre veria tan claro como la luz, que donde quiera que todas las clases de la sociedad se afanan por adquirir dinero, y ninguna piensa en gastarlo, no queda tiempo para pensar en la honradez ni fuerza para poner en práctica sus severas doctrinas. En un pais en que cada uno está empleado en estudiar, cómo sacar mas ventajas de los tratos que entable con sus compatriotas y amigos; ¿dónde se hallará la clase honrada, para la cual son de necesidad absoluta como introduccion esencial los principios y la observancia de los sentimientos caballerosos?

Que en América haya hombres de poderoso ingenio, de corazon benéfico, y de elevacion de sentimientos morales, cosa es que yo no ignoro, y aun podria, si alguno arrojara el guante, nombrar individuos que nadie en el mundo les lleva ventaja en esas partes; pero ellos son excelentes á despecho de sus instituciones, no en consecuencia de sus instituciones. No son esos los que llaman enredos y falsedades las aserciones del capitan Hall, ni de ellos temo las injurias que van á hacer llover sobre mí estas páginas. Yo confio solamente en que tendré bastante fuerza para dominarme y seguir el egemplo de mi predecesor, que en su obra recientemente publicada con el titulo de « Fragmentos, » asegura no haber leido ninguna de las críticas de los Americanos. Ha obrado con juicio, si ha querido conservar una chispa de sus buenas disposiciones hácia la América del Norte; y al mismo tiempo ha perdido mui poco en punto á utilidad crítica, porque generalmente hablando, se reduce lo mas de lo que han escrito á personalidades groseras ó á quejas contra su ingratitud é inicua conducta, quejas que sorprende ver que haya quien las propale.

Los chistosos párrafos que siguen, extractados de los « Fragmentos » deben en mi entender embarazar mucho á los Americanos. Quizá pensarán que el capitan Hall quiere

picarlos, cuando dice que no ha leido ninguna de sus críticas; mas yo toco en estos pasages la evidencia certera de que ese aserto no se aparta un ápice de la verdad. Si el capitan Hall hubiese leido una *cincuentésima* parte del vituperio con que han intentado desacreditar sus « Viajes » y que yo he tenido la desgracia de hojear, con dificultad se hubiera resuelto á escribir lo que sigue.

Si los Americanos se niegan todavía á cerrar la mano que les ofrece con la honrada llaneza y franca cordialidad de un verdadero *John Bull* (*) de los tiempos de antaño, sin duda son peores de lo que yo los creia.

El capitan Hall, despues de describir la buena acojida y agradable hospitalidad que recibió primeramente en una casa de posadas en Nueva-Yorc, continua asi : — « Si vive todavía nuestra huéspeda, yo espero que jamas se arrepentirá de haber prodigado tantas y tan agradables atenciones á un hombre, que algunos años despues ha tenido quizas la desgracia de hacerse mas *anti-nacional* que él quisiera, en un pueblo á quien tanto debe y á quien realmente profesa tanto afecto. Sin embargo todavía espera con la mas viva solicitud que lo

(*) Como si dijera de un verdadero Juan Manso, de un verdadero Lain Calvo ; pero nosotros, que yo sepa, no tenemos todavía una personificacion admitida ni nacional ni provincial.

crean, cuando les declara, que, habiendo dicho en su última publicacion nada mas de lo que en su juicio era debido á la verdad rigorosa, y á la integridad de la historia, en cuanto sus observaciones y sus ideas alcanzaron, aun conserva, como siempre ha conservado y siempre conservará el mas cordial afecto y buena voluntad á la América.

» Los Americanos estan repitiendo sin cesar que la piedra fundamental de su libertad estriba en la doctrina de que todos los hombres son libres, y tienen el derecho de formarse sus opiniones, y publicarlas con candor y moderacion. ¿Se indica en esa doctrina que un extrangero está excluido de la participacion de tales privilegios? Sino, podré preguntar: ¿En qué he traspasado yo los límites de esos privilegios? Los Americanos no tienen ciertamente derecho para darse por ofendidos, porque mi manera de ver y de pensar sea diferente de la de ellos; no obstante me han asegurado que la prensa de aquel pais me trata á la baqueta. Si no se cree la sinceridad de mis razones, solo diré que soi amargamente calumniado. Si me equivoco, mas digno seria compadecer mi ceguedad política, que irritarse contra mí, porque mis opiniones difieren de las suyas; y si por casualidad tengo razon, la confirmacion mas directa y decisiva de la exac-

titud de mis observaciones, en el concepto de toda persona indiferente, resultará quizás del mismo encono de los que se resienten, cuando les dicen la verdad.

» No obstante pocas cosas, á pesar de todo, serian tan gratas á mi corazon como saber que mis amigos de ultramar aceptaban mi palabra, y que, considerando lo que de ellos he escrito, bajo el punto de vista de las materias públicas á que en efecto pertenece, consentian en contar conmigo ausente, como siempre lo hacian cuando me hallaba entre ellos, y estoi cierto de que me recibirian, si volviera á su pais, como á un amigo particular. Mis opiniones políticas eran diferentes de las suyas, y lo son ahora de la misma manera que entonces; pero deseo con sinceridad que como individuos sean felices, y me alegraré que prosperen como nacion. Como dicen los Persas, ¿Qué mas puedo decir? ¡Ojalá que estas pocas palabras contribuyan á reconciliarme con un pueblo que se alaba justamente de no sufrir la malicia! En cuanto á mí nada tengo que olvidar, porque he evitado con el mayor estudio la lectura de las críticas que de mi libro hayan podido hacer los Americanos á fin de no menguar los sentimientos amistosos que conservo á su pais. Tal vez he perdido la ocasion de instruirme y de rectificar mis primeras im-

presiones, si son erróneas; pero hago tanto caudal de los recuerdos agradables de mi viaje, y de la memoria que ha dejado en mi alma la hospitalidad con que en todas partes fué acojida mi familia, que con razon, ó sin ella, no puedo resolverme á leer cosa alguna que perturbe mis halagüeños pensamientos. Asi que separémonos amigos, ó mas bien volvamos á juntarnos con una amistad ingenua, y si este pobre libro acierta á cruzar las olas del Atlántico, que lo lean sin recordar lo que ha pasado entre nosotros, ó en todo caso sin recordar mas de aquellas partes de nuestras antiguas relaciones, que puedan ser satisfactorias á todos los interesados. » (*Hall's Fragments*, Vol. I, p. 200. (*))

Me parece que es imposible leer no solo estos trozos sino otros muchos de los deliciosos tomitos que contienen los « Fragmentos, » sin apercibirse de que su autor es tan poco digno de la reputacion de rudeza y mala voluntad como el hombre que menos acreedor fuere á tal concepto.

Al leer en América la obra del capitan Hall, la observacion que, si mal no me acuerdo, excitó mas profundamente mi atencion, y que sin la menor duda estaba en harmonía completa con mis propias ideas, es la siguiente :

(*) *Fragmentos de Hall*, 1 vol., pág. 200.

« En todos mis viajes, sea por los paises de los infieles ó por los de la cristiandad, no he tropezado nunca con gente de quien mas difícil me haya sido hacerme entender que los Americanos.»

Yo he hablado en Londres y en Paris con extrangeros de muchas naciones y con frecuencia por medio del obscuro conducto de un idioma apenas entendido; pero no me acuerdo de un caso en que me costara tanto trabajo el explicar mis sentimientos, mis impresiones y mis ideas á los que me rodeaban, como me costaba el que me comprendieran los Americanos. Sea cualquiera el grado de fe que merezca mi veracidad, es imposible que comprenda toda la extension de lo que digo con respecto á ese punto quien no haya visitado aquel pais. Para comprenderse mutuamente las personas que hablan, menos se necesita en mi entender una misma lengua que un mismo modo de pensar, unos mismos hábitos de vida, ó por lo menos cierta harmonía general entre sus ideas y sus costumbres; mientras que en realidad apenas hai un solo punto de contacto ni en simpatía ni en carácter entre los Americanos y nosotros. Pero sin detenernos en las causas, siendo el hecho como yo lo he asegurado, me parece que basta para completar la apología de la obra del capitan Hall contra la cólera

y rabia que ha excitado, y que sus adversarios han expresado tan fuera de propósito y con tan poca dignidad. Ellos no pueden realmente entender ninguna de las ideas del escritor ni apreciar los sentimientos mas triviales del viajero, y por lo tanto no alcanzan á vencerse y creer en la sinceridad de las impresiones que describe. Toman por ironía el candor con que habla y con que sin disputa siente, ó bien desconfian de su veracidad en un todo; rechazan con desden y califican de afectacion la repugnancia que le cuesta herir el amor propio de las personas de quienes ha recibido una acojida cariñosa; y, aunque deben conocer perfectamente en el fondo de sus corazones, que los ha tratado con muchísima menos severidad de la que habria podido hacerlo sin injusticia, y que estaban infinitamente mas á su merced de lo que él ha querido manifestar, pretenden, hasta entre ellos mismos, que ha exagerado los vicios de su carácter y de sus instituciones; cuando la verdad es, que les ha dado cuartel con un grado de compasion que hace honor á su índole, por mas que ellos no la merezcan; y que al mismo tiempo ha ensalzado sus méritos con la mayor habilidad, siempre que ha encontrado cualquiera cosa que se ha prestado ligeramente á la alabanza. Es fácil comprender porque los principios *toris* que manifiesta el capitan Hall,

incurren en la desaprobacion de los republicanos de América, especialmente (y esto con mui dudoso tino en cuanto á la parte mercantil de la librería, atendido el espíritu reformista de nuestros tiempos) especialmente, decia yo, abrazando una causa y haciendo una profesion de fé política, en que usando la frase quentuqueña « va á todo el cochino, » ó como si dijeramos, echa el resto, y declarando abiertamente en su capítulo final que no solamente sostiene firme y resueltamente la « Iglesia y el Estado (*), » sino que entiende que la cámara de los comunes de Inglaterra es, ya que no un dechado de todas las perfecciones, por lo menos, la mas perfecta, y mas propia para representar el pueblo tal cual la práctica enseña que el pueblo puede representarse. Un tori antireformista tan franco y decidido debia naturalmente parecer una monstruosidad abominable queriendo juzgar las obras del sistema democrático americano, y en efecto como tal ha sido considerado en América, y á lo que he alcanzado á comprender en la misma Inglaterra. La experiencia que el capitan Hall ha adquirido en veinte ó treinta años de viajes por todo el mundo, en nada cuadra á los radicales ni del uno ni del otro lado del Atlántico;

(*) *Church and State,* divisa de los *Toris,* es decir : del partido ultra-aristocrático de Inglaterra.

al contrario, á proporcion del valor de esa autoridad que proviene de la observacion, se irritan de ver que ha añadido su peso contra ellos en la balanza. Si el capitan Hall no se hubiera convertido con lo que ha visto en la América septentrional, abandonando el partido de los *Whigs*, cuya fé profesaba y de cuyos principios ha dado testimonio en su descripcion de la América del Sur, su libro habria sido mucho mas popular en Inglaterra, durante el período de estos dos últimos años de excitacion pública : quizas pasará largo tiempo sin que se haga justicia á la obra del capitan Hall, pero acaso no será menester tanto para que en nuestra patria se reconozca su mérito y se fije en ella la atencion nacional.



CAPITULO XXXII.

Expedicion al Niágara. — El Hudson.—West-Point ó Punta de Oeste. — Hyde-Parque. — Albania. — Yanquies. — Cataratas de Trenton. — Róchester.— Saltos de Genesia. —Lockport ó Puerto-Lock.

❋

¡Cuán raudamente se deslizan las horas y semanas en una ciudad como la de Nueva-Yorc, especialmente cuando se disfruta de la amistad de algunas personas, que son del trato mas agradable que hallarse puede en ambos hemisferios! Pero todavía nos quedaba que emprender un largo viaje y que ver una de las maravillas del mundo.

El dia 20 de mayo nos pusimos en marcha para el Niágara. Tanto habia yo oido ponderar la hermosura extraordinaria y superior del rio Norte, que temia llevarme chasco, y encontrar mezquina la realidad despues de tan pomposas descripciones. Mas no alcanza la elocuencia humana á describir bien con todos sus esfuerzos los encantos de la naturaleza en cuadros como los que presenta el Hudson. A cada milla se descubre una combinacion nueva y

sorprendente de rocas, árboles y agua : desde el momento en que se emboca el rio por Nueva-Yorc, hasta que se deja en Albania, siendo de 180 millas la distancia que se atraviesa, no se observa la mas ligera interrupcion de vistas pobres ó de paisages áridos.

Por espació de veinte millas sobre la izquierda, presenta la márgen de la Nueva-Jersei, una muralla de roca, que por su forma perpendicular y sus hendiduras lineales llaman las Palizadas. Esta muralla se suele levantar hasta la altura de ciento cincuenta pies, y á veces se hunde en una profundidad de veinte. Cortan aquí y allí su uniforme semblante corrientes de agua que se precipitan por las grietas de las peñas, como serpientes de cristal; y por todas partes la brillante verdura del follage con la gala y esplendor del clima y de la sazon guarnece y taracea el sombrío valladar. En la orilla opuesta forma un contraste delicioso con los peñascales de enfrente la isla del Manhaten con su hojosa diadema tachonada de quintas y mansiones rústicas.

Pasada la isla, la ribera oriental va tomando por grados un carácter salvaje y montañoso, pero mui variado : bosques, prados, llanuras y encastilladas lomas, todo va presentándose á los ojos del viajero por una sucesion rápida,

conforme el gigante vapor va subiendo la corriente con su ordinaria velocidad.

El viaje durante muchas millas inspira un interes considerable, que es independiente de la magnificencia de la perspectiva, porque se pasa por varios puntos que fueron teatro de acontecimientos importantes de la guerra de la revolucion.

No pude mirar sin afliccion el sitio donde fué cojido el pobre André, ni el lugar de su egecucion.

Algunos fuertes, generalmente situados en las posiciones mas dominantes, muestran todavía en sus ruinas despedazadas por el cañon los sitios, donde fué lo mas reñido de la contienda. No dejé yo de experimentar, al contemplar aquellos escombros, el interes moral de que carece el territorio de un pueblo nuevo, interes sin el cual no hai viaje en mi sentir que dure mucho tiempo sin cansar el espíritu.

A unas cuarenta millas de Nueva-Yorc se entra en las Tierras-Altas ó « Highlands, » como llaman una cordillera de montañas que costea el rio por uno y otro lado. Solamente viendo aquel sitio, se puede comprender su hermosura. La imaginacion pudiera figurarse sin violencia que las masas caprichosas que ha agrupado allí la naturaleza, y sus innumerables accidentes de luz y sombra tienen por objeto

formar el dechado de un tránsito ameno por medio de rocas, de bosques y de aguas. Tal vez se levanta de repente un pico que esconde su punta en las nubes, ó aparece como un magnífico relieve engastado en la superficie del cielo ; luego se abre un hondo barranco, en cuyas hojosas quebradas y obscura sima se pierde el pensamiento. Por espacio de algunas millas parece que el rio forma una sucesion de lagos ; á menudo se encuentra el pasagero encerrado por todas partes en medio de un arco de rocas tajadas que suben desde las mismas márgenes del rio, y luego que da la vuelta á una punta, la corriente sesga y vuelve á servir de espejo á nuevos sotos, praderas, y aldeas ó rancherías que se retratan en el fondo sereno de sus aguas.

La cárcel de estado de Canta-Canta (« Sing-Sing »), está edificada sobre la orilla misma del rio sin ornamento ni belleza para templar las imágenes tristes que sugiere. « La Cueva del sueño » de Washington-Irving, que está por cima de la prision, restablece la tranquilidad en el corazon y refresca la fantasía con inspiraciones mas alegres.

La Punta-de-Oeste, donde está la escuela militar de los Estados-Unidos, dista cincuenta millas de Nueva-Yorc. La escena que rodea el establecimiento es magnífica, y aunque los edi-

ficios de la institucion estan construidos con la hermosa sencillez y clásica regularidad que señalan siempre las obras de los gobiernos, se hallan situados soberbiamente, y tan ceñidos de bosques que ofrecen un aspecto bellísimo. Las notas prolongadas de una corneta, que yo presumo que dirijia las maniobras del egercicio de los alumnos, resonaban con penetrante y solemne dulzura, al tiempo de pasar nosotros por delante.

Como á unas treinta millas mas lejos está Hyde-Parque, asiento magnífico del doctor Hosack. La cumbre nebulosa del remoto Kaatskill empieza á formar allí la línea de contorno de la perspectiva : seria difícil imaginarse recinto mas ameno y pintoresco. En aquel parage pasamos un dia con muchísimo gusto, y al otro dia por la mañana volvimos á cortar las aguas en una de las fondas flotantes que llaman barcos de vapor. O este dia, ó el anterior tuvimos á bordo doscientos pasageros en la gran cámara, y todos se sentaron juntos á una mesa cubierta abundantemente y con muchísima elegancia. Una succesion continua de quintas de familias ricas, muchas de ellas extremadamente lindas, guarnece las márgenes del rio hasta Albania, á donde llegamos ya mui entrada la noche, pero no nos costó trabajo hallar una excelente posada.

Albania es la capital de estado de Nueva-Yorc, y posee varios edificios públicos mui buenos : allí se encuentran todavía algunas reliquias curiosas de los antiguos colonos holandeses.

De Albania salimos en una diligencia que nos condujo á distancia de diez y seis millas, porque quisimos evitar el sin número de esclusas que embarazan la entrada del canal del Erie. En Escenéctedi nos embarcamos en uno de los *paquebotes* del canal para Utica.

Este modo de viajar puede ser mui agradable con una sociedad escojida y á gusto, un tiempo sereno y templado, y un viento fresco que ahuyente los mosquitos ; pero me es casi imposible trazar en mi imaginacion un motivo de comodidad que fuera suficiente para decidirme en circunstancias ordinarias á volverme á embarcar en semejantes *paquebotes*. Como las conveniencias son tan escasas, no hai Americano que, al poner el pie en el barco, no muestre en todas sus acciones un sistema de egoismo inflexible. La biblioteca, como llaman á un estante con diez ó doce libros, la mesa de chaquete ó tablas reales, los estrechísimos camarotes, la sombra de la cámara principal, todo se lo disputan de un modo que os hace envidiar la suerte del caracol : á lo menos yo

hubiera cedido entonces algo de mi dignidad humana, por el privilegio de encerrarme en una concha que hubiese sido mia, y solamente mia. A quien no ha oido en sus viajes sino cumplimientos, y le han dicho en todas partes: « Sentaos aquí ; en este sitio ireis con mas comodidad, » debia parecerle poco harmonioso el «ese es vuestro lugar, yo he cojido este primero. »

En las mugeres del Norte de América se nota cierta calma (hablo de las maneras exteriores de las que se encuentran por casualidad) que nunca llamaré yo dulzura. En los momentos de prueba, como por egemplo los de *fijarse* á bordo de un *paquebote*, los hombres andan listos, obran resueltos, y comprometerán la comodidad de cualquiera, con tal que ellos no arriesguen lo mas leve de la suya. Las mugeres son rudamente obstinadas, y hasta que se termina el arreglo de las colocaciones, parecen puercos espines con todas las púas levantadas, y puestas en facha para impedir que se acerque nadie que pueda disputarles su acomodo. En circunstancias en que una Inglesa pareceria orgullosa, y una Francesa *nonchalante* (*), una dama americana parece enojada : hasta las muchachas mas lindas sacan el labio,

(*) Indolente.

fruncen las cejas y ponen un ceño tan áspero é intratable como sus bisabuelas.

Aunque no atravesabamos por el territorio de los Yanquies (« Yankees ») ó la Nueva-Inglaterra) pasabamos sin embargo bastante cerca para encontrar en las diligencias y barcos muchos modelos divertidísimos de esa raza singular. Yo por mi parte amo sobre manera á los Yanquies, pero confieso que no quisiera tener con ellos la mas ligera relacion de negocios, y que los evitaria con todo empeño cuanto posible me fuera, por no experimentar la verdad de su propia frase, á saber que no « fuesen demasiado agudos para mí. »

No es raro en estos tiempos trabajosos de nuestro mundo tropezar en todas partes con gentes, que llevan la agudeza hasta el lindero de la honradez, y aun á veces con quien tal vez salta un poquito al otro lado ; mas yo creo que el Yanquí es el único entre todos los mortales que haga alarde de saltar á pie juntillas la barrera del honor y la probidad. No es cosa fácil dar una idea clara y exacta de lo que es un Yanquí : si oís definir su carácter á un Virginiano, lo creereis el diablo ; si se os pintan ellos mismos, los tomareis por unos dioses, aunque un poco mañeros — Mercurio convertido en ciudadano notable y hecho hombre de bien. Matthews los ha representadomui bien

con respecto al, « Yo espero »—« Yo calculo » —« y se me antoja ; » pero eso no es mas que la concha : mucho se esconde en ella de dulce y de amargo. En astucia, cautela, industria y perseverancia, se asemejan al Escoces ; en costumbres de pulcritud frugal, se parecen al Holandes ; en el amor del lucro se identifican con los hijos de Abraham ; en la admision franca, y admiracion superlativa de sus cualidades y carácter no hai mas que ellos sobre la haz de la tierra.

Los cuáqueros han sido celebrados por el ahinco imperturbable con que evitan dar una respuesta directa ; ¿ pero qué cuáquero podria habérselas con un Yanquí en esta especie de esgrima ? En efecto nada puede compararse con su extraordinario ingenio para eludir una pregunta, excepto la habilidad con que las hacen. Mucho temo echar á perder una conversacion que oí á bordo del *paquebote* del canal de Erie, ó quitarle su gracia, olvidando al referirla alguna de las palabras delicadamente dobles, cuyo disimulo me deleitó mucho, no obstante que no perdí tiempo para escribirla. Los dos interlocutores eran Yanquíes, pero no se habian visto antes, ni tenian motivo tampoco para conocerse de oidas. Uno de ellos, despues de haberse informado poco á poco del punto de donde cada uno de los pasageros que iban á

bordo, procedia, á donde se dirijia, y por qué causa, y con qué objeto, dió por último con la horma de su zapato.

— « Y pues, dijo el preguntador sempiterno á su hermano Zorrilla, ¿á dónde bueno por este rumbo?

— *Espero*, respondió su compatriota, que este canal corre bien hácia poniente.

— Y ¿se sigue hasta mui lejos?

— Por ahora no sé cuántas millas podrán ser á punto fijo.

— *Espero* què vendreis de Nueva-Yorc.

— Ciertamente que he estado muchas y muchas veces en Nueva-Yorc.

— Entonces *calculo* que no residís allí.

— Allí se puede hacer negocio residiendo ó yendo de paso.

— Bien lo podeis decir. Pues entonces veo que vais á las Fuentes (« the Springs »).

— La gente, segun dice todo el mundo, se deja ir hácia allá; debe ser cosa buena de ver, *espero*.

— ¿ *Calculais* deteneros mucho, cuando llegueis al término de vuestro viaje?

— Eso depende de mis negocios, y de la manera que se presenten.

— Se me *antoja* que teneis razon. Pero sin duda yo *calculo* que no dejará de tener parte

en vuestra expedicion algun objeto de placer, *espero* yo.

— No es línea en que entran á menudo mis quehaceres.

— Entonces no os debe llamar el sitio por esa línea.

— Las Fuentes es un sitio mui lujoso, me *parece*.

— *Calculo* que es vuestra salud lo que os hace salir de vuestra vida arreglada.

— La salud no me inquieta mucho, me *parece*.

— ¿No? Pues tanto mejor. ¿Cómo andan los mercados? ¿Han subido las harinas?

— No podré responderos con exactitud.

— Se ha hecho bastante dinero, buscando el artículo en la cabeza del manantial.

— Bien podeis decirlo.

— Pensais ver si se hacen grandes empleos en los productos del pais?

— *Espero* que costaria trabajo el saberlo.

— Yo *calculo* que hallareis los mercados mui variables estos dias.

— Los mercados no estan mui frecuentemente sin variar.

— Y que es mucha verdad. ¿Cuál puede ser vuestro principal artículo de productos?

— *Calculo* que generalmente mi principal artículo es el en que empleo mas.

— Bien decis. Pero ¿qué ramo es el que principalmente llamais vuestro ramo particular?

— Eso es lo que yo no puedo decir á punto fijo.»

Y de este modo continuaron su diálogo mis dos Yanquies sin adelantar ni ceder un palmo de terreno, mientras yo no me cansé de oirlos; pero al fin no pudiendo soportarlo mas tiempo, los dejé mui enfrascados en él, y salí de la cámara á ocupar mi sitio sobre un arcon de la proa del *paquebote*, donde asenté en mi libro de notas el citado egemplo de la conservacion yanquí.

El cauce abierto para el canal del Erie corre gran trecho por medio de rocas sólidas, y asi pasamos muchas veces por entre magníficas montañas. Las cascadas del Mohauca forman un cuadro interesante; los peñascos por donde el rio se precipita, ofrecen á la vista las formas mas fantásticas. La cascada ó caida continúa por espacio de cerca de una milla, y sobre la orilla se levanta una ranchería preciosa que llaman los Pequeños-Saltos. Como en aquel punto hai tantas esclusas, dejamos el barco, para mejor disfrutar las hermosas vistas de la perspectiva, que ofrece algunas veces los cuadros mas salvajes. Lo mismo hicieron otros va rios pasageros, y yo me divertí mucho con uno

de nuestros Yanquies, que nos acompañó mui cortesmente, señ al ándome la esterilidad y abandono del pais, y excusando á sus compatriotas de la tacha que sobre ellos podia caer, con decir que la propiedad que veiamos, habia pertenecido á un Ingles; « y perdonadme, señora, continuó nuestro acompañante, pero cuando *el Ingles toma* una posesion de terreno agrio como este, no *saben ellos* aprovecharlo como nosotros; ahora lo *vendieron* el Ingles, y si lo vierais de aquí á cinco años, no lo conoceriais. Apostaré yo que pronto salen de esos andurriales diez ó doce factorías : verdaderamente es una vergüenza dejar ocioso un privilegio de agua como este. »

Llegamos á Utica á las doce del dia siguiente, un poco asados con el sol durante el dia, y algo mas que cocidos con el calor de una cámara embutida de pasageros por la noche : gracias al zumo de limon y al agua de nieve (sin azúcar) que no nos sacaron convertidos en momias del dichoso *paquebote;* porque en efecto yo creo que sin ese delicioso cordial, los abanicos de pluma y el agua de Colonia, todos nos hubieramos ahogado. El termómetro estaba á noventa grados.

A las dos salimos de Utica en un carruage abierto mui agradable, para visitar las cataratas de Trénton, distantes catorce millas de un

camino delicioso. La celebridad de estas cataratas se ha extendido de tal manera en los últimos años que solo ceden en fama al salto del Niágara. La Crica ó corriente occidental del Canadá, que el mapa representa como un arroyuelo insignificante, se abre paso por medio de un cauce de rocas, y en muchos puntos sube á la altura de ciento y cincuenta pies ingleses (*). En la cumbre hai una selva de enormes cedros, y muchos de ellos, que pertenecen á la especie del cedro blanco que deja caer sus ramas como el sauce lloron, crecen en las hendiduras de la montaña, y en varios sitios casi bañan su obscuro follage en el torrente. La roca es de una piedra caliza de color ceniciento, y suele presentar una superficie unida semejante á una muralla. Cerca de la posada hai una rampa mui pendiente y con escalones mui peligrosos, que baja hasta la madre de la corriente : allí os creeriais encerrados en una profunda sima de roca sólida, sin otra abertura aparente que la del cielo. El torrente se precipita con una rapidez inconcebible, y sus aguas, negras como la noche, corren tan al nivel de la peña donde estais, y esta se adelanta con tal perfidia, que nada os advierte el peligro. En los tres años últi-

(*) El pie ingles es algunas líneas mas corto que el nuestro.

mos dos jóvenes, á pesar de hallarse en medio de sus familias, dieron un paso mas y desaparecieron para no volver jamas sobre la tierra, como si hubieran sido presa del poder mágico del genio de las aguas. La ancha plataforma que sirve de pie á la escalera, se extiende un poco á lo largo, y de repente parece que la muralla perpendicular de la montaña detiene vuestros pasos; pero el espíritu de arrogancia que excita siempre la mente del hombre, no conoce freno ni barrera: « La raza temeraria de Japeto » no puede ser contenida ni por rocas ni por torrentes. Con el auxilio de algunos barrenos de pólvora, han hecho saltar un gran pedazo de montaña, para formar una especie de esplanada alrededor de un punto, y asi, cuando se dobla la extremidad de ella, se ofrece á los ojos del viajero un mundo de cataratas que saltan todas juntas con un magnífico desórden. Sin embargo para acercarme siquiera al punto desde donde se puede contemplar su sublime juego, sufrí considerablemente; hai afianzada en la roca una cadena que sirve para sostenerse, al arrastrarse por aquel precipicio desvanecedor, y á mí me sirvió en efecto en el esfuerzo que hice para adelantar algun terreno; pero se acabó la cadena, y sin ella menguó mi valentía, aunque los demas continuaron ganando espacio, y volvieron contando maravillas

de la sublimidad de la escena, cuya grandeza iba creciendo mas y mas. Mis pobres rodillas me flaquearon, la cabeza me daba vueltas como un remolino, y por lo tanto, mientras los demas ganaban la vuelta de la roca, yo tuve que sentarme y esperarlos en la plataforma de la escalera.

Ciento y cincuenta pies de rocas negras y peladas á un lado, al otro una elevacion igual coronada por una banda solemne de corpulentos cedros, un torrente insondable bramando en aquella cárcel, los vivos recuerdos de la leyenda pavorosa del recinto, la idea de que mis hijos estaban al borde del horrible abismo que acababa yo de dejar.... ¡qué combinacion tan lúgubre de imágenes y pensamientos! Y aun no se habia completado el horror de aquella mansion del espanto. A poco de haberme sentado, sacudió la atmósfera un trueno tan horrísono, que al repetirlo sucesivamente por todas partes los ecos del hondo precipicio, pareció que las montañas habian sido arrancadas de sus eternos fundamentos. Yo creí que el suelo donde me habia sentado retemblaba; pero el efecto total fué tan superior en sublimidad, que ni aun tiempo me dejó la admiracion para sentir el miedo. Mis hijos volvieron inmediatamente; y todos juntos contemplamos con entusiasmo el aparato sombrío, conque

cubrieron las nubes de un velo espeso la boca del abismo, y el estruendo rival del torrente y la tempestad, saboreando enagenados esa deliciosa exaltacion de espíritu qne hace arrostrar los peligros y aun provocarlos. Unas cuantas gotas sumamente gruesas, présagas de la lluvia que iba á caer, nos asustó mas que todos los horrores de la escena anterior, ó por mejor decir, nos volvieron el sentido, y nos retiramos por la espantosa escalera, llegando á la posada felizmente sin agua y sin accidente alguno. Al dia siguiente nos levantamos mui de mañana; la tempestad de la noche pasada habia refrescado el aire y contribuido á reparar nuestras fuerzas. Nuestra jornada fué por diferente camino, y en vez de bajar como antes, atravesamos la tenebrosa selva, subiendo la ladera de la montaña, pero bastante cerca del borde del derrumbadero para ver de cuando en cuando las escenas de su profundidad. Al cabo de algun trecho, la senda comienza á bajar, y va hasta una especie de puerto de que ha hecho célebre mencion Miss Sedgwick en su Clarenza ó « Clarence. » Este punto es el mas bello de las cataratas. Tiene una pequeña balaustrada por el frente que le sirve de balcon, la cual está literalmente colgada sobre el tremendo cáos. Aunque es una baranda endeble, inspira la confianza de la seguridad, en que se

cree cualquiera que se asoma á ella : yo me acuerdo que experimentaba la misma sensacion que habia experimentado antes, viendo por una verja altísima un toro enfurecido que estaba al otro lado. Las paredes de esta glorieta estan cubiertas de nombres autógrafos, y yo me sentí mui acosada de la risa, al contemplar ese juego de la vanidad, cuando un individuo de nuestra reunion descubrió entre los innumerables garabatos que llenan la roca : — « *Trollope, England*, » es decir « Trollope, Inglaterra. » Los bien conocidos caractéres fueron saludados con tanto placer que no pienso volverme á reir jamas de que cualquiera deje su nombre, donde sea posible que un amigo lo encuentre.

Volvimos á comer á Utica, y nos hallamos con que era menester que aguardaramos la diligencia de Róchester que debia salir al dia siguiente, ó que nos resignaramos de nuevo á soportar los tormentos del *paquebote* del canal. Nuestra impaciencia nos indujo á preferir el segundo partido, no mui prudentemente en mi sentir, porque las incomodidades se acrecentaban por instantes para nosotros. Los distritos de Oneida y Genesia son en extremo hermosos ; pero si no hubieramos vuelto por otro camino, mui poco hubieramos podido contar de ellos. Desde el canal nada se ve

bien, y, hablando en plata se ve poquísimo. Yo creo que toda mi diversion se redujo á oir nombres. Una ciudad, que consiste en la taberna donde se vende el huisqui, y otro tendajo de mala muerte, se llama Puerto-Byron. El primer nombre que yo vi en Roma escrito sobre la puerta de un bodegon, fué el de Remo, cosa que hacia infinito honor á la instruccion clásica de los padrinos y madrinas del establecimiento; pero seria nunca acabar ir refiriendo las sandeces sin fin de esa especie que nos salian al encuentro. Al segundo dia de haber salido de Utica, llegamos por la mañana á Róchester que dista ciento y cuarenta millas, y confirmamos nuestra resolucion de no volver á poner los pies en ningun barco de canal, á lo menos, en América.

Róchester es una de las ciudades mas famosas que se han construido por el plan de los edificios á la ligera. En efecto contiene muchos de madera que son magníficos, y mas casas, almacenes, factorías y máquinas de vapor que se han levantado jamas en un espacio igual de tiempo al que se ha gastado en alzar esta ciudad; pero me dijo uno de mis compañeros de viaje, que todavía estaban por arrancar en las bodegas los troncos de los árboles cortados para edificar sobre el terreno del bosque.

El salto de Genesia está junto á la poblacion y dentro de unos cuantos meses estará quizas

en el centro de ella. Es una soberbia cascada, que cae perpendicularmente de una elevacion de ciento sesenta pies ingleses; pero yo la ví por la ventana de una factoría, y como no me gustaba aquella manera de verla, me condujeron mui urbanamente á la puerta de un molino de aserrar: en suma, han sacado tal partido y con tanto ingenio del gran privilegio de agua, que no hai un sitio donde su voz y su movimiento se encuentren confundidos con la voz y el movimiento de la admirable maquinaria de esta floreciente ciudad.

La catarata de Genesia ha adquirido fama por haber sido donde el loco aventurero Sampatch dió su último y fatal salto. Ya habia saltado otra vez, y habia logrado volver sobre el agua y ganar la orilla del rio perfectamente salvo; pero la última vez lo vieron vacilar al precipitarse, y no lo vieron ya mas. Parece que habia tenido algun presentimiento de su suerte, porque, habiendo llevado siempre consigo un oso, que era su compañero en todas esas aventuras de precipicios y torrentes, y que se arrojaba al agua detras de él, saliendo tambien con él sin lesion, lo dejó encargado este dia á un amigo, á quien legó su posesion, en caso de que no volviera. Nosotros vimos el oso que mantienen y cuidan en la fonda principal de Róchester — soberbio animal, y el mas manso que he conocido de su especie.

Desde aquí empezó nuestra expedicion á tomar un aspecto mas montaraz y salvaje. A uno y otro lado del camino no se ve mas que selva, y la aparicion de alguna que otra choza es un rarísimo evento. Afortunadamente la senda fué buena durante la mayor parte del dia, porque es un arrecife que corre á lo largo de la loma, cuya cima ofrece ese sendero natural. Esta cordillera tiene una elevacion mui extraña, y la opinion mas en boga acerca de ella es : que antiguamente formaba la linde del Lago-Ontario, junto al cual pasa. Cuando se acabó la loma, se acabó el camino, y lo restante de la jornada hasta Puerto-Lock que corre por un terreno pantanoso y lleno de troncos que cortan el paso á cada instante, fué martirio de que, á buen librar, salimos con muchos coscorrones y todas las coyunturas de nuestros magullados cuerpos casi dislocadas.

Puerto-Lock es sobre toda comparacion el pueblo mas raro que yo haya visto en mi vida. Tan pronto como abatian una media docena de árboles, levantaban uua *factoría;* los troncos disputan aun el terreno á las columnas, y los pórticos se ven luchar con las rocas. Parece que el espíritu de la maquinaria, habiendo invadido los pacíficos dominios de la naturaleza, haya fijado en Puerto-Lock su campo de batalla para disputarle el señorío.

El genio insiste en querer trazar un cauce para que el rio siga un rumbo, aunque la buena madre ha dirijido siempre su marcha alegre y bulliciosa por otro; hasta las montañas caen bajo sus pies, y toman la forma que les imprime su voluntad soberana. La batalla ha sido perdida y ganada. La naturaleza ha sido completamente vencida y arrojada del campo, y el demonio que cruje, silba, hiende y raja y todo lo modifica, ha tomado posesion de Puerto-Lock para siempre.

Aquí dormimos bastante mal. Yo nunca me he sentido tan de mal humor contra lo que llaman los Americanos mejoras: el pueblo, tal cual está actualmente, es en realidad un pueblo horribilísimo, y yo confieso que lo dejé con el mayor placer.

Nuestra jornada inmediata fué Lewiston. Durante el tiempo que empleamos en andar algunas millas antes de llegar al descanso, tuvimos la satisfaccion de ver la frontera inglesa que saludamos con regocijo.

Aunque mui distante, se ve perfectamente el monumento erijido al general Brock en una eminencia vecina á la Puebla de la Reina (Queenstown).

Almorzamos en Lewiston, pero cada taza de café se nos antojaba un pecado: tanta era ya nuestra impaciencia y tanto se aumentaba,

conforme nos acercabamos al término de nuestra larga romería, por llegar á la urna santa que la naturaleza parece haber depositado tan lejos de sus adoradores, con el fin de probar la fuerza de su devocion.

Solo nos faltaban unas cuantas millas para tocar el pie del altar, pero tuvimos que atravesar un paso de barca, porque nos determinamos á gozar de la primera vista en territorio ingles. El rio Niágara es mui hermoso por aquella parte; las orillas son escarpadas y ásperas, con una riqueza de colorido y esmalte no solo en las rocas sino en los bosques y breñales que las cubren; y el agua es brillante, clara é indeciblemente verde.

Al pasar la barca, uno de los pasageros hizo varias preguntas al muchacho que la conducia acerca de la batalla de la Puebla de la Reina (Queenstown); su poca edad no le permitió recordar muchos pormenores de aquel evento; pero era ingles, y sus respuestas llevaban el sello bien impreso de la lealtad británica. Preguntóle entre otras cosas el viajero, si los ciudadanos de los Estados-Unidos no habian sido arrojados al rio desde las alturas.

« — ¿Porqué no? Muchos lo fueron; pero era justo enseñarles que habia agua entre nosotros, y ya veis que eso podia contribuir á que

se estuvieran quietecitos en su casa y no vinieran á incomodarnos en la nuestra. »

¡ Nuestra casa! ¡Qué interes no despertaba esta frase á cada milla! ¡ Nuestra casa! Sin la idea halagüeña de contemplar si no « nuestra casa, » á lo menos nuestro territorio, hubiera procurado dormirme, para engañar el tiempo que aun debiamos tardar en ver la catarata del Niágara.

Empero era una delicia para mí ver encinas inglesas, y habitaciones inglesas y niños ingleses. Las muchachas, como si hubieran tenido la intencion de convencernos de que no eran hijas de ciudadanos, nos hacian reverencias y cortesías cuando pasabamos, y ese ligero golpe de una urbanidad tanto tiempo desconocida nos produjo una emocion grandísima. « ¡ Mamá! mamá! ¿ esas lindas niñas parecen inglesas? ¡Cómo me gustan! ¡Dios las bendiga!» fué la exclamacion que arrancó su vista á mi familia.

CAPITULO XXXIII.

Niágara. — Llegada á *Forsythes*.—Primera vista de las cataratas.—Isla de la Cabra.—Corrientes.—Búfalo.—Lago-Erie.—Aventuras de la diligencia.



Por fin llegamos á Niágara. El dia era de los mas brillantes que puede dar el mes de junio, aunque cualquiera dia me hubiese parecido brillante, al contemplar por primera vez lo que por espacio de tantos años habia yo ansiado ver con tanto ardor.

El ruido del Salto no se percibe hasta que se está cerca de la posada que lo domina. Al entrar por las puertas se ve al otro lado por medio del salon un espacio abierto, rodeado de galerías, puestas unas sobre otras, y al instante comprendimos que desde allí se veia el gran prodigio.

Yo temblaba como una tonta, y mis niñas se asieron á mí temblando tambien, pero me parece que en nuestros rostros debia brillar el contento. Encontramos un mozo que simpatizó en cierto modo con nosotras, y no nos dejó

correr á la primera galería, como teniamos intencion de hacer, sino que nos condujo á una galería superior que ocupamos al instante, descubriéndose de una vez á mis ojos todo lo que habia yo anhelado ver, deseado contemplar y aun en que habia soñado tanto tiempo.

No es para mí siquiera el hacer una tentativa para describir la maravilla del Niágara; conozco que no poseo las fuerzas que se necesitan para bosquejar tan sublime cuadro.

Despues de haber dado una mirada larga é insaciable, dejamos la galería, para acercarnos todavía mas, y al salir de la casa tuvimos la buena fortuna de encontrar al cumplido autor de « Cyril Thorton, (*) » que nos habia sido presentado en Nueva-Yorc. Este caballero estaba allí algunos dias, y sabia perfectamente á dónde y cómo nos habia de llevar. Si algun mortal hai que pueda describir la escena que admiramos entonces, ciertamente es nuestro compatriota, y yo espero que lo hará. En cuanto á mí, solo diré que me abrumaron completamente el pasmo, el terror y las delicias.

Solo acertaba á llorar, y mis lágrimas procedian de una mezcla extraña de placer y dolor : durante un largo intervalo, mi *físico* se afectó de una manera tan violenta que no me

(*) Novela inglesa mui interesante.

sentí mui dispuesta para las sensaciones agradables; mas luego que se calmó la emocion de los sentidos y que logré recobrarme algun tanto, gocé á la verdad de un deleite indefinible.

Decir que mis esperanzas no se frustraron, seria valerme de una expresion demasiado floja para dar un indicio siquiera de la sorpresa y asombro que produjo en mi alma aquella escena, en que habia yo soñado tanto tiempo. Para mí tiene mas que su inmensidad : allí se oculta mas que los ojos ven y los oidos oyen; un misterio confuso vuela alrededor de tanta maravilla que ni aun á la imaginacion le es dado penetrar; pero yo no me atrevo á detenerme en este punto : la materia es peligrosa, y querer describir las sensaciones que yo experimenté, seria arrojarme en el abismo del delirio.

En el Salto puede decirse con toda exactitud que no hai mas que ver que el Salto. No hai allí como en Trenton soberbias rocas ni selvas encumbradas; todo lo que se ve se reduce á la catarata; pero es la catarata de un Océano, y si estuviera hacinado en cada orilla un monte Pelion sobre cien Osas, no quedaria tiempo para mirarlos.

El estruendo es mucho menor de lo que yo me habia figurado. Cuando se está junto á la

misma caida del agua, puede cómoda y distintamente oirse una conversacion sin levantar la voz sobre el tono ordinario. A mí me parece que la causa de esta diminucion de estrépito consiste en que no cae el Niágara inmediatamente sobre rocas, como el Potomac cuyo ruido es infinitamente superior, sino que se precipita directamente y sin romperse, excepto con su mismo rebote. El color del agua, antes de que su repercusion misma la esconda bajo una atmósfera de espuma y niebla, es del verde mas brillante y delicado. La violencia de su impulso la arroja lejos y describe una larga línea, antes de comenzar la curva de su caida, siendo el efecto de la luz, que sin cesar muda sus colores prismáticos al pasar aquel arco transparente, la vista mas hermosa que darse pueda.

Bajamos hasta el borde del golfo que recibe el torrente, y desde allí miramos de perfil la herradura que forma el Salto. Parece una audacia terrible acercarse tanto, mas todavía pararse y aun mas alzar los ojos para contemplar su inmensidad. El punto, en mi entender, de que es imposible que pueda formarse idea quien no haya visto la catarata, es el centro de la herradura. La fuerza del torrente se quiebra en aquel punto, y la tremenda masa de las aguas, rodando, retorciéndose y enroscándose al desprenderse para caer, sugiere el pensa-

miento de una pujanza irresistible, de que ningun otro objeto me ha inspirado jamas una confusa imágen.

La siguiente anécdota, que oí á persona fidedigna, dará alguna idea de esa terrible fuerza.

Despues de la última guerra americana, tres de nuestros buques pertenecientes á la estacion ó apostadero del Lago-Erie fueron declarados inútiles para el servicio, y por consiguiente condenados. Algunos oficiales de sus dotaciones consiguieron el permiso de precipitarlos, haciéndoles saltar las cataratas del Niágara. El primero se hizo astillas en las corrientes; el segundo se sumerjió antes de llegar al Salto; mas el tercero que estaba en mejor estado, saltó con denuedo y conservó su forma, hasta que desapareció bajo la nube de vapores que cubre el fondo del precipicio. Ofrecióse una recompensa de diez dólares al que presentara el mayor fragmento de cualquiera de los tres buques naufragados, cinco por el fragmento que se siguiera á este, y asi sucesivamente. Solo se pudo descubrir un trozo, y ese que vendria á tener cosa de un pie, estaba como machacado en un yunque, y sus orillas mordidas con la forma de los dientes de una sierra. ¿Qué habia sido de la cantidad inmensa de madera que se habia precipitado? Qué remolino desconocido la habia tragado de modo

que, contra las leyes comunes de la naturaleza, no habia aparecido sobre la superficie ni el mas leve vestigio de una cantidad tan grande de materia flotante?

A otro lado del arco de la catarata está la isla de la Cabra, y al otro lado de la isla de la Cabra, el Salto americano, atrevido, recto y cubierto de espuma como nieve en su lucha con las rocas que le disputan el paso; pero no se aproxima ni en sublimidad ni en terrible hermosura á la media luna de la ribera opuesta. Allí la forma de la espantosa caldera en que se derrama tan furibundo diluvio, los cien plateados torrentes que se congregan alrededor de sus bordes, el movimiento igual y solemne con que lanza su inmenso caño por cima de la roca, la líquida esmeralda de sus unidas aguas, las guirnaldas y festones de cristal que saltan y se cruzan tan caprichosamente, y luego la niebla opaca que cubre con sus alas los horrores del hondo abismo donde todo se confunde, constituyen una escena casi superior á las fuerzas de la contemplacion humana, y demasiado enorme en sus rasgos para que la mire un mortal. « Los Angeles temblarian al verla; » y los nervios que no cedieran á su impresion y no se abatieran á la primera vista de la estupenda catarata, serian en mi concepto mas bien obtusos que fuertes.

Los pormenores minuciosos de una localidad no pueden llamar la atencion de los que no han experimentado su influencia por bien ó por mal, con placer ó con dolor. No hablaré pues de los escalones que suben por el mismo borde del torrente, ni de los descansos lodosos y resbaladizos, en que por mas que se estremezca, se tiene que apoyar quien no quiera perder su reputacion de viajero *romántico*.. Nosotros llevamos á cabo una vez y otra todas esas hazañas desde el dia de nuestra llegada, y al acabarse el dia, estaba yo cansada de veras, aunque no daria los recuerdos de aquellas horas de agitacion y zozobra por los de otras muchas mas suaves y tranquilas de mi existencia.

Al dia siguiente á las cuatro de la mañana ya estaba yo otra vez en la pequeña glorieta junto al salto de la herradura, que mas parece que se rarifica en un espacio de agua que en un ambiente de aire : allí tomé un baño matinal de aspersion con el rocío que se desprende y cae por todas partes. El vapor que subia como una niebla espesa, cubria entonces la mayor parte de la perspectiva, pero la misma obscuridad ocultaba allí un encanto especial, y conforme iba creciendo la luz, las nubes se iban tambien arrollando, y

desapareciendo, hasta que brilló el sol y volvió á ofrecerse á mis ojos la inmensa maravilla.

El arco iris de la cascada no se ve desde el territorio ingles hasta la tarde, rasgo que aumenta considerablemente la hermosura del magnífico cuadro. El arco alegre y vistoso salta de una catarata á otra como un puente del reino de las hadas.

Despues de almorzar pasamos al lado americano, y exploramos la isla de la Cabra. El paso del Niágara por en frente de los Saltos, es uno de los tránsitos mas bellos y deliciosos que puede concebir la imaginacion. La barca cruza tan cerca de las cataratas que alcanzan á los pasageros las gotas de un ligero rocío. La seguridad real y el peligro aparente tienen su parte en el placer que se siente. El rio cala por aquel parage doscientos pies de profundidad. El paso por la roca conduce á un punto, que está inmediato á la catarata americana por la parte superior. La masa de las aguas es vastísima, y tiene toda la sublimidad de elevacion, la anchura y el estruendo, pero no posee la influencia mágica de su rival. La isla de la Cabra manda por todas partes una soberbia vista de las Corrientes ó Remolinos : la furibunda rapidez con que se arrojan en la

sima insondable, es espantosa, y echar un puente sobre ellas seria un noble atrevimiento.

Por bajo de las cataratas corre el Niágara entre rocas encumbradas, coronadas de bosques espesísimos y unidos, que forman un contraste notable con las orillas hundidas de la parte superior. Parece como si una fuerza volcánica hubiera roto el nivel del rio. El Niágara es ancho y profundo al salir del Lago-Erie; pero su curso es tranquilo po espacio de unas cuantas millas, y sus riberas son iguales. Sin embargo la madre del rio comienza á hundirse poco á poco, y su tersa y cristalina superficie se riza ligeramente como las aguas serenas del lago, cuando el viento las empieza á turbar. La imágen de los árboles que, aunque al reves, se retrata como en un espejo en el sosegado cristal de las aguas, se cimbra, se tuerce, se enrosca, hasta que al fin se borra, y en esa confusion de objetos que se violentan, y se chocan, y se confunden en el tumulto que los destruye, la imaginacion ve un caos inmenso donde se pierde un mundo entero. A cada paso crece la velocidad de la corriente; las rocas, oponiendo estorbos y mas estorbos, enfurecen las aguas obstinadas, que cambian su color de esmeralda en la blancura espumosa de la nieve. Asi continua el rio por espacio de

una milla, y luego las rocas se hunden, dejando abierto un precipicio de ciento y cincuenta pies, y el torrente se lanza en pos de ellas. Dios dijo : « Sea una catarata, » y una catarata fué. Cuando el rio se ha recojido en su nuevo cauce, las paredes de este presentan por uno y otro lado un horrible abismo de roca sólida tajada. Algunas plantas vistosas suelen colgar por aquí ó por allí, y en muchos sitios la encina, el fresno y el cedro cubren con su rico follage el aspecto horrible del derrumbadero.

Esta violenta transicion de unas riberas llanas é iguales á un hondo barranco, parece que indica alguna gran convulsion como causa probable del fenómeno, y cuando me dijeron que cerca de allí, habia un manantial de agua hirviendo, pensé que la fuerza volcánica estaba todavía en accion, y que aun podian aumentarse las maravillas de aquella region.

Los cuatro dias que pasamos en el Niágara fueron de excitacion y cansancio, pero fecundos en sensaciones deliciosas y en pensamientos sublimes. El rocío nos empapó completamente ; las rocas nos cortaron los pies ; el sol nos llenó de vegigas las caras ; miramos la catarata por arriba, mirámosla por abajo ; nos asimos á cuantas peñas ofrecian una eminencia ; bañamos nuestros dedos en la corriente á

pocas varas de distancia de la estruendosa caida; en una palabra, procuramos llenar de las ideas del Niágara todos los nichos de la memoria, y me parece que nunca olvidaremos sus imágenes.

Encontramos muchos grupos de viajeros en nuestras excursiones, principalmente de Americanos; pero no paraban mucho la atencion, ó nos parecia á nosotros que la paraban poco en los prodigios que los rodeaban.

Un dia estabamos sentados en el punto de una eminencia, cerca de la barca, que domina la vista de ambas cataratas. Este punto, sea dicho al paso, se considera como la vista general mas grandiosa de la escena. Un individuo de nuestra reunion estaba ocupado en bosquejar lo que sin embargo yo creo que no es dado al lápiz ni al pincel reträtar con buen éxito, de manera que por la pintura ó el dibujo pueda formarse una idea aproximada el que nunca ha visto el modelo. Habiamos pedido dos ó tres sillas prestadas en una granja vecina, y habiendo cojido algunas ramas, que con la adicion de nuestros chales y sombrillas habiamos procurado convertir medio en gruta, medio en toldo, para libertarnos del sol de mediodia, no tengo duda en que debia parecer que estabamos cómodamente y gozando de un fresco vivificante,

Una partida numerosa que habia cruzado desde la ribera americana al lado ingles, subió por la difícil cuesta que conduce á la altura desde el parage en que los habia dejado la barca. Mientras subian daban la espalda á los Saltos, y al acercarse á la cumbre, nosotros fuimos el objeto principal que se presentó á sus ojos. Todos se quedaron parados, mirándonos con una perfecta tranquilidad. Este exámen tuvo su desarrollo á distancia de unas doce á catorce *yardas* (*) del sitio que ocupabamos, y duró sobre cinco minutos, tiempo en que recobraron aliento y repararon sus fuerzas. Entonces avanzaron en cuerpo, y uno de los de la partida, ó dos de ellos se pusieron á mirar el dibujo del paisagista, pero patas arriba, colocándose entre él y el objeto que estaba copiando, aunque me parece que no cayeron en esto. En seguida nos empezaron á preguntar, cuánto tiempo hacia que estábamos en los Saltos; si habia mucha gente; si no eramos de la tierra vieja, y cosas semejantes. En cambio supimos muchas nuevas interesantes, como por egemplo: la de que ellos acababan de llegar. Sin embargo ninguna de las personas del grupo, y eran ocho, no habia ni aun

(*) Medida inglesa que vale poco mas que una vara de Castilla.

siquiera vuelto la cabeza un momento, para mirar el espectáculo mas estupendo de que la naturaleza puede hacer alarde.

La sociedad de la posada se relevaba casi todos los dias. Muchas reuniones se apeaban por la mañana, iban á ver las cataratas, volvian á la posada á comer, y se marchaban en el coche de la tarde. Muchos de los grupos eran indescribibles por la rareza caprichosa de su facha y modales. De cuando en cuando solia caernos tambien como una exhalacion tal cual *dandy* ó petimetre de primera tigera.

Una vez estando en la soberbia galería que da por detras de la posada á la catarata de la herradura, vimos asomar por la ventana que domina la perspectiva, una pierna con su bota y todo de un individuo de la graciosa raza: lo demas de su persona estaba arrellanado en su silla, con la cabeza envuelta en una densa nube de humo de tabaco.

Cuando he solido tropezar con algunos de los ultra-elegantes de nuestro pais en las escenas mas salvajes y grandiosas de él, he observado frecuentemente que, á lo menos entonces, se desprenden en gran parte de su aire, y de su *elegantismo,* como si se ruborizaran de que el Dios de la naturaleza los viera representar tan ridículas farsas en su presencia, cuando se ofrecia á sus ojos con el aparato de su divini-

dad; y mas de una vez tambien me ha sorprendido ver cuanto seso suele abrigarse en esos bustos huecos de la moda. Pero en América no mueven á esa clase de personas la hermosura del paisage ni la grandeza de las escenas terribles; antes bien los exquisitos jóvenes del Nuevo Mundo se esmeran en lucir su garbo y buen talante en medio de ellas, mostrando con infatigable ahinco su elegante abandono. Verdad es que no tienen mucha oportunidad para desplegar sus gracias en la rutina diaria de la actividad mercantil, en que pasan la vida, y esto puede servir de amplia y satisfactoria explicacion, de lo que mas arriba queda asentado.

Afortunadamente para nuestros placeres estas visitas elegantes alteraban mui poco el carácter solemne del espectáculo. Todos los que van á la posada de Forsythe (excepto Mistress Bogle Corbet) corren á la glorieta, é inscriben sus nombres en un registro que allí se guarda, y la mayor parte desciende por la escalera de caracol que conduce á la plataforma de las rocas de abajo. Allí tambien hai una glorieta, pero separada unas cuantas *yardas* de la entrada de la caverna maravillosa que forman por una parte el torrente que salta, y por la otra la gigantesca roca por cima de cuya cumbre se precipita. A este débil refugio contra el

bramido salvaje de las aguas y la lluvia cegadora del rocío que se desprende de ellas, suelen dirijirse casi todos los hombres y muchas de las lindas viajeras; pero frecuentemente he visto que les faltaba el ánimo, y que volvian al abrigo de la escalera calados de agua y llenos de lodo, dejándonos en tranquila posesion de la tremenda escena que con tanta delicia contemplabamos. ¡Qué inútil debe ser toda tentativa para describir aquel sitio! ¡Cuán en vano se harán todos los esfuerzos de que es capaz la mente del hombre, para dar una idea de las emociones que produce! ¿Hai por ventura placer mas exquisito que el de permanecer horas enteras en un mar de rocío, en medio del estruendo incesante de la catarata, sobre las rocas que estremece la concusion perpetua del torrente en su cauce, en una atmósfera mas de agua que de aire — calado el cuerpo, aturdida la cabeza, sacudidos los nervios, temblando, respirando con trabajo, el corazon oprimido, la imaginacion exaltada? Y esas terribles sensaciones son verdaderos placeres, y los placeres mas vivos de que yo creo haber gozado. Nosotros nos acercamos con frecuencia á la entrada de la espantosa caverna, pero, aunque dos ó tres personas de nuestra sociedad penetraron hasta el fondo, yo nunca me atreví á internarme. Al querer pasar del umbral de la

inmensa abertura, me faltaba el aliento, y el dolor que sentia en mi pecho era tan agudo, que toda mi curiosidad no bastó para que lo soportara una vez sola.

¿Qué era la caverna de los vientos de los tiempos antiguos comparada con esta? En la del Niágara reina un genio mas poderoso que Eolo.

No fué este sitio de espanto y de peligro el único en que nos encontramos solos. La senda que tomaban las « sociedades » para la glorieta, donde se guarda « el libro de los nombres, » era la misma siempre. Esta senda desciende á la orilla escarpada del torrente desde la verja del jardin, y la han hecho bastante fácil, á fuerza de vueltas y revueltas, pero no es de ningun modo el camino que mas ventajosamente puede procurar la graduacion del placer, ó el gusto de la sorpresa al extrangero, que se acerca al lugar donde ha puesto la naturaleza uno de sus mayores portentos.

Durante nuestra permanencia en aquel punto, vimos empezar otra escalera, que debia rivalizar en atractivo con la que se usa ahora, y de que dista mui pocas *yardas*; pero que en mi opinion de ninguna manera contribuirá á la comodidad de la bajada. La ereccion del pilar maestro ó fuste central de esta escalera espiral fué una de las operaciones mas formida-

bles que el hombre pueda intentar, y solo verla me mareó completamente. Despues de haber asegurado su cimiento en el fondo, se descolgaron de las rocas los carpinteros, sostenidos por maromas, hasta las vigas que servian de traveseros, y mientras estaban ellos sentados en medio de aquel cáos de vapores y estruendo, reflexionaba yo que nunca habia visto exponer la vida á tanto peligro y tan inútilmente. La obra no obstante prosiguió sin desgracia alguna, y ya estaba para acabarse, cuando dejamos la posada.

Mucha pena costaba á nuestro corazon dar el último adios al Niágara, y al contemplarlo por la postrera vez, sentiamos una inquietud semejante á la congoja; pero « teniamos que hacerlo, » como dicen los Americanos, y dejamos el sublime salto, el 10 de junio, para ir á Búfalo.

El camino á lo largo del rio por cima de las cataratas es tan hermoso, como puede serlo un arrecife que costea una corriente pura y cristalina de una milla de ancho, siguiendo paralelamente á la orilla hasta que llega al paso de la barca de Roca-Negra (Black Rock.)

Allí saludamos casi con un grito de entusiasmo el pabellon ingles que vimos por primera vez en la arboladura de la *Bull Dog*, gentil corveta del comodoro Barrie, que subia

el rio á remolque, para ganar el lago Erie, debiendo el comodoro dar la vuelta de los lagos.

En Roca Negra (Black Rock) volvimos á pasar á los Estados-Unidos, y á pocas millas de un traqueteo infernal nos encontramos en Búfalo.

Entre las mil y una ciudades, mil y una rancherías, mil y un lugares que vi en América, me parece que la poblacion mas rara que se puede ver, es Búfalo. No es tan selvática como Puerto-Lock, pero tambien parece que todos sus edificios se han construido de priesa, si bien no hai objeto que no descubra una gran pretension : allí se ven pórticos, allí os paseais por columnatas, allí encontrais pilares, allí se admiran cúpulas, y toda esa grandeza no tiene mas falta que el ser de madera. Todo el mundo os dice en Búfalo, como en las demas poblaciones nuevas, y todo el mundo lo cree, que sus mejoras y sus adelantos son mas rápidos y portentosos que cuantas mejoras y adelantos ha conseguido el género humano, hasta que los Americanos le han quitado los andadores á la naturaleza. Sin embargo para mí no hai mas maravilla sino que tantos millares, ó por mejor decir, tantos millones de personas crean en el siglo diez y nueve, que viven bien, viviendo de aquel modo. Seguramente se debe decir

que los Estados-Unidos se estienden mas bien que no se elevan.

La Posada del Aguila, que es una inmensa fábrica de madera, tiene todos los humos de un establecimiento esplendido, pero sus monstruosos corredores, sus techos ahogados, y sus intricadas habitaciones, me hacian creer que me hallaba en una catacumba mas bien que en una posada. Cuando llegamos, ya se habia concluido la *mesa redonda* del té, y cenamos con bastante satisfaccion en compañía de un caballero que habia ido con nosotros desde las cataratas ; pero al otro dia por la mañana almorzamos en una sala larga, estrecha y baja, con cien personas, y sin cosa alguna que hiciera la tal pitanza ó sus disposiciones llevaderas.

¿Qué puede inducir á tantos ciudadanos razonables á dar la preferencia á esas largas y silenciosas mesas, mal abastadas de jamon frito, de pescado en salmuera, ó de chanfainas, sobre un pedazo de pan comido agradablemente en sus casas con sus mugeres y sus hijos? ¡Cuánto mejor me sabria un alimento cualquiera, con tal que todos los dias lo comiese con mi familia, aunque fuera en la cabaña de un Indio, que los manjares mas regalados lejos de ella en las mesas redondas de esas fondas espaciosas! Esa costumbre sin embargo parece universal, á lo menos, nosotros la he-

mos encontrado sin sombra de variacion desde Nueva Orleans hasta Búfalo.

El Lago-Erie no tiene para mis ojos la mas ligera circunstancia de hermosura : ni es la mar ni es el rio, y sus cercanías carecen de los encantos que generalmente realzan los alrededores de los lagos menores. El único interes que me inspiró su anchura insignificante, provenia del pensamiento que los recuerdos del Niágara excitaban en mi mente : aquellas aguas tan serenas, tan mansas estaban destinadas á engrosar la furia del torrente, y precipitarse con él en el golfo espumoso del Niágara. El camino, por donde fuimos á Avon, es abominable, atravesando por bosques y breñales que apenas han empezado á descuajar. Avon es un miserable y triste lugarejo tan feo como embarazado, y ninguna de sus

« **Romas, Cartagos, Itacas y Atenas,** »

me ha irritado tanto como ese nombre. Este Avon no corre dulcemente, ni tiene otras ondas que los caños del huisqui ó el zumo del tabaco.

La jornada del dia siguiente fué mucho mas agradable, porque vimos el lago de Canandaigua. Tiene este lago como unas diez y ocho millas de largo, pero es bastante estrecho, y se alcanza á ver la orilla opuesta, ricamente en-

tapizada con una verdura lozana y variada, á que sirve de fondo una larga cadena de montañas. Quizas aumentó los hechizos ordinarios de aquella escena mágica el estado de la atmósfera: una de las tormentas repentinas, y de color tan sombrío que en un momento cambian el aspecto de todos los objetos, se levantó sobre la cima de las montañas, y cruzó el lago, mientras lo estuvimos mirando. Otra circunstancia dió tambien un vivo, pero tristísimo interes al espectáculo de la naturaleza. Han construido en una eminencia que domina el lago, una casa de madera magnífica, tan bella como puede serlo una casa pintada y adornada de pórticos y columnas de palo, y cerca del soberbio edificio se alza un tinglado para vacas y demas animales domésticos. A este tinglado, y junto al palacio de hongos del hombre blanco, se habian refugiado dos Indios buscando un abrigo contra la tempestad. Uno de ellos era anciano, y su venerable cabeza indicaba por su postura y su expresion una profunda melancolía; el otro era mozo y en el fondo de sus ojos habia una tristeza tranquila todavía mas interesante. Allí estaban los naturales y legítimos señores de la hermosa region, mirando el lago delicioso que aun lleva el nombre que sus padres le dieron, contemplando la borrasca que se engendraba en su

seno, y que no seria tan fatal como la que habia reventado sobre sus cabezas.

Aunque he hecho mencion del lago antes que de la pequeña poblacion de Canandaigua, sin embargo al venir del oeste se encuentra esta primero. Es una bonita aldea tan linda como la mas linda que el hombre haya edificado. Cada casa está rodeada de un ancho jardin, y en aquella estacion florida, estaban todas medio enterradas en rosas.

Es verdad que las casas son de madera, pero estan pintadas con gusto, y tan bien reparadas, y tan bien plantadas en medio del esmaltado ramage, que es imposible dejarlas de admirar.

Cuarenta y seis millas mas lejos está Ginebra, bellamente situada sobre el Lago Senega, que es tambien una pieza de agua soberbia, y á mi parecer la poblacion puede rivalizar en hermosura con la que lleva su nombre en Europa.

Dormimos en Auburna, celebrada por su cárcel, donde tuvo orígen el sistema de correccion americano tan altamente aprobado. En esta parte del pais no faltan iglesias; cada ranchería cuenta su templillo de madera, y en muchas hai dos, para que los metodistas y los presbiterianos no riñan.

Pasamos por una reserva de Indios en seguida, y los bosques aun no tocados volvieron

á cubrir el camino. Repetidos grupos de Indios cruzaron por nuestro lado en varias direcciones, y advertimos que iban mejor vestidos, y estaban infinitamente mas limpios, que los que habiamos encontrado errantes lejos de los fuegos de sus padres. Las mantas, que usan y que se tercian con gracia inimitable en guisa de capas, eran blancas como la nieve.

Nos aprovechamos de la proporcion que nos ofreció la pérdida de una herradura, para dejar el coche, y acercarnos á una gran reunion de ellos, compuesta de hombres, mugeres y niños, que se regalaban con un manjar que yo no conocí, pero en que la leche hacia su papel. Los pobres no sabian hablarnos, mas nos recibieron con risas y agasajos, y sin duda nos entendieron, cuando les preguntamos si tenian mocasines (*) que vender, porque sacudieron sus rizos de ébano y respondieron : — « No. »

Nos señalaron una arboleda hermosa de cocos, el lugar en que los caciques de las seis naciones solian tener su gran consejo; la persona á quien debimos esta indicacion nos dijo que se habia encontrado en varias de sus asambleas, y que, á pesar de no entender su lengua, habia concluido por los grandes efec-

(*) Calzado indio.

tos que entre ellos producia su elocuencia, que poseian ese don en alto grado.

A la caida del dia, nos ocurrió una aventura que reanimó nuestras dudas sobre si los blancos invasores, al arrojar á los naturales de sus bosques, han adelantado mucho en la civilizacion del pais. Por lo que á mí toca prefiero la barbarie indígena á la cultura exótica.

Es pues el caso, que en Vernon se paró la diligencia para recibir á « una señora. » Cuando esta entró, llenó hasta la última pulgada que quedaba vacante en el coche, porque antes « eramos ya ocho. »

Pero no bien se hubo sentado, cuando su *galan* se presentó con una sombrerera de palo tan grande como la diligencia. Paróse un poco para meditar sobre las posibilidades de mejor colocacion — levantó su caja como para plantárnosla encima de nuestras rodillas — la bajó como para ponérnosla á los pies; hasta que pareciéndole imposible, se dirijió á una de las personas de nuestra sociedad, diciéndole con un estilo verdaderamente yanquí : » Si quisierais bajar un instante no mas, me parece que hallaria lugar para mi caja. »

— « Es posible. Pero ¿dónde lo hallaria yo entonces para mí? »

A estas palabras pronunciadas con acento ingles, salieron de la taberna de enfrente una

media docena de apasionados del huisqui, y abrazaron la causa del *galan*.

— « ¿ Porqué sereis viajeros ingleses, no es verdad ? y ¿ qué ? Acá hemos viajado por mejores paises que Europa — hemos viajado en América — y la caja irá, calculo yo. »

Nosotros reclamamos contra la evidente injusticia de un proceder tan inconsiderado, y yo me aventuré á decir, que, no llevando nosotros equipage ninguno por ser el espacio tan corto, me parecia que un pasagero casual no tenia derecho para incomodarnos tanto.

« ¡ Derecho ! — Allá va eso — eso es lo que saben — ¡ derecho ! — El derecho podrá valer en Europa, valdrá ; y ¿ qué ? Eso suena exactamente á tiranía inglesa — ¡ he ! ¿ no digo ? pero aquí no pasa. » Y entre una y otras comenzó á tirarnos la sombrerera sobre las rodillas con toda su fuerza.

— « No haï lei que permita una conducta semejante, » dijeyo.

— « ¿ Lei ! exclamó un caballero mui particularmente beodo ! — ¡ lei ! — aquí nos hacemos cada cual sus leyes, y *él se gobierna cada uno aquí*. »

Estas fueron las palabras de la disputa. Sin embargo debo añadir en justicia, que evidentemente los tales caballeros habian hecho un consumo mas que ordinario de huisqui, pero

acaso pueda decirse como *in vino veritas, veritas in Huisquio*. Como quiera que sea, los ciudadanos del paraiso occidental siguen á los gentiles en tener una lei para ellos solos.

Durante la cuestion, el cochero permaneció sentado tranquilamente en la sombrerera, sin decir una palabra, y parecia que no dejaba de divertirse con la contienda. Por último la diferencia se decidió definitivamente en favor nuestro por la naturaleza misma de la estructura humana, que solo se puede comprimir hasta cierto grado.

Gran parte de este dia tuvimos la buena estrella de tener por compañeros de viaje á un caballero y á su hija, personas en extremo inteligentes y agradables; pero estuve mui cerca de enredarme en una maraña de cuestiones, por haberme aventurado á hacer observaciones sobre una frase usada por aquel señor, y que habia ya oido en todos los ángulos de la federacion, desde que habia puesto el pie en su territorio. Habiamos hablado de pinturas, y yo habia procurado no desviarme de mi regla general, á saber : « decir lo menos posible, cuando era poco agradable lo que hubiera tenido que decir. » En el curso de la conversacion nombró á un artista americano, cuyas producciones conocia yo mui familiarmente, y despues de haberlo comparado á Lawrence (juz-

gando del mérito de este por su retrato de West, que ahora está en Nueva-Yorc), añadió, y « lo que es mas, señora, perfecto discípulo de enseñanza propia. »

Antes de responderle, reflexioné prudentemente sobre lo que debia responder; porque en primer lugar me era imposible tragar que se comparara á nuestro inmortal Lawrence con un vilísimo *chafarrinero*, y luego no estaba en mi mano vencerme para decir Amen; asi me mantuve callada bastante rato, hasta que por último me acordé de la frecuencia con que habia oido la frase de *enseñanza propia* usada no como una excusa sino como un elogio positivo.

— « Pues qué, señora, ¿hai acaso mayor alabanza ?

— Ciertamente que no, cuando se habla del mérito individual de un artista sin medios de instruccion; pero no es una alabanza en mi entender, cuando se aplica á sus obras.

— ¿No entendeis que sea una alabanza, señora? ¿No es atribuir ingenio á un autor? y ¿que es la instruccion comparada con el ingenio? »

No quiero repetir todos mis dichos y pensamientos en favor del estudio y sobre las desventajas de una ignorancia profunda; mas bien querria yo, si posible fuera, dar una idea de la mezcla de indignacion y de desprecio ma-

nifestada por nuestro compañero, al oir que yo sostenia, que era necesario el estudio para formar el gusto y desarrollar el talento. Finalmente he aquí como cerró la discusion : — « Es inútil disputar sobre un punto que ya está decidido, señora : los mejores jueces declaran que los retratos de Mr. H*** son iguales á los de Lawrence.

— ¿ Quién ha pronunciado esa sentencia, caballero ?

— Los hombres de gusto de América, señora. »

Al oir su respuesta, le pregunté ¿ si pensaba que iba á llover ?

. . . .

Las diligencias, segun parece, no tienen paradas ó altos regulares para almorzar, comer, y cenar. Estos intermedios tan necesarios siendo *improvisados* generalmente, son malos, malísimos, detestables sobre manera. Divertíanos ver la paciencia con que nuestros compañeros de viaje americanos comian lo que les presentaban, sin proferir una palabra de queja, y como sufrian, sin hacer el mas ligero esfuerzo para conseguir un cambio ventajoso ; pero no bien entraban en la diligencia cuando empezaba el coro de las lamentaciones — « ha sido una

vergüenza » — « ha sido un robo » — « ha sido envenenar á la gente. » Yo pregunté al cabo ¿la razon de una conducta tan extraña? y ¿la causa por qué no se quejaban á tiempo? — « Porque ningun caballero ni dama de América que tiene una posada, sufriria que se le echase en cara una falta. »

Llegamos á Utica mui tarde y con mucha fatiga, pero nos acostamos de buen humor con las delicias de una buena posada y de una perfecta urbanidad, y nos levantamos suficientemente restaurados, para disfrutar los placeres de la jornada que ibamos á emprender por medio de las escenas mas interesantes y romanescas del mundo.

¿Quién dice que América no es pintoresca? — No me acuerdo; pero el que lo haya dicho, no debe haber viajado desde Utica hasta Albania. Efectivamente yo no concibo que ningun otro pais presente una extension de noventa y seis millas mas hermosa ni de mas variados encantos. El arrecife sigue la direccion del rio Mohauca, que corre por medio de escenas que se mudan de campos, donde por todas partes brota la abundancia, en rocas y selvas; se ven lindos oteros cubiertos de ganados, y divididos unos de otros por derrumbaderos de 500 pies de profundidad. La belleza que distingue las cercanías de las pequeñas

cataratas del Mohauca, es tan singular como sorprendente. Aquí, como en otros muchos rios de América, parece que el cauce es mucho mas estrecho ahora de lo qué debia ser en otro tiempo, y el espacio que antes habia llenado, está cubierto de yerba verde y crecida, excepto á intervalos, que de repente se levantan masas de rocas, coronadas por árboles que viven con la substancia escasa que las peñas pueden procurarles. La carrasca enana ó chaparro, los cedros, y el fresno de las montañas se mezclan de cien diferentes maneras, y forman grupos á cual mas vistoso; cada nuevo cuadro es tan bello y quizas mas que el cuadro que le precede. Yo nunca he visto un sitio mas dulcemente salvaje.

Sorprendióme oir á uno de nuestros compañeros de diligencia, al pasar por un punto de singular belleza : « Todas las cercanías pertenecen, ó han pertenecido á Mr. Eduardo Ellice, miembro del parlamento ingles : ha vendido una porcion considerable de terreno, y ya, señora, podeis ver como prospera la parte vendida : » y diciendo esto apuntaba á una casa de madera grande, donde se leia sobre la parte pintada de blanco : « Dinero por trapos, » en letras del tamaño de tres pies.

Entonces me acordé de que cerca del mismo sitio se habia quejado nuestro yanquí de la

indiferencia inglesa por los privilegios de agua. Él no nombró á Mr. Eduardo Ellice; pero sin duda Mr. Ellice es el Ingles « que nunca habia pensado en mejoras. »

Muchas veces he confesado mi incapacidad para la descripcion, incapacidad de que estoi persuadida en mi alma y conciencia, pero debo repetir aquí mi confesion, para que no se tome por negligencia ú otro vicio el silencio con que tan ligeramente paso por medio del valle sin igual de Mohauca. Yo quisiera que algun pintor, con el ardimiento que da la fuerza de la juventud, diera fé á mis palabras, y cruzara el Atlántico, para visitar un verano en romería artística el estado de Nueva-Yorc. Y haria bien, porque con toda seguridad puede afirmarse que el mundo no ofrece en el mismo espacio y con la misma facilidad de acceso, tantos asuntos para su pincel. Montañas, selvas, rocas, lagos, rios, cataratas, todo lo reunirá allí en la cima de la perfeccion. Pero debe ser tan atrevido como un leon para colorir, si no quiere perder su tiempo. Hai una claridad de ambiente, una fuerza de claro-obscuro, una solidez en el follage, y una brillantez de contrastes, que harán un colorista de cualquiera que tenga ojos. Mas que tenga valor para tomar con su pincel sombras negras como la noche, y matices cuya luz cegara el

águila; y como presumo que mi jóven pintor es un entusiasta, le aconsejo que vaya primeramente al Niágara, porque sus alas atadas se abatirian hasta en el valle del Mohauca. Si su ardor se aumenta, puede templar su sed en Trénton, y mientras permanezca allí, creerá que nada hai mas allá. Si un artista aventurero se resuelve á seguir mi consejo, á su vuelta (cuando por mi proyecto haya ganado una cantidad de dinero prodigiosa) solo le pediré por recompensa dos paisages. Uno será el que represente el lago de Canandaigua; el otro el que recuerde el bosque de cocos donde los caciques de las seis naciones se juntan á consejo.

En nuestro viaje, no me acuerdo qué dia pasamos por un sitio del bosque á corta distancia del camino, el cual nos fué señalado como el teatro de una escena verdadera, mas en extremo romanesca. Durante la grande y terrible revolucion francesa de 1792, logró escaparse de sus horrores un jóven de una familia noble, habiendo salvado su cabeza con dificultad, y sin la posibilidad de salvar ninguna otra cosa. Llegó á Nueva-Yorc en un estado casi completo de miseria; y despues de haber pasado la mañana de su vida no solamente en medio del esplendor, sino en medio del esplendor de la corte de Francia, se vió atropellado por la

poblacion afanosa de Nueva-Yorc, sin tener un *dolar* con que evitar morirse de hambre. En semejante situacion casi es preferible la guillotina. El jóven aristocrata hizo inauditos esfuerzos para encontrar donde ganar su vida trabajando; pero ¿quién habia de emplear las manos blancas, los brazos débiles del infeliz, cuando se presentaba en el mercado la fuerza y robustez de tanto Hércules negro? Renunció pues la esperanza de hallar medios de alimentarse entre sus semejantes, y abandonando la tentativa de solicitar el auxilio de los hombres, resolvió retirarse á los bosques para buscar en ellos un asilo. Quedábanle unos cuantos *chilines* (*) solamente, y con los restos de su pobre caudal compró una hacha y ganó el territorio de Oneida. Cortó unos cuantos árboles de los mas endebles de la selva, y se construyó un abrigo de que se hubiera reido el mismo Robinson Crusoe, porque no le preservaba de la lluvia. La falta de alimento, el rigor del tiempo, y un trabajo demasiado rudo para quien no estaba acostumbrado á tantas fatigas y padecimientos, produjeron el resultado natural que no podia evitar la flaqueza de una organizacion delicada. El desgraciado jóven cayó enfermo, y tendido en la dura y húmeda tierra,

(*) Moneda de plata inglesa del valor de nuestras pesetas columnarias.

ahogado mas que cubierto bajo las deshojadas ramas que caian sobre él, yacia abrasado por una sed rabiosa, y temblando en el acceso de una fiebre aguda, con la esperanza de que cada momento fuese el último de su vida por único consuelo.

Cerca del sitio que habia elegido para su miserable guarida, habia un *wigwam* ó cabaña, que era la última de una aldea india; pero estaba totalmente escondida en la espesura del bosque de suerte que no la habia percibido. No se sabe cuantos dias estuvo el infeliz proscripto sin alimento, mas se hallaba en una insensibilidad absoluta, cuando una India jóven, que el azar llevó desde su *wigwam* á la choza del moribundo, entró y lo vió en situacion tan triste... El corazon de las mugeres es en mi sentir mui semejante, si no es el mismo en todas partes; la muchacha no se detuvo á examinar si el color de un hombre que sufria era blanco ó rojo: corre á su cabaña, vuelve con la velocidad del pensamiento, y el pobre extrangero tiene ron, leche y mantas. No, su ángel tutelar no lo abandonará; cuando el enfermo recobró sus sentidos, su cabeza descansaba en la falda de la hija del desierto, que con la ternura de una madre le hizo beber los cordiales que le habia llevado.

No hai ojos negros, aunque sea en Francia,

en Italia, ni aun en España, que puedan expresar el cariño mas elocuentemente que los ojos hermosos de una India. Todas las naciones entienden ese lenguage, y el pobre Frances leyó clara y distintamente en la mirada ansiosa de su amable enfermera, que no lo dejaria morir abandonado.

La historia es bastante romanesca hasta aquí, pero lo que sigue, no deja tambien de serlo. La India presentó á su tribu el hombre blanco que llamaba su amigo, y que fué adoptado por los salvages como hermano, aprendió su lengua, se vistió á su manera y abrazó todas las costumbres de su vida. Su gratitud no tardó en convertirse en un sentimiento mas profundo: el amor fué la recompensa de la beneficencia, y si se ha de creer la crónica del distrito, el noble Frances y la salvage americana vivian felices y disfrutaban mas que de las delicias del amor conyugal; pero cuando el proscripto se vió padre de muchos hijos empezó á sentir los estímulos de la memoria, y querer pasar de la vida salvaje á la existencia civilizada.

Mi historiador no me explicó el proyecto con que visitó Nueva-Yorc; pero en efecto fué á la ciudad con trage indio, y supo que la tranquilidad se habia restablecido en su patria: noticia que le dió la esperanza de que le res-

tituyer en alguna parte de los vastos dominios que antes habia poseido su familia.

Me he extendido quizas demasiado en mi relacion: y no debo añadir para terminarla, sino que sus esperanzas se cumplieron, y que una parte de su numerosa y floreciente familia está establecida en Francia, y otra permanece en América (uno de sus miembros pienso que es abogado en Nueva-Yorc), mientras el héroe y la heroina del romance continuan habitando en el distrito de Oneida, no en un *wigwam* ó cabaña, sino en una buena casa, hermosamente situada, con todas las conveniencias de la vida civilizada.

Tal es la relacion que oí á un compañero de viaje de diligencia. A mí me ha parecido interesante y como tal la he repetido, aunque no tengo mejor autoridad para asegurar su verdad, que la asercion de un viajero desconocido.



CAPITULO XXXIV.

Vuelta á Nueva-Yorc. — Conclusion.



La posada de los Adelfos nos volvió á recibir en Albania el dia 14 de junio, y nos decidimos á pasar allí el dia siguiente, tanto para ver el pueblo, como para reponer nuestras fuerzas que habiamos apurado en una expedicion cansadísima y con el calor insoportable de la estacion. Hubiera sido mui difícil encontrar mejor descanso para nuestro propósito. Las habitaciones de la posada son espaciosas y ventiladas, y hai nieve con abundancia.

Pero, á pesar de las muchísimas conveniencias de esta excelente posada, me sorprendió el plan de vida tan *anti-ingles* que seguian dos señoras que, al parecer, se habian establecido en ella permanente. Eran una madre y su hija; la hija era en extremo linda, y tenia dos criaturas. Yo no sé donde estaban los mari-

dos de aquellas damas, si vivian ó se habian muerto; ellas me dijeron que hacia un año que estaban *á pension* en la fonda. Almorzaban, comian y cenaban en la mesa redonda, unas veces con veinte personas, otras veces con ciento, segun daba la casualidad; iban bien vestidas, tocaban el piano en la sala comun, y me aseguraron que se hallaban mui bien, y que no les faltaba conveniencia algun. ¡Qué vida!

Algunas partes de la ciudad son hermosas. El Mercado principal, la Cámara de representantes, y algunos otros edificios públicos estan ventajosamente situados sobre una colina que mira al Hudson, con anchos patios, cubiertos de yerba y adornados de árboles alrededor.

Muchas de las tiendas son grandes, y estan dispuestas y arregladas con gusto. En una de ellas me ocurrió una anécdota que me divirtió infinito. Entré para comprar agua de Colonia, pero como la que me sacaron, era sin exageracion malísima y mui barata, pregunté si no la tenian de mas precio y mejor.

— « Sois extrangera, por lo que *adivino*, fué la respuesta. Los Yanquies buscan lo barato, y eso les basta; aquí no se paran tanto en la bondad del artículo como las Inglesas. »

Nada acertaria á sobrepujar en hermosura

el paisage que vimos al bajar el Hudson al dia siguiente. Como pensaba en algunos de mis amigos de Inglaterra, admiradores apasionados de la naturaleza pintoresca, no pude contenerme y exclamé :

« Que je vous plains ! que je vous plains !
Vous ne la verrez pas. » (*)

Porque ni aun la vista panorámica, que brilla á sus ojos una hora entera con todo el esplendor escénico de Drury-Lane ó de Covent-Garden, podria darles una idea de tan sublime cuadro. El arte no les mostraria mas que un lado. El cambio, el contraste, la incesante variedad, que se os presenta al virar de un lado á otro ; la tersa y líquida faz del ancho espejo en que se retrata el espectáculo de las orillas, y mas que todo la brillante claridad del aire por medio del cual se ve, son portentos de hermosura que solo pueden creerse, atravesando el Atlántico.

Conforme nos acercabamos á Nueva-Yorc, se iba templando el calor ardentísimo del dia, y caian las sombras de la tarde sobre las bellas quintas que pasabamos, refrescando con un aura consoladora la atmósfera abrasada. Realmente

(*) « Cómo os compadezco ! cómo os compadezco !
No la vereis jamas. »

no alcanzá mi imaginacion á figurarse nada mas exquisitamente delicioso que este acercamiento á la ciudad. El arranque soberbio de la ribera sobre la orilla de Jersei, y la dulce amenidad de las praderas frescas y sombrías de las márgenes opuestas con la plateada y ancha corriente que se desliza entre ellas, forman una pintura que sirve de excusa al viajero, cuando dice y repite que el rio Hudson no cede en belleza á ninguno de los que corren fuera del Paraiso.

Ya estaba entrada la noche cuando llegamos á la ciudad, y nuestra satisfaccion fué grande al hallar vacante nuestro alojamiento de la calle de Hudson, y á nuestra agradable huéspeda, la Irlandesa, dispuesta á volvernos á recibir. Allí pasamos otra temporada de quince dias, temporada en que volvimos á disfrutar los halagos de la elegante hospitalidad de Nueva-Yorc, aunque esta vez nos dispensó su agradable acojida bajo la sombra de sus alegres quintas. En verdad que si toda la América fuese como esta ciudad, y toda su poblacion, no toda, sino una corta porcion de ella, como los amigos que he dejado allí, no me detendria en declarar que era el pais mas hermoso del mundo.

Empero ya era tiempo de despedirse. Teniamos que tratar el negocio importante de

nuestro pasage para volver á nuestros hogares. Cualquiera puede conocer lo que es atravesar el Océano antes de comprender la inmensa importancia de los pormenores y arreglos que son inevitables para acomodarse. La primera vista del capitan, cuya fisonomía se estudia con la mayor anxiedad, para adivinar si es amable, ó si es áspero; la ojeada, no mucho menos importante, que se echa al mayordomo, hombre generalmente de color, pero de no menor expresion en el rostro; el exámen minucioso aunque rápido de los camarotes y cámaras; el de las buenas ó malas disposiciones de la escalera, por donde se tiene el pasagero que encaramar y dejar caer de la cubierta al camarote, y del camarote á la cubierta; todo esto no se puede entender bien, hasta que se ha pasado por la necesidad de apreciarlo á su justo valor. Al cabo quedó arreglado este negocio interesante, y arreglado felizmente. Las apariencias prometian mucho, la realidad sin embargo excedió nuestras esperanzas. Apresuramos nuestros preparativos, y empaquetamos nuestra « prendería, » como el capitan Mirven llama con harta dureza el tocador y guardaropa de las damas, bienes parafernales del mayor precio para una muger, y con los demas artículos mis seiscientas páginas de garabatos.

Basta ya de ellas; sin embargo es menester que añada unos cuantos renglones.

Sospecho que lo ya escrito probará hasta la evidencia que no me gusta la América. Ahora bien, como suceda que he encontrado allí con personas que amo y admiro con mas que un amor y una admiracion de un conocimiento ordinario, y como suceda tambien que yo declaro que el pais es hermoso á la vista, y riquísimo de todos los dones de la abundancia, yo misma no puedo dejar de preguntarme ¿ en qué consiste que la América no me gusta? Yo quisiera conocerme á mí misma, y confesar á los demas, porque ni su hermosura ni su fecundidad no bastan para neutralizar, ó dulcificar en gran parte la aversion que dejan en mi mente sus recuerdos unidos.

Yo me acuerdo de haber oido decir hace algunos años, habiéndose discutido acerca de las ventajas ó desventajas de una residencia particular que era el ¿quién? y no el ¿ dónde? lo que hacia un lugar apacible ó desapacible. La verdad de la observacion me se quedó grabada profundamente en la memoria , y á cada paso he hallado pruebas de la exactitud de ella en los acontecimientos comunes de la vida. Al aplicar la máxima al Norte de América, no hablo de mis amigos ni de los amigos de mis ami-

gos. El corto bando de los patricios es una raza á parte; ellos viven entre sí mismos y para sí mismos; miran con prodigiosa indiferencia las materias de estado que abandonan á sus sastres y remendones de calderas, y seria tan errado tomarlos por dechados del pueblo americano como seria errado creer que la cabeza de lord Byron es el tipo de las cabezas de milores, los mui nobles y mui honrados pares de la Gran-Bretaña. Lo repito: yo no hablo de estos; hablo de la poblacion en general, tal cual se encuentra en la ciudad y en el campo, como se ve entre el rico y el pobre, en los estados donde hai esclavos y en los estados donde no los hai. De esa generalidad digo que no me gusta. No me gustan sus principios, no me gustan sus costumbres, no me gustan sus opiniones.

Yo sé bien que como muger y como extrangera, seria poco decente que dijera que no me gusta su gobierno, y por lo mismo no lo digo. Que ellos estan contentísimos con él, es mui cierto, y eso vale considerablemente mas que el que lo esten ó no cuantas viejas tengan el capricho de andar viajando por el mundo. Yo he entrado en el pais por Nueva-Orleans, he residido en la parte occidental de los Aleghanies por espacio de mas de dos años, y he pasado otro año en las poblaciones atlán-

ticas y en el pais que las circunda. Durante ese tiempo he hablado con ciudadanos de todas clases, órdenes y grados, y jamas he oido proferir á ninguno la mas ligera queja, la palabra menos comedida contra su gobierno. No debe pues sorprender que cuando cualquier Americano oye á un extrangero que pone en duda la sabiduría de sus instituciones, y que desaprueba algunos de sus efectos, de por cierto inmediatamente que el extrangero que critica es incapaz de juzgar, ó que lo hace impelido por un sentimiento malicioso de envidia y malquerencia.

¿Cómo ninguna persona en su cabal sentido puede dudar de la excelencia de un gobierno que estamos experimentando hace medio siglo, y que cuanto mas tiempo pasa tanto mas lo queremos?

Tal es la pregunta que naturalmente hace todo Americano, cuando no se admite á ciegas la excelencia de su gobierno; y yo estoi tentada á responder que nadie que haya visitado el pais, y conozca á sus habitantes, dudará en su buena razon de que es un gobierno que les cuadra, en el estado en que ahora se hallan, mas no dudará tampoco de que absolutamente á ningun otro pais puede convenir.

Yo no sé si el gobierno ha hecho que sea el pueblo lo que es, ó si el pueblo ha hecho el

gobierno lo que parece ser; pero si ha sucedido lo segundo, menester es confesar que ha mostrado un tesoro de sabiduría que el mundo entero puede admirar y de que debe aprovecharse.

Notorio es, hablando históricamente, que la poblacion blanca que ahora ocupa los Estados-Unidos tuvo por cepa y tronco original á personas que ó emigraron voluntariamente ó fueron desterradas de la madre patria. Fué propicia la tierra que encontraron á su incremento y prosperidad; la colonia creció y floreció. Pasaron años y mas años; los hijos y los nietos y los bisnietos y tataranietos de los primeros colonos la poblaron, y la encontraron rebosando en rios de leche y miel. Que quisieran guardarse para ellos esa leche y esa miel, nada tenia de mui sorprendente. ¿Qué hizo la madre patria por sus hijos ausentes? Envióles bizarros y alegres oficiales que les guardaran sus fronteras, las cuales pensaron ellos que podian guardar por sí mismos; y en seguida dióle el capricho de imponer derechos á su té, cosa que era menos llevadera; y para aliviar esta molestia no dejaba á la distante colonia que sacara gran raja de sus favores, ni tuviera parte en sus glorias. No iba á escojer entre los colonos á sus altos y poderosos caudillos, á sus sabios y prudentes consejeros: los destellos que emanan de ese brillante sol del honor, del

trono británico, apenas alcanzaban hasta sus lejanas costas. No conocian á sus reyes ni á sus héroes, ni se curaban de ellos; el mas medrado de sus traficantes era su principal magnate; las santas cátedras del saber se habian convertido en cunas de supersticion, segun su opinion; la aristocracia con todo su esplendor era una sanguijuela que les chupaba su «sangre de oro.» La riqueza, las ciencias, la gloria de Inglaterra, nada era para los pobladores de la nueva region, —vivir y gobernarse á su manera, todo.

¿Puede vituperarse su deseo de conseguir su independencia? ¿Quién lamentará su triunfo?

Y ya dueños de su propia fortuna ¿qué debieron haber hecho? Sus ancianos se alzaron y dijeron: — «Formemos un gobierno que nos convenga á todos: un gobierno rudo y áspero y turbulento, que no afecte dignidad, gloria, ó esplendor, que no intervenga en lo que cada cual quiera hacer, ni se entrometa en lo que haya hecho, que no imponga contribuciones, leyes de caza ni leyes de pobres, que deje á todo el mundo el derecho de contribuir á la formacion de las leyes, y que no moleste á nadie para observarlas, que no dé á los magistrados púrpura ni á los jueces martas ni terciopelos, que si un ciudadano se enriquece, tenga cuidado de que sus nietos pidan limosna, para que se conserve la igualdad, que abandone

á cada uno el cuidado de velar por sí; y de ese modo, añadieron, si la Inglaterra nos incomoda, entonces pelearemos todos por nuestra independencia y libertad.

¿Se pudo imaginar cosa mejor para un pueblo en tales circunstancias? O ¿debe parecer extraño que un pueblo en tales circunstancias esté contento con tal gobierno? Todavía es menos extraño sin embargo que los que estan acostumbrados á vivir en el seno de la tranquilidad y del órden, y conocen que su pais va perfectamente, y que prospera sin su vocear, alborotar, arañarse, y trepar por donde el diablo los encamina para sostenerlo, den gracias á los dioses por no ser republicanos.

Hasta aquí todo es bien. Que los Americanos prefieran una constitucion que les cuadra tan perfectamente á otra que de ningun modo les cuadraria, no es motivo para que nosotros les suscitemos una pendencia; ni tampoco deben ellos buscarnos rencilla, si nosotros no nos sentimos dispuestos á cambiar las instituciones que nos han hecho lo que somos por ningun otro código del mundo.

Empero cuando un Europeo visita la América, se levanta contra él una especie de tiranía extraordinaria; y por lo que yo he leido, y puedo juzgar por mi propia experiencia, es

una tiranía que ningun pais ha egercido nunca contra los extrangeros.

Los Franceses visitan la Inglaterra, ellos *s'abîment d'ennui* en nuestros severos banquetes, se encojen de hombros al ver nuestro *corps de ballet*, y se rien *à gorge déployée* (*) de nuestra pasion por las corridas de caballos, y nuestra aficion decidida al *roast-beef* (**) y al puding de pasas. El Ingles les vuelve la visita, y la primera excursion que hace al llegar á Paris, es al « *Teatro de las Variedades* » á toda priesa por ver «*Les Anglais pour rire*;(***), » y si en el tumulto de risas y aplausos, se oye levantarse una carcajada mas cordial que ensordece el estrépito general, buscad á la persona de quien proviene, y os encontrareis con un Ingles.

El Italiano viene á nuestra verde isla, y gime y se lamenta de nuestro clima; declara que el aire que destruye una estatua no puede ser saludable para el hombre; suspira por sus naranjos y sus macarrones, y se sonrie al ver que nuestra nacion pretende los laureles de la poesía, mientras no se oyen cantar poemas épicos

(*) A carcajadas.

(**) Vaca asada.

(***) Los Ingleses para reir : especie de sainete en que se sacan á las tablas todas las ridiculeces que pretenden hallar los Franceses en sus amigos de ultramar.

en las calles. No obstante nosotros recibimos con agasajo al hombre sensible del mediodia, escuchamos sus quejas con interes, cultivamos nuestros naranjeros, y hacemos que nuestros hijos aprendan á chapurrear las octavas del Taso, con la esperanza de hacernos mas agradables.

Sin embargo no llevamos nosotros la censura con mas paciencia que las demas naciones de Europa, ni el deseo de aprovecharse de ella es tan general entre los Ingleses : nosotros nos reimos y la calificamos de injusta, como hacen nuestros vecinos con respecto á nosotros, riéndose con nosotros y adoptando nuestras modas y costumbres. Estas chanzas recíprocas divierten, y entretienen el buen humor sin agriar el amor propio ni provocar una enemistad rencorosa; y mientras los gobiernos estan en paz, los individuos de todas las naciones de Europa hacen punto de orgullo y aun materia de placer, el juntarse unos con otros á menudo, discutir, comparar, raciocinar sobre sus variedades nacionales, y adoptar, como señal de buen gusto y elegancia, el imitarse alternativamente en todos los adornos exteriores que hermosean la existencia.

El resultado de esas disposiciones recíprocas se percibe agradabilísimamente en nuestros dias por todas las capitales de Europa. La larga

paz de que gozamos ha dado ocasion para que unas tomen de otras lo mejor de sus costumbres y maneras, y de ahí ha resultado el adelanto rápido del pulimento é instruccion general que se nota en todas partes.

Para los que estan identificados con ese órden de cosas, el contraste que les presenta el Nuevo Mundo, es mas repugnante de lo que puede figurarse la imaginacion; y es indudable que esta es en gran manera la causa del sentimiento general de hastío y fatiga que se apodera de la memoria, al recordar las horas pasadas en la sociedad americana.

Una sola palabra que indique incertidumbre de que alguna cosa ó todo lo de aquel pais no es lo mejor del mundo, produce un efecto, que no es fácil entender, sin haberlo visto y sentido. Si el patriotismo de los ciudadanos del Norte de América fuera tan acendrado como ellos lo proclaman, ciertamente no se encerrarian en la dura, seca y obstinada persuasion de que ellos son los primeros y los mejores del género humano, de que no hai que aprender sino lo que su sabiduría es capaz de enseñar, y de que nada es digno de adquirirse sino lo que ellos poseen.

Difícilmente descubriria el ingenio del hombre un antídoto mas eficaz contra los progresos del entendimiento que semejante persua-

sion; con todo no he oido discurso público, ni leido obra exprofesamente dedicada á la nacion, en que no se esfuercen a imbuir al pueblo en ella.

Indicar á la generalidad de los Americanos que el curso silencioso de los acontecimientos humanos puede alterar su gobierno amado, no es á la verdad seguir la senda por donde se grangeará sus favores el que los solicite; aunque no necesitan en realidad atormentarse con tales miedos. Mientras de comun acuerdo y general consentimiento desatiendan la preeminencia que ha concedido la naturaleza á las grandes facultades, mientras eviten que despierten en su corazon ningun sentimiento de respeto humano y de honor los altos talentos, las maneras graciosas, y la elevacion merecida, que vivan seguros : no perderán el camino que llevan, ni dejarán de ser lo que ahora son.

He oido asegurar sin embargo que hai algunos de ellos que se alegrarian de ver ciertas modificaciones; algunos que con la sabiduría de filósofos y la veraz franqueza de hombres de honor condenan una igualdad que reconocen como falsa y que miran como imposible.

Yo creo en efecto que esos hombres existen, aunque jamas me han sido comunicadas semejantes opiniones, y me regocijaria de todas veras de que pasara á sus manos el poder.

Si tal aconteciere, si se introdujere en medio de ellos el refinamiento, si aprendieren al cabo á honrar las gracias, á estimar los honores, á amar la caballería de la vida, entonces diriamos adios á la igualdad americana, y procurariamos avenir con la sociabilidad europea una de las mas bellas regiones de la tierra.

FIN.

Notas.

—

(1) PAGINA 22.

El buen órden, la economía, el crédito, el justo equilibrio entre las necesidades y los medios de satisfacerlas, todo lo que supone virtud é inteligencia, justifica el orgullo de las naciones del mismo modo que sirve de excusa á la vanidad de los individuos. Si los Estados-Unidos hacen alarde de la situacion próspera de su hacienda pública, tambien pueden lisonjearse de una independencia que ningun otro gobierno, especialmente de Europa, goza en la época actual—época en que los ministros de los reyes se ven precisados á pasar por el escritorio de un usurero, para ir á la sala de consejo, y para comprar amigos ó acallar adversarios.

La economía de los Americanos del Norte evita que los agentes del poder lo hagan degenerar en tiranía, corrompiendo las costumbres. El apego al interes, la venalidad, la codicia, son faltas de que desgraciadamente no se halla exento el carácter anglo-americano; pero no hai individuo que ignore que los hombres del gobierno son pobres, y

que servir á los enemigos de la libertad no es medio para enriquecerse en aquel pais. Ademas la modicidad de los sueldos es una barrera que contiene el espíritu de la *empleomanía*, orígen de todos los trastornos políticos, y de todos los males de nuestros paises. En los Estados-Unidos no se encuentra, gracias á la falta de aliciente, una parte considerable de la nacion que viva á expensas de la otra, *fruges consumere nati*, y que no pueda atesorar sin empobrecer la nacion. Los Estados-Unidos no estan por eso libres de los gérmenes que corrompen las costumbres; mas esos gérmenes son diversos de los que entre nosotros producen tanto veneno, y su fomento tropieza con estorbos que no entorpecen entre nosotros el desarrollo de los vicios. He ahí lo que debe imitarse: la práctica de lo bueno, dejando para los visionarios la realizacion de teóricas impracticables.

Cuando se recuerda que, aun antes de proclamar la independencia, tenian ya las entonces colonias inglesas casi 10 millones de libras esterlinas (50 millones de pesos) de deuda, y que desde la paz de 1763 hasta el principio de su revolucion, es decir en diez años, habian logrado casi extinguirla, á pesar de las trabas que embarazaban todas las operaciones comerciales, no causa extrañeza que en cincuenta años de independencia y prosperidad, hayan podido pagar 11 millones de pesos á los extrangeros y 30 á los nacionales.

Pero no se crea que las contribuciones eran enormes; al contrario el pueblo pagaba poco, mas eso poco era suficiente para ir amortizando la deuda nacional; mientras el incremento de la poblacion, y el valor que adquirieron los bienes territoriales despues de terminada la querella entre la metrópoli y los nuevos estados, abrian dos fuentes de riqueza, que comenzaban la prosperidad comun. Para eso los gastos ordinarios de los gobiernos respectivos de cada distrito eran mui moderados, y los de la federacion no llegaban entonces á 28,000 libras esterlinas ó 140,000 pesos; para eso se entregaba religiosamente á los acreedores de la república cuanto numerario y cuantos productos entraban en poder del gobierno, sacrificando á la buena fé todas las demas consideraciones políticas; para eso en fin

los ciudadanos servian á la patria con un desinteres y una generosidad que no podian dejar de excitar el entusiasmo de los pueblos y el respeto de sus gefes y representantes.

En cuanto á la religiosidad escrupulosa con que los Americanos del Norte miran el tesoro del gobierno, solamente añadiré que Mistress Trollope no contradice de modo alguno la existencia de un sin número de obras de utilidad pública. Puede asegurarse, que no hai pueblo que en tan poco tiempo haya hecho tanto. — La reserva económica de la Constitucion anglo-americana es una llave confiada al Congreso general, y cuya utilidad no se conoce en Europa, donde estamos acostumbrados á ver que todo es pretexto de robo, y que los ministros no desdeñan de entrar en aparcería con los administradores, proveedores, forragistas, asentistas, comisarios y otras sabandijas de igual especie que viven á costa del erario, y engordan con el sudor de los pobres trabajadores y la sangre del soldado. « Echad fuera de palacio esas sombras, » decia Diego Arias á Enrique IV de Castilla. Yo creo que los pueblos no serán felices ni darán cima á las revoluciones hasta que sigan el consejo de los que les repiten : « Echad fuera esos vampiros. » Entonces el tesoro del gobierno será para las necesidades del estado, y los particulares se encargarán de las empresas y planes que la seguridad de buen éxito y el interes individual inspirarán á los capitalistas y patriotas.

(2) PAGINA 23.

No solamente cuadran mal á los grandes salones las pinturas de dimensiones reducidas, sino las pinturas malas. Un viajero acostumbrado á los magníficos retablos y cuadros que adornan los templos y hermosean las galerías de las ciudades de Europa, no puede salir satisfecho del Capitolio de Washington. El cuadro que mas interes ofrece es el de la declaracion de la independencia ; porque, aunque no tuviera otro mérito que el de hacer recordar la fiso-

nomía de los patriarcas de la libertad americana, bastaria ese ciertamente para hacerlo recomendable. Del cuadro de la declaracion de la independencia de Trumbull se puede formar alguna idea por el bello grabado que se ha generalizado tanto en Europa.

(3) PAGINA 28.

La última transaccion de los Estados-Unidos y la Francia ha calmado mucho, si no el entusiasmo de los propagadores de ideas transatlánticas, la avidez con que leia el público frances cuanto querian contarle de aquel *gran pueblo*. Es indudable que los hombres de talento que reunen á una profunda erudicion un discernimiento claro y un juicio sólido, miran con disgusto la tendencia *desnacionalizadora* que se descubre en las opiniones de ciertos hombres de una reputacion usurpada. El ahinco fatal con que quisieran estos cambiar sus instituciones y sus costumbres, y sus hábitos, por los hábitos, costumbres é instituciones de otro pais, ha hecho mas daño á la prosperidad de los pueblos que la dominacion de los tiranos. A lo menos una poblacion que derriba al déspota que la oprimia, y se sirve de su libertad para ser feliz, podrá conseguir su objeto; pero un pueblo que pierde su índole, que altera sus pasiones, que trueca sus gustos, que se abandona á la imitacion de otro pueblo, ni será grande, ni será fuerte, ni será feliz. Yo creo, por lo que se observa y puede ver todo el mundo, que los Franceses son menos libres bajo el imperio de Luis-Felipe que lo eran bajo la dominacion de la línea primogénita de los Borbones. Sin embargo, despues del triunfo que consiguieron en julio de 1830, debia ser la Francia el dechado de los pueblos libres. ¿A quién pues debe atribuirse semejante extravío? ¿Quién ha convertido la *gran revolucion* de julio en un motin, y la monarquía popular en un trono opresivo? — La manía de querer convertir á los Franceses en Anglo-Americanos. A nosotros nos hacen tres veces mas

daño esos miserables que quieren pasar por hombres grandes á fuerza de traducir y de copiar, porque unos quieren hacernos Ingleses, otros Franceses y otros Anglo-Americanos; sin que uno solo haya tenido hasta ahora la feliz ocurrencia de hacernos lo que podemos ser, es decir: nosotros.

(4) PAGINA 99.

Costará mucho rectificar la falsa idea que tienen todos los extrangeros del carácter español; porque si bien no existen ya ni el poder inmenso ni las enormes riquezas que despertaron la envidia y engendraron la calumnia, quedan sin embargo en su fuerza y rigor las preocupaciones y errores nacionales. Puédese contar entre los principales esa persuasion dócil é inalterable con que todos hablan del fanatismo católico de los Españoles. ¿Porqué se repite contra los Españoles solos una acusacion que merecen todos los pueblos de la tierra? ¿Qué nacion no ha sido supersticiosa y fanática? ¿Qué pais no ha derramado la sangre humana para aplacar sus dioses irritados? Cuando la Europa entera se alistaba con frenético ardor en las banderas de la Cruzada ¿no ofrecia la España el espectáculo sublime de la tolerancia y de la filosofía? Si Valladolid y Madrid han visto las hogueras de la Inquisicion ¿no ha visto Paris, no ha visto Londres atrocidades parecidas? ¿Cuál fué el crímen de la mariscala de Ancre? ¿Cuál el del obispo Fisher ó el del canciller Tomás More? Abranse los Martirologios de todas las comuniones de Inglaterra, y en ellos se verá si un Ingles puede acusar de fanatismo á nuestros abuelos, y si Mistress Trollope no hubiera encontrado en la historia de su pais épocas tan fecundas en egemplos de ceguedad y locura como la que cita de « España, en sus dias mas católicos. »

(5) PAGINA 171.

Nada es mas admirable que ese amor apasionado con que miran los hombres su pais. Yo he llorado al pie del Atlas, oyendo al venerable Xeque Elmmenid ensalzar las glorias del desierto y la felicidad de los arenales. El fanatismo patriótico es una virtud; sin él no contaria la Grecia Codros y Aristides, Roma Horacios y Catones, España Pelayos y Guzmanes, el mundo héroes y sabios. Los cosmopolitas no carecerán de aprobacion, mientras haya en los pueblos patricios degradados que solo viven contentos donde sacian sus caprichos; pero tampoco se librarán de la censura y del desprecio de los buenos ciudadanos. El dia en que los Americanos del Norte se entibien en ese amor exclusivo á su libertad y á sus instituciones, empezará un período de decadencia que acabará en su ruina. Si sus cosas no merecen una aprobacion absoluta, harán mal en no aprovecharse de los consejos ú observaciones que puedan recojer en favor suyo; pero seria infame que ellos aprobaran la censura extrangera, como es infame entre nosotros hacer coro con los extraños, para vilipendiar las venerables reliquias de las costumbres nacionales. Mistress Trollope, sin advertirlo, justifica por sí misma á los Americanos del Norte. ¿Qué patriota tiene mas amor á su pais, mas entusiasmo por las glorias inglesas, mas fanatismo por sus antiguas y nobles instituciones?

(6) PAGINA 202.

Para la mayor parte de los Ingleses la uniformidad, que constituye una de las condiciones de la belleza artística para los críticos meridionales, es una falta insoportable. Poesía, música, pintura, arquitectura, escultura, todo pasa

entre ellos por la necesidad de transiciones violentas. Despues de haber contemplado la regularidad y simetría de los templos y palacios de Italia y Francia, y los soberbios edificios que se admiran en España, no puede menos de extrañarse la falta de harmonía del parque del Regente de Londres. Sin embargo, esa variedad tiene su mérito, y sobre todo gusta mucho á los que no han formado su opinion antes de ver las cosas, como suele acontecer, y no basta para condenar una estructura que se desvia de las formas admitidas en otro pais. La arquitectura, como todas las artes, ha empezado por lo necesario, ha buscado despues lo bello y ha dado al cabo en lo superfluo ; con todo siempre ha conservado una relacion estrecha con los gustos del pueblo en que se ha adoptado una manera con preferencia á otra, y ha obedecido á la lei imperiosa de las necesidades que nacen de las costumbres. Los techos de los climas meridionales no pueden ser los de los climas del norte: el sol inspira una forma de arquitectura; la nieve exije otra, y lo que justifica la diversidad de las formas externas, sanciona las diferencias de la distribucion interior.

(7) PAGINA 211.

Puede añadirse á lo que se ha dicho en la nota (9) del tomo primero que los habitantes de los paises frios y nebulosos deben ser en las ceremonias de su culto como en sus costumbres menos alegres, menos opulentos, menos poéticos que los moradores de climas mas despejados y hermosos. Los Americanos del Norte, hijos de los reformadores fanáticos ingleses, han cedido á la influencia de un sol mas ardiente y de los brillantes y magníficos cuadros que los rodean. Las mugeres han conservado la devocion y el entusiasmo, porque todo culto tiene una poesía interior que los hombres no comprenden, ó que desoyen en medio del tumulto de los negocios. El aspecto sombrío y silencio sepulcral de los dias consagrados por los protestantes á Dios viene mas que del espíritu de judaismo que se ha encarnado en su revolucion religiosa, de la apatía y moro-

sidad de su carácter. Los druidas erijieron sus sangrientas piedras en los bosques septentrionales : el culto festivo de los gentiles, sus danzas y sus cantos no congeniaban con los Germanos ni con los habitantes salvajes de las islas británicas. En los nuevos estados de América se puede observar el mismo rasgo de fisonomía característica. En los estados donde se vive bajo de un cielo menos puro, en medio de una perspectiva menos halagüeña, y dentro de una atmósfera pesada, los lazos de la sociedad no se han estrechado tanto, ni las costumbres religiosas se han alejado de reserva y circunspeccion de los maestros que con tanta gracia como veneno ha ridiculizado Butler en su Hudibras.

FIN DE LAS NOTAS.

Tabla

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL TOMO SEGUNDO.

CAPITULO XXV.

CAPITULO XXVI.

CAPITULO XXVII.

CAPITULO XXVIII.

CAPITULO XXIX.

CAPITULO XXX.

CAPITULO XXXI.

CAPITULO XXXII.

CAPITULO XXXIII.

CAPITULO XXXIV.

FIN DE LA TABLA.

